EL ÚLTIMO GOL APACHE

LA GIRA AMERICANA DEL RACING DE MADRID

JOSÉ MANUEL RUIZ BLAS

DEBATE

El último gol apache

La gira americana del Racing de Madrid

JOSÉ MANUEL RUIZ BLAS

DEBATE

A mi madre

Pon tus deseos en una mano y cágate en la otra. Verás cuál de las dos se llena antes.

HARRY CREWS, *Una infancia*

RACING
MADRID

PRIMERA PARTE

1
Rojo y negro

Los llamaron Pieles Rojas, y sin duda había algo de encarnizamiento apache en la manera en que jugaban al fútbol. Aquel equipo vivió poco, pero intensamente. Dejó un cadáver bonito, de acuerdo a una efímera cualidad rockera, y, si alguien lo desenterrara, vería los arañazos que dejó en la tapa del ataúd.

Pocos recuerdan hoy la aventura de aquellos iluminados del primitivo fútbol madrileño, pero fueron el equipo de moda de su tiempo. Campeones a la vez que antagonistas de casi todo y todos. Uno de los pocos que alcanzó a contar lo que vio u oyó fue el historiador Félix Martialay, quien resumió su espíritu en pocas palabras: «Equipo chamberilero de rompe y rasga. Castizo. Golfo. Futbolísticamente era la furia desatada. El equipo quebrantahuesos del señoritismo del Madrid, del caganchismo del Athletic[1] y del sportivismo de la Gimnástica madrileña, que eran los equipos establecidos». El equipo del que habla era el Racing de Madrid.

Murió en Nueva York. Su última función tuvo lugar en lo que hoy es un parque del barrio polaco de Greenpoint, al norte de Brooklyn, entre antiguos edificios de ladrillo y una atmósfera decadente. El solar donde el Racing dio sus últimas y deprimentes patadas al balón hoy es vandalizado regularmente por las bandas juveniles que aterrorizan al vecindario. Hace unos años incendiaron la caseta de mantenimiento, lo que provocó un apagón que los gamberros aprovecharon para pintar grafitis y poner navajas en el cuello de los perros, ante la

mirada horrorizada de sus dueños. Es seguro que los chicos del Racing no se habrían sentido intimidados en un ambiente así.

Aquel día jugaron ante el impresionante telón de fondo del *skyline* de Manhattan. Fue su último partido, y lo perdieron. Daba igual, porque las estaban pasando canutas. Ese día les acuciaban otras inquietudes, como pagar la pensión donde se alojaban o llevarse algo a la boca. Al otro lado del East River, el arrogante Empire State, el pináculo del edificio Chrysler o el anguloso Flatiron eran los altos testigos inmóviles de la muerte del Racing de Madrid.

Fue la ambición lo que los empujó hasta allí. Habían estado en la cima, pero su armadura de campeones se pudrió de manera definitiva. En su tránsito de patito feo a cisne fue el rival que más amedrentó al Madrid, incluso físicamente: la policía tuvo que intervenir en algunos de los duelos que los enfrentaron. Sucios, urbanos, con sus bellas camisetas de rayas rojinegras. Hoy son apenas una sombra romántica del fútbol de entreguerras que dejó tras de sí un perfume popular y bohemio. Tuvieron más fuerza que nadie, y la fijeza lunática de los que fundan su fe desde las catacumbas.

Se habrían sentido cómodos con el eslogan del Lejano Oeste que dice que, cuando los hechos se convierten en leyenda, se escribe la leyenda. Hoy el único rastro de su paso por el mundo de los vivos es una placa de mármol en la plaza de Chamberí, en la fachada de la Junta Municipal del Distrito, a cuyos pies, a veces, algunos niños del barrio dan patadas a un balón, y donde se lee:

EL RACING CLUB
A LOS HIJOS DEL DISTRITO
DE CHAMBERÍ
QUE DIERON SU VIDA
POR LA PATRIA

A escasos metros de allí, en el paseo del General Martínez Campos, que un día se llamó paseo Novelesco, se emplazó el campo donde el Racing vivió su época dorada. Pero ¿quién o qué fue ese enigmático Racing Club?

El fútbol llegó a Madrid de la mano de la Institución Libre de Enseñanza, el proyecto pedagógico que aspiró a la regeneración del país entre finales del siglo XIX y principios del XX. Sus educadores, tipos modernos, creían que la cultura física y la práctica deportiva eran elementos esenciales para la formación del individuo. Eran anglófilos, en un momento en que la crisis de autoestima de los pueblos latinos llevaba a estos a preguntarse por la superioridad de los anglosajones. De por medio estaban los miedos de fin de siglo a la degeneración de la raza, que las escuelas inglesas trataban de contrarrestar atrayendo a la juventud hacia la educación física como medio para inculcar valores de disciplina y obediencia, sin renunciar a la libertad individual.

Algunos profesores de la Institución habían estudiado en Oxford y Cambridge, donde se empaparon de su espíritu deportivo. Chaquetas de regatas, tazas de té sorbido con meñique alzado y una juventud que aspiraba a llenar el «minuto implacable» de Kipling con violentas hazañas coloniales o de empresa. El *gentleman* inglés se curtía en los campos de juego gracias a actividades físicas agresivas.

A su regreso a Madrid llamaron la atención. Usaban palabras en inglés, fumaban en pipa, vestían trajes a cuadros y se habían afeitado el bigote. Uno de los profesores de la Institución se trajo con él un balón de *foot-ball*. Ligado al desarrollo industrial y el colonialismo, el fútbol era por entonces, junto al rugby o el

críquet, un poderoso embajador cultural del estilo de vida británico que penetró en las escuelas europeas, dirigidas a los hijos de la mediana burguesía.

El balón saltó de la escuela a los descampados y a las praderas. Aquel juego, cuyas virtudes estaban en sintonía con el ideal regeneracionista, causó furor en la Institución, y alumnos y profesores lo practicaban durante sus paseos dominicales por Moncloa, la Florida o Puerta de Hierro, entre cazadores furtivos que vendían pieles de conejos capturados con lazo. Luego merendaban y jugaban a la gallina ciega a orillas del Manzanares.

Los deportes anglosajones eran, por tanto, una herramienta ideal para que una España deprimida se adaptara al mundo moderno. Por su propia naturaleza, la equitación, el golf, la esgrima, el tenis o la caza eran privativos de las clases acomodadas, que tenían tiempo y dinero para su práctica. En cambio, el fútbol era barato, educativo e higiénico, y estaba al alcance de las clases medias ilustradas y de las populares.

Los alumnos más inquietos de la Institución crearon a finales del siglo XIX la Sociedad de Foot-Ball Sky Club. Su propio nombre, Sky, parecía tomar prestada la inflada retórica de Sanz del Río, el primero en traer de Alemania las ideas krausistas inspiradoras de la Institución, que escribió: «Saca Dios al hombre a la escena del mundo [...] y le da por techo el cielo».

Las ansias celestes del Sky se fragmentarían en varios pedazos. De uno de ellos surgió el Madrid F. C., que aún tardaría algunos años en recibir aquel relamido telegrama del mayordomo de Alfonso XIII que le otorgaba la denominación de «Real». Partía con ventaja al hacer suyo el nombre de la ciudad, y pronto se hizo también con el cotarro del fútbol madrileño, que apenas le disputaba otro equipo: el Español, nacido de otra disensión del Sky. Si el Madrid era el club del señorial barrio de Salamanca, el Español madrileño atrajo a la

burguesía de los Jerónimos. También andaban por ahí el Moderno (una escisión merengue), el afrancesado Amicale y el Moncloa. Los dos primeros ingresarían más tarde en el Madrid. Había también un grupo de vascos ensimismados, estudiantes de Minas, que fundaron lo que llegaría a ser el Atlético, una pacífica sucursal del Athletic bilbaíno que las gentes de Madrid veían sin afecto. Al mismo tiempo, una secta antipática de amantes del músculo se fijó también en aquel deporte inglés que empezaba a ganar adeptos, y pronto quisieron imitarlos. Era la Sociedad Gimnástica.

Aquellos devotos de la cultura física habían fundado la Sociedad en marzo de 1887. Tomaron el nombre de una novedosa práctica social, la gimnasia, cuya máxima preocupación era la higiene. La gimnasia definió sus objetivos alrededor de la garantía de salud y la educación del carácter de los jóvenes, y no tardaría en arraigar en el mundo escolar. El espíritu de la época era favorable. El culto al cuerpo y la belleza, así como las doctrinas higienistas, iban de la mano del auge del deporte entendido como índice de desarrollo de las naciones y símbolo de modernidad. El discurso regeneracionista encontró además en la gimnasia otro medio para «regenerar la maltrecha raza ibérica» y urgió a que la cultura física entrara en las escuelas.

La idea maníaca de los gimnásticos encontró su primera sede en el número 10 de la calle del Prado. Allí estaba el pionero gimnasio de Mariano Ordax, donde se impartían clases de gimnasia terapéutica e higiénica. La opinión pública no iba a escatimar burlas acerca de aquel establecimiento civil. *La Filoxera*, publicación satírica de la época, se refirió a él, tras su apertura, con mordacidad: «En el Gimnasio que dirige el inteligente Sr. Ordax no hay posibilidad de evitar el desarrollo, porque es sabido aquello de "Has [*sic*] gimnasia y te desarrollarás". La sala de armas está dirigida por el hábil

profesor de esgrima Sr. Guillén. Ánimo, pues, y a robustecerse y a aprender a dar sablazos».[2]

Desde allí los gimnásticos se trasladaron a un sótano en la calle de la Cueva (hoy Marqués de Leganés), dotado ya con aparatos. Mazas persas, estiratorios, potro de saltos, poleas sublimes, cuerdas, estribos, balones medicinales... A la vista de un neófito, el catálogo de cacharros era propio de una mazmorra de la Inquisición.

De la calle de la Cueva no solo iban a salir tersos atletas o profesores de cultura física con destino a los colegios, sino también cómicos de circo, saltimbanquis y acróbatas excéntricos. Si soltaban las pesas o descendían de las espalderas, era para correr a divulgar entre el Pueblo el nuevo culto muscular. La Gimnástica Española aspiró a sentar las bases de una sociedad popular y democrática que pusiera el deporte al alcance de los aficionados para que «el estudiante, el empleado o el obrero pudieran combatir los vicios y embrutecimiento de la vida de esclavitud, de trabajo constante, con la expansión y equilibrio que proporcionan al espíritu las emociones del deporte y lograr un desarrollo armónico de inteligencia y salud».

Su esfuerzo democrático de captación tuvo mucho que ver con la acogida que la burguesía liberal dispensó al deporte. Contaba con tantos jóvenes progresistas impregnados de idealismo europeo que adoptaron el escudo internacional gimnástico, con cuatro efes mayúsculas en forma de cruz: Franco, Fuerte, Fresco y Firme. Esas palabras sublimes evocaban la contribución de la gimnasia, no solo física sino también moral, en la formación del individuo. Fuerte y Fresco «en contraposición a la vejez prematura», Franco y Firme «en contraposición a la hipocresía reinante».

Aquellos *sportmen* cívicos iban a darle a todo: esgrima, tiro con pistola y diversas modalidades de atletismo. Por tanto, los

gimnásticos no podían dejar de interesarse por aquel deporte traído de Inglaterra que empezaba a arraigar en Madrid. Atrajeron a los miembros del Moncloa Foot-Ball Club para formar su propia sección de fútbol y se enfundaron unas camisetas de serias rayas blanquinegras. Pronto obtuvieron un puñado de victorias que los situaron en la cima del fútbol madrileño, y ganaron el campeonato Regional en 1910, 1911, 1912 y 1914. Aquellas victorias les dieron brillo y un caché espumeante. Todos los clubs y aficionados querían ver el empuje de los gimnásticos en torneos y partidos amistosos.

A finales de julio de 1914 recibieron la llamada del Real Club Fortuna de Vigo, que acababa de inaugurar su campo de Bouzas y aspiraba a festejarlo por todo lo alto. Deseaban tener como rival a la pujante Gimnástica, que aceptó la invitación pese a lo difícil que resultaba reunir un equipo con garantías durante el verano. Sus mejores jugadores ya habían iniciado las vacaciones escolares, y alguno estaba castigado por sus malas notas de fin de curso. De su elenco de gala solo estaba disponible Sócrates Quintana, un arquetipo total de gimnástico y casi de superhombre: además de pionero del alpinismo, campeón de salto con pértiga y de lanzamiento de disco, ciclista y tirador de esgrima, fue posteriormente gran maestro del impresionismo español.

Por tanto, los blanquinegros decidieron completar la expedición recurriendo a elementos de un par de equipos segundones de la capital, el Cardenal Cisneros y el Regional F. C., comparsas anodinos en el circo cortesano del balón, que ignoraban que aquel viaje iba a cambiarles la vida.

Con aquellos remiendos, la señorial Gimnástica partió en el desesperante tren correo de Galicia. En aquellos tiempos los viajes exigían paciencia. Por delante tenían veinticuatro horas de mortificante traqueteo sobre los duros asientos de tercera, amenizados con juegos de naipes y mucha conversación. En el

destino, además del fútbol, les aguardaba la promesa de una agenda crápula, con mariscadas regadas con albariño y excursiones nocturnas a los casinos de la playa de Bayona.

Los gimnásticos pusieron el pie en el andén de la estación de Vigo el 24 de julio de 1914. Allí los recibieron con entusiasmo los representantes de los clubs locales, así como un buen puñado de aficionados, que los acompañaron hasta su hotel. El plan era excitante. Banquetes, fiesta y aventura. Pero lo que vieron sus ojos al llegar fue un paisaje zombi.

En Vigo se había declarado una epidemia de tifus. Aguas contaminadas, terror y el recuerdo de la devastación que el cólera morbo había causado en la ciudad en el siglo anterior. La vieja maquinaria de las epidemias daba la razón a aquellos apologistas del músculo acerca de sus ideas militantes sobre la higiene.

Al día siguiente, sábado, ante la mirada febril de los lugareños, la Gimnástica se enfrentó al Real Club Fortuna. La primera parte concluyó con empate a uno. En la segunda, los madrileños se adelantaron con un gol de córner, pero sus rivales anotaron poco después. El partido acabó en tablas y con miedo al contagio. Puesto que la fiebre tifoidea se transmitía por el agua y los alimentos contaminados, a los jugadores no les quedó otra que extremar las precauciones con la comida y el agua, además de otras necesidades. Hasta llegaron a cruzar al otro lado de la ría de Vigo para beber agua sin aprensión. Tenían por delante el partido del desquite.

Fue el día después, contra los vigueses, a las seis de la tarde. Quintana y los suyos apenas se tenían en pie. Lo único que había en sus estómagos era una lata de sardinas y un panecillo. Se trataba de salvar el pellejo más que de ganar un partido. Pese a la sed y el hambre, y con el viento en contra, consiguieron marcar en el minuto 15 el primer y único gol de un partido aburrido, en el que el respetable observó con

estupor la flojera del equipo forastero. Su leyenda muscular se venía abajo. La segunda parte fue un monólogo de los gallegos, que, pese a todo, no lograron empatar. Al final del encuentro, los del Fortuna agasajaron a los madrileños con una botella de champán con la que brindaron por Madrid, por Vigo y por la prosperidad de ambos clubs. Los sedientos gimnásticos decidieron que lo mejor que podían hacer era irse de allí a toda prisa. Esa misma tarde se subieron al tren correo de vuelta. Llegaron a Madrid preguntando si el Manzanares bajaba con agua suficiente para beber. Detrás habían dejado una ciudad azotada por el pánico y casi mil muertos a causa del tifus.

De aquella fiebre lograron escapar ilesos, pero fue otra la que inflamó sus cabezas. En el tren de vuelta a Madrid, en un espartano vagón de tercera, algunos de los jugadores reclutados para la ocasión hablaron sobre la escasa diferencia que habían visto entre su nivel de juego y el de vigueses y gimnásticos. Se miraron a los ojos y llegaron a la conclusión de que, si unieran sus fuerzas, podrían ganar a cualquiera. Había llegado el momento de dejar de ser opacos subalternos en modestos clubs de barrio.

La estación del Norte los vio aparecer desmayados de hambre y con la espalda castigada por una sesión de vudú ferroviario, pero llenos de ambición. De inmediato empezaron las reuniones en las tórridas noches de agosto, en un banco de piedra del paseo de la Castellana, en el arranque del paseo del Cisne (lo que hoy es Eduardo Dato), bajo las farolas de gas y su tenue luz amarilla, el color de los locos. En aquel cónclave delirante estaba Ezequiel Montero, platero de profesión, un medio izquierdo de piernas zancudas y corredor pedestrista de la Gimnástica, donde había empezado a dar patadas al balón en el tercer equipo. También Pascual, un portero de tan solo diecisiete años, y el duro defensa Pelous. Ramón Teja, cisnerista, odontólogo y gran aficionado, asumió el liderazgo de

aquella revuelta a la que puso el nombre de Racing Club de Madrid, quizá por cierta nostalgia montañesa: era un cántabro de Liérganes y debió de inspirarse en el Racing santanderino, fundado un año antes. Para la camiseta, eligieron rayas rojas y negras.

Reclutaron a los donnadies, a los secundarios, a los incluseros. Eran en su mayoría de Chamberí, una de las cunas de lo castizo, con fuerte pedigrí madrileñista. Uno de esos territorios chisperos de la manolería nativa que imprimía carácter castigador. Carecían de campo de juego, pero a veces, entre empujones y con algún golpe, conseguían hacerse un sitio para entrenar en el de la Exposición, en la Chopera del parque del Retiro, donde se exhibía el ganado a finales del siglo XIX. Se inscribieron en la Federación Centro y se lanzaron con ánimo kamikaze a competir de tú a tú con el Madrid, la Gimnástica y el Athletic en el Campeonato Regional. La foto de familia era la de un grupo salvaje llamado a estrellarse.

Fue así como, a las tres de la tarde del domingo 6 de diciembre de 1914, la osadía los llevó a debutar en el campo madridista de O'Donnell. Aquella inexperta pandilla de barrio se estrenó frente al flamante Madrid, que incluso tenía jugadores extranjeros en sus filas. Mientras el frío otoñal se posaba sobre los tejados del barrio de Salamanca, el once racinguista saltó al campo formado por Pascual, Pelous, Alcázar, Rey, Larrañaga, Gómez, Montero, Fortunato, Álvarez, De Miguel y Costa. A un lado, flotaba la altivez sin mácula de los merengues. Enfrente, con algo de famélica legión, una banda de colores luciferinos.

La tarde consistió en una exhibición merengue. Su inspirado medio campo se entendió perfectamente con una delantera móvil, combinando por bajo e hilando jugadas que la defensa del Racing apenas podía contener.

Ineptos para pasarse el balón, pendientes del lucimiento

personal, estrechamente marcados, sin encontrar opciones claras de disparo. Rey abusaba del regate y permitía con ello que el rival se colocara bien. Fortunato era un abnegado trotón, pero tan torpe con los pies que daba tantos pases a los suyos como al adversario. Con más fundamentos físicos que teóricos, la táctica de los chamberileros fracasó. En defensa flojearon. Encajaron dos goles y perdieron. Habían sido la carnaza con la que se ensañó un Madrid superior. El juego los ponía en su sitio.

Por aquellos tiempos el fútbol era un deporte de invierno y cualquier adversidad climatológica podía hacer que se suspendiera un partido. Su siguiente rival era la Gimnástica, pero el clima hizo que el duelo se aplazara. Así que el Racing distrajo la espera acordando un amistoso frente al Madrid. A los blancos les pareció buena idea foguearse frente a aquel *sparring* novato.

Jugaron dos semanas después de su primer partido. Llegada la hora de inicio, resultó que no había árbitro. Hubo que esperar media hora hasta que encontraron a uno y pudieron empezar. Entonces, sucedió lo impensable. Apenas iniciado el partido, el Racing se adelantó en el marcador. Tras unos minutos aturdido por la sorpresa, el Madrid se reorganizó y aparecieron sus exactas combinaciones por bajo, ante el aplauso entusiasta del público. El vistoso juego merengue obtuvo premio y el francoespañol René Petit consiguió el gol del empate poco antes del descanso. Volvería a marcar tras la reanudación, en lo que fueron los mejores minutos del Madrid. No era un goleador nato, pero sí un sagaz director de orquesta y uno de los primeros modernizadores del juego tras instaurar el estilo colectivo de pases. Pero a medida que el duelo se internaba en la fría tarde hiberniza, empezó a faltar la luz y el final del partido se disputó entre sombras crepusculares por culpa del retraso. A tientas, el partido se volvió extrañamente

violento, y ambos equipos empezaron a emplearse con dureza.

Entonces el Racing eligió desertar del fracaso y abrazarse a un domingo eterno. Empató. Siguió el juego bronco. Casi a oscuras, a escasos minutos del final, los rojinegros iban a conseguir el gol que les otorgaba la victoria. Goliat, el soldado gigante, rodaba por el suelo con verdugones. El Racing se frotaba los ojos, incrédulo y contusionado, con las piernas moradas. Acababa de derrotar al poderoso Madrid.

Aquellos bravos habían izado su bandera. Esa fría tarde que acabó en zafarrancho marcaría el porvenir de ambos equipos: ya nunca iban a soportarse el uno al otro. Sentaron las bases de un antagonismo que atravesaría la siguiente década. El Madrid postinero y el Racing canalla, enemigos íntimos, iban a mirarse con desconfianza, del palco a la arena, en una rivalidad de ida y vuelta.

Con aquella bocanada de autoestima en los pulmones, los rojinegros rindieron visita a la Gimnástica en el día de Reyes. Palo y astilla frente a frente, en el Campeonato. Fueron a Argüelles, al campo en ligera cuesta de Hilarión Eslava, que tantas veces pateó Ezequiel Montero como subalterno de los blanquinegros antes de fundar el Racing. Situado frente a la casa de Benito Pérez Galdós, el público a veces derribaba las vallas de madera para entrar, con lo que se ahorraba los cincuenta céntimos que costaba ver a los pioneros del músculo de la Gimnástica. Los vigentes campeones estaban a punto de ver cómo aquellos descarriados iban a subírseles a las barbas.

Lo que se vio en los desmontes de Moncloa, nada más comenzar el partido, fue una dura refriega por ambas partes, como si hubiera cuentas pendientes. Patadas, cargas, melés y golpes. La Gimnástica, que venía de endosarle tres goles al Madrid, se adelantó en medio del combate. Parecía que la lógica caía por fin a plomo sobre aquella improvisada tierra de frontera. Pero el Racing empató casi de inmediato, lo que

enardeció los ánimos de familiares y partidarios de los chamberileros que habían acudido al campo. Con sus gritos y protestas llevaron las pasiones al paroxismo. Si se pudiera apuntar al origen del *hooliganismo* en las gradas del fútbol madrileño con balas trazadoras, estas mirarían sin duda al maldito Racing. Mientras los sublevados rojinegros competían en el campo de tú a tú con los gimnásticos, su afición montaba un follón animando a los muchachos con sus gargantas castizas. Se llegó al descanso con empate a uno.

El Racing se adelantó tras la reanudación y, entre hurras y blasfemias, el juego acabó en reyerta. Emboscadas trepidantes, cargas, zancadillas brutales y una molienda de tibias con duras botas de ternero. El árbitro expulsó a un gimnástico por liarse a puñetazos con un rojinegro, y tres de sus compañeros se retiraron en señal de protesta. Los de Chamberí aprovecharon para golear dos veces más y poner el 1-4 final en el marcador. «Juegan los del Racing algo incorrectamente, pero es un equipo muy bien entrenado. Domina el juego, tiene mucha valentía al entrar al balón y suele combinarse bastante bien», se leerá en la prensa. El coraje había puesto a aquellos novatos a tan solo dos puntos del Madrid en el campeonato.

El Racing seguía sin campo propio y sería otra vez visitante, una semana después, ante el Madrid, en un O'Donnell abarrotado por un público acicalado y pintón, entre el que abundaban las damas distinguidas. El sol los animó a acudir en masa, pero se levantó un viento energúmeno que sopló toda la tarde y los obligó a mantener con esfuerzo los sombreros en su sitio.

Al Racing le tocó empezar con el vendaval en contra y el pesado balón estuvo casi siempre cerca de su portería en la primera parte. Pero arañó dos córneres y trenzó algunas jugadas que le dieron oxígeno. Su marca de agua, la defensa dura, tenía un buen día.

Arrancó la segunda parte y el Racing resistió. Rápido en ataque, chutando con valentía, consiguió ponerse en ventaja enseguida gracias a De Miguel. Empató después el Madrid por obra de Santiago Bernabéu, pero se descosió con balones aéreos sin fruto, combinando mal y disparando débilmente. Aún tuvo que dar las gracias, porque el Racing podría haber ganado si un defensa blanco no hubiera sacado el balón bajo palos, cuando ya se cantaba el gol entre los rojinegros. Al Madrid se le atragantaba aquel novato.

Que el mundo debía tomárselos en serio era ya una realidad cuando en febrero arrasaron a los colchoneros, ganándoles por 0-2 y 4-0, y el Racing dejó a su paso el humo ascendente de los sacrificios. Los empates del merengue frente a Gimnástica y Athletic iban a propiciar lo impensable: si empataba el último partido, el Racing se proclamaría campeón. En su primer año de vida.

A las 15.30 horas del 28 de febrero de 1915, Gimnástica y Racing comparecieron en Moncloa para decidir cuál sería el campeón de la Región Centro. El público acudió en masa a ver al club del vigorismo frente a aquella jauría insolente de neófitos. El partido se puso bonito y movidísimo, sin brusquedades, con claro dominio de los gimnásticos y una rara fragilidad chamberilera en defensa. La aprovecharon aquellos para marcar el primer gol tras un disparo de Uribarri, que tardó dos minutos en batir por segunda vez a Pascual. Dos a cero. Se vislumbraba el final de la escapada. El Racing parecía ahogarse en la orilla.

Campeones de la Región Centro en 1915

Pero sucedió algo. Crecido en el castigo, el Racing atacó y atacó, en oleadas febriles. Y obtuvo su premio casi al final del primer tiempo, cuando Pelous chutó una falta y el rechace cayó a los pies de Larrañaga, quien batió a Somoza, el portero de los blanquinegros. Un gol más y el Racing sería el campeón.

Tras el descanso, los racinguistas empezaron a percutir de manera veloz y frenética en el área de la Gimnástica. Sin embargo, todos sus esfuerzos se estrellaban, una y otra vez, contra el meta rival, que tenía un día inspirado. Hasta que, a veinte minutos del final, Ricardo Álvarez pegó un zapatazo, no el más preciso, pero sí el más letal de la tarde, que hizo que el balón se le escapara a Somoza. La pelota entró lenta y delicadamente en la portería de la Gimnástica. Toda la huidiza suerte que había faltado se materializó de pronto en aquel balón conectado a la gloria. Faltaban veinte minutos para que los racinguistas se proclamaran campeones.

La Gimnástica buscó con rabia la victoria, pero Llorens y Pelous evacuaron el balón de las inmediaciones de su área. Ricardo Álvarez siguió asustando con sus escaramuzas a los gimnásticos. Montero, en la vuelta a la que fue su casa, corría de un lado a otro. Fortunato era el medio fajador inagotable. Desatados, hasta forjar una mentalidad de trinchera a la que ya siempre sería fiel aquel modesto equipo. Así murió el partido.

Como en una secuencia milagrosa, el Racing Club de Madrid era el nuevo campeón.

El día en que lo celebraron les llovió como a perros desvencijados. La fiesta consistió en un pícnic modesto, sin tangos ni boatos, junto al Manzanares, al que acudieron un puñado de socios y amigos del club. La lluvia no les importó porque su Racing acababa de campeonar. El bullicio solo fue interrumpido por la música de los organillos y el silbido de las locomotoras que cruzaban los cinco arcos de ladrillo rojo del puente de los Franceses, el mismo que habían atravesado con la barriga vacía unos meses antes, camino de Madrid, escapando del tifus. No hubo discursos. Solo se leyó la carta de felicitación del presidente de la Federación Centro, que envió unos cigarros de regalo. El *Heraldo de Madrid* dijo al día siguiente sobre aquel club pobre y errante que «el triunfo de estos bravos, obreros en su mayoría, gente modestísima, es el triunfo de la voluntad, de la cohesión. Mientras perduren en su actual unión y no desfallezca su voluntad, a pesar de las contrariedades que traen consigo las derrotas aisladas de que nadie está libre, y menos los campeones, el Racing Club, de Madrid, ocupará un puesto de honor».[3]

2
Nacidos para perder

Pese a ser el campeón, el Racing de Madrid no pudo representar a la Región Centro en el Campeonato de España al no llevar inscrito en la Federación los seis meses que exigía el reglamento. Su lugar lo ocupó la odiosa Sociedad Gimnástica. Los racinguistas se repusieron de aquella decepción gracias a la llamada del Arenas Club de Guecho, el campeón de Vizcaya, que los invitó a jugar frente a ellos a cambio de 1.500 pesetas. Los rojinegros se desplazaron hasta allí como en los días de su fundación, en un prehistórico vagón de tercera, por el que Ricardo Álvarez, que era la primera vez que viajaba, asomó la cabeza durante toda la noche para sentir el vértigo de la velocidad. Pilló un buen catarro. A su llegada se instalaron en una fonda de las de cinco pesetas diarias, donde el menú consistía en patatas cocidas. Pese a la modestia del viaje, los racinguistas empezaron a sentirse un equipo importante. Pronto los llamarían también para jugar otro partido amistoso, esta vez en Lisboa. Su fama había traspasado las fronteras.

En su primer año de vida, y contra todo pronóstico, los rojinegros habían vapuleado el *establishment* futbolístico de la capital, pero esa victoria fue solo el preámbulo de una agónica lucha, deportiva y económica, por mantenerse con vida. Como carecían de campo propio y de los recursos para hacerse con uno, siguieron practicando en el campo de la Exposición, dentro del parque del Retiro, de donde a menudo los desalojaban a patadas los guardas a las órdenes de don Cecilio, el jardinero mayor, quien veía con desconfianza aquel juego

bárbaro del *foot-ball*. Fue así como los del Racing amasaron una peculiar dureza.

En aquellos tiempos los equipos tenían carácter. El Madrid era sinónimo de distinción. La Gimnástica, de culto al músculo. El Atlético, de la amistad de un puñado de estudiantes vascos desplazados. Frente a todos ellos, el Racing encarnó la furia desatada, envuelta en un traje democrático y popular.

Celebraba sus juntas a la luz de un farol en el paseo de la Castellana, donde sus dirigentes acordaron una noche, como en una conspiración, ganar al Madrid al día siguiente por una diferencia de dos goles. Eran tan castizos que usaban capa, y crearon, casi de la nada, un imaginario habitado por héroes populares que atrajo de inmediato a unos aficionados ávidos de emociones fuertes.

Hasta entonces, los grandes jugadores se habían repartido entre madridistas, gimnásticos y atléticos. El Racing, soñador y bronco, reclutaba a los suyos en la cantera regional. Formó con caras nuevas que buscaba en el corazón de Chamberí. Cuando aquellos tipos de rojo y negro aparecieron en los campos, arrollando a sus rivales, cautivaron de inmediato el corazón de muchos hinchas. Bastó ese primer año para que a aquel equipo de descamisados, ungido en la intemperie de la Chopera, le acompañara un aura de romanticismo.

El portero, Pascual, apenas un juvenil, era una pared inexpugnable en cuyas manos se dormían, como imantados, los pesados balones de correa. Años después llenaría en el Barça el desierto vacante que medió entre los mitos del Divino Zamora y el húngaro Platko. Valiente por arriba y por abajo, él solo se bastaba para sostener al equipo. En la delantera estaba Ricardo Álvarez, su gran estrella, un interior izquierdo con un chut mortífero que se convertiría después en el primer jugador profesional del fútbol español. Había destajistas como Tejedor, el gran capitán, un *back* golpeador y tenaz que formó junto a

Pelous una de las defensas más duras vistas hasta entonces. En el medio tenía a Fortunato, un abnegado peón de brega con los recursos técnicos de un futbolista primitivo, pero con tal amor propio que, pese a sus limitaciones y su estilo rudimentario, era capaz de anular a los grandes jugadores de la época. De inmediato se lo veneró en el altar racinguista. Lo acompañaban Larrañaga, hábil con el balón, y Feliciano Rey, poseedor de un juego de filigrana, tan vistoso como efectivo, cuyas genialidades se trasladaban del campo a la vida privada. Junto a ellos, en la medular, habitaron también el infatigable Ezequiel Montero, un quebrantahuesos como Sidler, pendenciero como un marinero de permiso, y Juanito Caballero, un mediocentro que dio el salto a la primera categoría con tan solo quince años.

Aquellos hombres pertenecían al motín y su irrupción desató un huracán popular. El Racing era el campeón terrible. Su estilo, áspero. Donde ellos estaban, cada vez que el balón echaba a rodar, tenía lugar el lío, y en el aire de los campos que roturaban con sus botas habitaba la pasión de sus seguidores.

Porque la pasión fue el acento que sus aficionados dieron al fútbol local. La prensa no siempre miró con simpatía esa ebullición. Deslumbrados por el Madrid, el club más asentado y favorito de la época, algunos periodistas afeaban el temperamento volcánico de los hinchas rojinegros. Según un cronista parcial de la época, entre sus aficionados había algunos dispuestos a llegar a las manos: «En los partidos en que toma parte su equipo suele oírse muy a menudo: “¡Mátale, mátale!”, dirigido a sus jugadores», escribió.

Que el Racing estaba destinado a dar guerra quedó demostrado en el Campeonato Regional del año siguiente, en el que sostuvo un enconado mano a mano con el Madrid. Se empezaba a forjar entre ambos una efervescente intimidad de

odio. Todavía sin campo propio, los rojinegros y sus incondicionales volvieron a alzar su barricada portátil cada domingo en el feudo rival. El triunfo del Racing frente a los merengues, en enero de 1916, le permitió llegar con opciones de ganar el campeonato en la última jornada, en la que el Madrid se impuso *in extremis* a los colchoneros por 2-3 y se proclamó campeón con tan solo dos puntos de ventaja sobre los chamberileros.

En aquellos primeros días difíciles, el Racing se mantuvo con vida gracias al coraje de una hinchada intrépida que construyó con sus propias manos su primer campo, en la calle Hermosilla. Allí encontraron un solar disponible, una hondonada en la que con grandes esfuerzos los aficionados racinguistas trabajaron por amor a los colores, desinteresadamente. Acarrearon ellos mismos las piedras y allanaron con ahínco la hectárea donde su Racing iba a competir al año siguiente. Era un campo húmedo y tristón, algo desangelado. Era todo lo que podían permitirse. Pero era, al fin y al cabo, su primera casa.

Para cuando el Racing pudo estrenar el campo de Hermosilla, en enero de 1917, el Madrid le había bajado los humos arrebatándole a Álvarez y De Miguel, los dos mejores jugadores rojinegros, que pasaron a engrosar las filas madridistas. Los racinguistas acusaron el golpe. Diezmados sensiblemente, cerraron dos años mediocres, vagando por el campeonato de la región sin el nervio de antaño, a pesar de que en sus duelos contra el Madrid el Racing seguía intimidando a los blancos. Eran partidos de alta tensión que alimentaron una rivalidad legendaria y de estilo. Académico y coreográfico el Madrid, enardecido e impetuoso el Racing. Su mutua aversión se hizo más profunda.

Los racinguistas en el campo de Hermosilla

Sofocada la rebelión, el Madrid se encaramó a la cima del fútbol madrileño por encima de gimnásticos y atléticos, mientras los rojinegros, por su parte, deambulaban sin pena ni gloria, perdido el ímpetu con que irrumpieron en escena. Dimitió su presidente, el cuestionado Rafael María de Labra, por la orientación nefasta que había tomado el club. Para remontar su horizonte escuálido intervino Ramón Teja, uno de los fundadores que había estado en aquel viaje fundacional a Vigo. Adelantándose al curso que tomaría el fútbol décadas después, buscó un mecenas con músculo financiero ligado a la construcción.

Llamó a las puertas de un concejal de Chamberí llamado Alejandro Miró Trepat, un catalán cuya empresa familiar había realizado las obras de pavimentado de Madrid en 1915, el saneamiento del subsuelo y la urbanización de la Gran Vía. En Madrid empezaba a edificarse con el novedoso hormigón armado y los Miró Trepat eran una saga familiar pionera de esa técnica constructiva. Teja le ofreció la presidencia y Alejandro aceptó. Llegaba con el modesto programa de «armonizar las relaciones con otros equipos y restaurar la disciplina olvidada».

Haría más cosas.

Bajo su mecenazgo, el club encontró un terreno en el paseo del General Martínez Campos, el llamado «solar de los frailes», frente al convento de las Esclavas, en Chamberí, meollo sentimental de los aficionados racinguistas. Allí iban a construir su nuevo campo. No había lugar mejor para radicarse que un paseo que en el pasado se llamó Novelesco, por el romanticismo del enclave. La perplejidad con que la prensa de Madrid recibió el ambicioso plan desató las burlas. Se llegó a decir que el Racing planeaba construir un Crystal Palace que inauguraría en el siglo XXI, en plena Puerta del Sol.

El Racing de Madrid levantó su anhelada comanchería en su propio barrio. El sueño de tener un campo embellecido con paseos, tribunas y tranvía en la puerta misma se hizo realidad. Miró Trepat financió generosamente aquel campo magnífico, el primero de hierba en Madrid, que dejó boquiabiertos a los aficionados. Pese a todos los obstáculos, el equipo *novelesco* lo consiguió. Lo inauguraron el 29 de septiembre de 1918, frente al Athletic madrileño, con el que empezaba a labrarse cierta amistad que tenía su réplica en la que mantenían los altivos madridistas y gimnásticos. Empataron a uno.

Gracias al respaldo de Miró Trepat, el Racing iba a reparar las grietas de cubierta y sacar a flote el barco. Recuperó al delantero Ricardo Álvarez. Empezó a reclutar a jugadores de fuera de Madrid y a armar un equipo competitivo. Esa prosperidad levantó ampollas. Para conmemorar una victoria sobre el Madrid, el nuevo presidente obsequió a sus jugadores con una moneda artística de oro de 25 francos. El Madrid puso el grito en el cielo y denunció dicho regalo como indicio de profesionalismo, entonces prohibido. Puesto que no llevaba anillo o alfiler que la transformara en joya, se consideró que era un premio en metálico.

Según el Comité Olímpico Internacional, se incurría en

profesionalismo cuando se vendía o empeñaba el premio obtenido en un concurso deportivo. Miró Trepat esgrimió que se trataba de un recuerdo sentimental por su victoria sobre el entonces campeón de España, aunque no podía afirmar que todos la conservaran en su poder o que alguno no la hubiera vendido al estar en situación de necesidad. La prensa denunció el hecho con severidad. El asunto fue tan lejos que llegó incluso a debatirse en una reunión de la Federación Centro, presidida por Julián Ruete, presidente también del Atlético, que de acuerdo con los asambleístas echó tierra sobre el asunto y dejó pasar la denuncia. La respuesta por parte de la prensa fue achacar la permisividad de Ruete a su alegría por que los «parias del Racing» hubieran ganado a su odiado equipo merengue. Todo alcanzó un clímax enfermizo cuando los periodistas recorrieron las casas de empeño de Madrid en busca de una de esas monedas.

En aquellos días era difícil encontrar un *amateur* puro al estilo del olimpismo griego, y las sospechas de profesionalismo encubierto, o *amateurismo marrón*, recaían de vez en cuando sobre algunos jugadores, no solo los rojinegros. El capitán del Racing, Tejedor, estalló, y acusó a los periodistas de «imbéciles», «canallas», de «tener muy poca dignidad» y de «estar al servicio de los clubs punteros». Los perros de la guerra se habían desatado.

Ese fue el clima que precedió al Campeonato del Centro 1918-1919, en el que un Racing reforzado, en su flamante sede de Chamberí, iba a desafiar a sus rivales convertido ya en un club vanguardista y cimarrón.

Aquella temporada se desarrolló en medio del azote de la pandemia global de gripe que sacudió el mundo, incluida España, y que se cobró millones de vidas en lo que parecía la hora final de la especie humana. Fue una gripe que se cebó especialmente entre los adultos jóvenes, la franja de edad a la

que pertenecían los futbolistas. Hubo que alterar el orden de numerosos partidos para que los equipos recuperaran a sus enfermos. Además, el mes de enero fue especialmente gélido. Como telón de fondo estaba la crisis económica que condujo a una aguda inestabilidad política.

En dicho contexto, el Racing se desenvolvió como pez en el agua. Ninguno de sus integrantes enfermaba y se llegó a hablar de «las siete vidas» de sus jugadores. Pasó a ser «el coco del balompié» en la región, con el bravo estilo del Regional y el Cisneros, de los que provenía. Se cebó la rivalidad con el Madrid, dando alpiste a la prensa y alimentando la polémica en los medios. Pero, sobre todo, el club romántico arrasó a sus rivales. En su debut, en un opaco domingo otoñal de noviembre, trituró al Madrid a domicilio endosándole media docena de goles; mientras los blancos corrían aturdidos de aquí para allá. Desde ese mismo día estaba llamado a ser el campeón.

Empató frente a la Gimnástica en la siguiente jornada, casi un mes después. Sería el único tropiezo antes de iniciar un eslalon triunfal de victorias por aplastamiento. Devoró al debutante Unión Sporting y ganó fuera al Atlético por la mínima antes de la escabechina en que consistió la visita de los merengues a Chamberí. Ese día, cuatro goles de Ricardo Álvarez, el hijo pródigo, sepultaron las opciones del campeón blanco. Después fue liquidando a todos los rivales que se le cruzaron: 6-0 a la Gimnástica, 8-1 al Unión Sporting y 5-0 al Atlético. El Racing volvió a proclamarse campeón regional por delante de su detestado Madrid y de la remilgada Gimnástica. Los rojinegros estaban en la cima.

El equipo campeón de la Región Centro en 1919

Eran el equipo de moda, los villanos chulapos que encendieron todo un barrio y pusieron patas arriba el campeonato. Su ambición sin medida era tanta que empezaron a alimentar la idea de emprender una gira por América. Se descartó, pero esa idea febril atravesaría los siguientes años de su historia hasta desembocar en desastre.

En el mapa socrático de las tertulias de café madrileñas, el Racing buscó y encontró su sitio en Granja El Henar, en la calle de Alcalá. Mientras el Madrid se instalaba en el entresuelo del suntuoso Lion d'Or (en la misma calle, lleno de tapices exquisitos y terciopelo rojo), y el Atlético escogía el epatante Maison Dorée (un café a la moda francesa muy del gusto de las señoras), el Racing prefirió una lechería reconvertida, destinada a ser uno de los cafés más representativos del siglo XX en Madrid, que atrajo a un sinfín de artistas, literatos y personalidades políticas.

Allí, todos los días laborables, de ocho a nueve, el Racing echaba a andar sus reuniones. En el fondo, Ortega y Gasset se sentaba junto a un frasco de agua de Mondariz para rumiar su futura *Revista de Occidente*. Valle-Inclán, con su voz ceceante, también instaló allí su tertulia, en la que se debatió con ardor el número exacto de palabras que contenía el Quijote. No lejos,

en otra mesa, la de los escritores gallegos, resonaba la fuerte voz de Urbano Lugrís, el pintor atlántico y tardío surrealista, cuyas extravagantes ideas eran llevadas por él mismo a la práctica en episodios callejeros como aquel en el que demandaba la caridad de los paseantes gritando «¡Tengo hambre!» para exclamar, cuando le caía un puñado de monedas, «¡Vengo de comer una paella exquisita!», lo que provocaba el asombro del donante piadoso.

Por una rara porosidad, aquel ambiente pudo llegar a impregnar de esperpento y surrealismo la andadura de ese equipo bohemio y popular. No es improbable que aquella abigarrada tribu deportiva y la fauna monumental del café se retroalimentaran, hasta el punto de que Valle-Inclán llegó a presumir, años después, de haber importado el fútbol a España. Fue, según el escritor, en un partido histórico celebrado en Aranjuez, entre un equipo de paisanos de la ría de Arosa y otro de la Alcarria, al frente de los cuales estaban, respectivamente y como guardametas, el escritor gallego y el conde de Romanones. Como dicho partido acabó en tablas, resolvieron jugar el desempate en el salón de actos del Ateneo de Madrid, en el que se impusieron los arosanos por tres goles a cero. «Fue algo épico», zanjó Valle-Inclán, quizá en una de las invenciones que engrosaron su anecdotario fantástico. Puede que estuviera recordando a sus vehementes vecinos de mesa, aquel equipo desaparecido que vestía de rojo y negro, los dos colores de las tintas que Valle-Inclán usó para diseñar las cubiertas de sus obras, las mismas que usaba el movimiento inglés Arts and Crafts y que llevó la innovación al diseño editorial español de la época.

Ortega abandonó al poco tiempo aquel café para instalarse en su zorrera intelectual de Gran Vía, desde la que dirigió la *Revista de Occidente*. La euforia con la que un día saludó la llegada del deporte, para rescate de los cuerpos, se vio

desplazada después por la desconfianza hacia la importancia que se le daba al fútbol, y habló con disgusto de «la exageración deportiva». Lugrís, en cambio, se atendría mejor al surrealismo racinguista en su oscilante y paradójica trayectoria vital posterior. Pasó de simpatizar con la República y recorrer España con el Teatro de Títeres de las Misiones Pedagógicas, pintando decorados e imitando voces, a sobrevivir en la negra España de posguerra camuflado en la bohemia, en tabernas y bares de alterne, hasta que Franco le encargó la decoración de algunos camarotes de su yate, el Azor. Un día, estando en la puerta de una sala de exposiciones en La Coruña, una mujer lo reconoció al entrar. «Pero si es Lugrís, el célebre Lugrís. ¡Pintor de cámara!», dijo. «¡De camarote, señora, pintor de camarote!», fue la respuesta de aquel superviviente noctámbulo que dejó tras de sí un mundo de sirenas, ballenas y travesías atlánticas abocadas al naufragio que el Racing de Madrid no tardaría en emular.

El sol de aquellos días de éxtasis se vio ensombrecido enseguida. En mayo de 1919, el Madrid volvió a la carga. El caldo de cultivo para sus protestas bullía gracias a los escribientes afines del semanario deportivo *Madrid-Sport*. En el engolado lenguaje de la época, habían prevenido a los aficionados, antes del inicio del campeonato, contra los «reptiles repugnantes que con gran hipocresía nos hacen ver que son incapaces de que se les pueda inyectar el veneno de la ambición del lucro». Los rumores decían que con Miró Trepat llegaron también las prácticas del amateurismo marrón extendidas en Cataluña, donde el profesionalismo estaba presente en muchos clubs. Uno puede intuir las simpatías del *Madrid-Sport* si se atiene al nombre que aparecía escrito bajo su cabecera, el de Julio Chulilla Gazol, su director. Fue uno de los fundadores del Madrid Foot-Ball Club y secretario del mismo de 1912 a 1924.

En efecto, el Racing ayudaba a sus jugadores más modestos: 300 pesetas para los genios del balón y 150 para los no tan brillantes. El mecanismo, en algún caso, consistía en colocar a jugadores rojinegros en las empresas de Miró Trepat, cuyas oficinas no pisaban jamás, pues se dedicaban por completo a jugar y entrenar libremente. Cronistas ecuánimes, como el madridista Manuel Rosón, alias Eme Erre, hablan del clima de enfermiza sospecha de los merengues que antecedió a la inminente época revolucionaria del profesionalismo, en un tiempo en que además era muy difícil encontrar un *amateur* puro. Años antes, en 1915, ya se dijo que algunos gimnásticos se pasaron a las filas del Atlético para cobrar bajo cuerda.

El Madrid elevó sus quejas hasta la Federación regional y usó sus influencias. Se apeló a la moralidad y se ensalzó inevitablemente al Madrid como la única sociedad que conservaba la dignidad deportiva, persiguiendo el triunfo «por el camino de la nitidez y la pureza». Se instó a emplear la maza de la justicia para «extirpar de raíz el microbio del profesionalismo que anda merodeando en los campos del balompié de Madrid». Tanta palabrería meapilas condujo a que, en junio, los jugadores racinguistas Ricardo Álvarez, Feliciano Rey y Félix Tejedor fueran declarados profesionales por estar falsamente empleados en una empresa del constructor Miró Trepat. Se les impidió jugar hasta dos años después, en que se les levantó el castigo. Privado de sus mejores hombres, el Racing se resintió en el ámbito deportivo.

Tanto, que en el siguiente campeonato flojeó. En la última jornada le esperaba su viejo enemigo. Si el Madrid ganaba, volvería a ser campeón, y el mermado Racing se dedicó con ahínco a evitarlo. Fue el 7 de marzo de 1920, en un día gélido de aguanieve y catarros. Se jugó sucio, como siempre que estos dos antagonistas se veían las caras. Entre faltas y zancadillas, se adelantaron los merengues con un gol de culo, literalmente,

después de que un rechace impactara en las nalgas de su delantero Víctor y el balón se alojara en el fondo de la red. Pero los rojinegros no se rindieron y empezaron a asediar la portería blanca como buldóceres, hasta conseguir el empate a cuatro minutos del final. Con el tiempo cumplido, se organizó una melé junto a la meta racinguista y, en medio de la confusión, el Madrid marcó otro gol, muy polémico, que le daba la victoria. Los rojinegros reclamaron que el gol se había metido con la mano y en fuera de juego, y Pascual, su portero, agredió al árbitro. El público, inflamado, invadió el campo en señal de protesta. Tuvo que intervenir la pareja de guardias, con casco y a caballo, para despejar el campo, en una carga de caballería en toda regla con la que se restableció el orden. Sin embargo, el Racing se negó a reanudar el partido. Los jugadores se largaron. Habían soportado bastante.

La Federación multó al Racing con 800 pesetas, le despojó de los puntos que había conseguido a lo largo del campeonato y descalificó a Pascual por un año y a Buyllas y Ventura por seis meses; por último, amonestó a todos los demás jugadores. Tras aquello, derrumbado moralmente, el club comunicó su decisión de disolverse y licenció a sus jugadores. La historia del Racing había llegado a su fin.

El Madrid volvía ser campeón y, para ahondar en su dicha, ese mismo verano obtuvo el título de Real, tan ansiado por sus directivos, por voluntad de Alfonso XIII. Solo abandonó esa distinción a la fuerza, en los años de la República. Las vidas de los dos enconados rivales no podían ser más dispares. El Madrid tocaba el cielo. El Racing mordía el polvo.

El berrinche les duró a estos menos que su amor propio. El club bohemio y populista se lo pensó mejor y en verano retomó las armas, la abstracta quijada de burro de todos los que, bajo el signo de Caín, pleitean con un hermano bendecido. El Racing, indígena hasta el final, se iba a engolfar más y más.

Pero aquellos castigos fueron un lastre terrible. Durante el tiempo que duraron, los rojinegros vieron cómo otra sociedad del fútbol madrileño, el Atlético, les pasaba a toda velocidad por la izquierda. Los colchoneros, que habían elegido por segunda vez a Julián Ruete como presidente en 1921, se desligaron por completo bajo su mandato de la nodriza de Bilbao. Se madrileñizaron al tiempo que armaron un gran equipo que ese mismo año conseguiría su primer campeonato regional. También empezaron a ser los grandes antagonistas de los merengues, desplazando al Racing. A la vez que ganaban arraigo en la ciudad, su número de simpatizantes creció. Solo dos años después, en 1923, el Atleti se mudó al estadio Metropolitano.

Para entonces, Miró Trepat ya había abandonado la presidencia del Racing. Lo sustituyó Francisco Alvarado Albo. Si el futuro deportivo de los chamberileros era opaco, su papel como animadores del cotarro cultural, en cambio, no decayó. Su nuevo presidente había polemizado el año anterior, en 1922, con el mismísimo Unamuno en las páginas de *El Mercantil Valenciano* dando voz al desencanto de la defraudada juventud española. Que el pesimista más trascendente del 98 se hubiera reunido con Alfonso XIII (desprovisto, eso sí, de levita, en un leve gesto de desacato) se interpretó como una renuncia a su antimonarquismo. Alvarado se sumó así a las críticas desde la izquierda a una monarquía puesta en entredicho tras el desastre de Annual en 1921, en el que murieron varios miles de soldados españoles y que precipitaría la llegada de la «dictadura con rey» de Miguel Primo de Rivera, en septiembre de 1923. A los caídos del barrio en aquella masacre, el Racing les dedicaría una placa, que aún se conserva, en la plaza de Chamberí.

Entretanto llegó el profesionalismo, aprobado en 1926, que se iría implantando a lo largo de los años siguientes. Y con él,

el sindicalismo del balón, con el telón de fondo de las luchas obreras que tiñeron la década. Tres años después ya se había formado una Asociación Nacional de Trabajadores del Foot-Ball inscrita en la UGT. En 1929 se aprobó la sindicación de futbolistas profesionales de Madrid. Sin un comité específico, los futbolistas fueron a parar a la sección de Dependientes del Servicio Escénico, junto a las coristas y los *boys* de la vedette Celia Gámez.

La principal fuente de quejas provenía de la existencia del llamado «derecho de retención», que permitía a los clubs renovar automáticamente al jugador de forma unilateral a cambio de incrementar su salario en un pequeño porcentaje. Obviamente, esto ligaba casi de por vida a los jugadores a los clubs con los que hubieran firmado su primer contrato, una suerte de cadena perpetua que desencadenó inevitablemente protestas.

Para cuando llegó el profesionalismo, el Racing apenas tenía fondos para pagar a sus jugadores, pero entre sus filas iba a contar con algunos de los futbolistas más vinculados a las luchas sindicales, como Reverter, Félix Pérez, Perico Escobal... o Manolo Valderrama, uno de los jugadores con más talento de la época y con más inclinación a la rebeldía. Su fichaje por el Racing fue una de esas batallitas pueriles entre madridistas y rojinegros que tanto alegraban las páginas de los periódicos y mantenían viva la rivalidad. En junio de 1924, el Racing, interesado en Valderrama, envió a este a que robara su ficha de la secretaría merengue. El jugador entró, dijo que iba a renovar su ficha para la siguiente temporada y la dejó firmada tras revolver unos cajones. Cuando se marchó, los empleados la echaron en falta. Valderrama no tuvo más remedio que reconocer el robo, alegando que tenía miedo de que el Madrid no se la quisiera devolver para fichar por el Racing, que le ofrecía unas suculentas 3.000 pesetas si estampaba con ellos su

firma de inmediato. La Federación nombró una comisión para castigarlo. No sería la última batalla entre blancos y rojinegros.

Manuel Valderrama, delantero internacional del Racing

Pese a su declive, el Racing mantuvo su tirón popular. El humorista Miguel Gila contó en sus memorias la admiración que sentía de niño por el portero rojinegro, Martínez, y por los

defensas Calvo y Escobal. Como para ir al colegio tenía que pasar por delante del campo del Racing, solía ver los entrenamientos. Se situaba detrás de la portería de Martínez, dejaba la cartera con los libros en el suelo y estaba pendiente de sus fallos para atajar los balones que se le escaparan. Cuando Gila conseguía atrapar el balón, recibía el aplauso de los jugadores.

El Racing transitó en decadencia por los convulsos años veinte. Pero a finales de esa década se rearmó deportivamente. Contrató como entrenador a Paco Bru, el creador de la «Furia» durante su etapa al frente de la Selección Española. Se propuso construir un nuevo estadio. Consiguió clasificarse para el Campeonato de España de 1929, que se adelantó por el inminente inicio del primer Campeonato Nacional de Liga. Los aullantes gatos del barrio de los chisperos tenían por fin la oportunidad de asestar un gran zarpazo. Nadie podrá decir que nada de lo que se les escapó no lleva la marca de sus garras. El Racing estaba ante su hora más salvaje.

3
Un teatro en la selva

Era una de las cenicientas del torneo, un candidato a morir temprano. Pero en el gélido diciembre de 1928, el deprimido Racing de Madrid iba lanzado a por la Copa. La primera ronda lo emparejó con las temibles avispas del Iberia, el aguerrido equipo de los obreros ferroviarios de Zaragoza. Nueve veces campeón aragonés en doce años, con sus camisetas negras y amarillas. No iba a ser fácil.

En la ida, en el Campo de Torrero, los racinguistas sucumbieron ante dos aguijonazos del rival. Con media mortaja puesta y la eliminatoria cuesta arriba, el Racing acometió la vuelta en Madrid en un campo lleno hasta los topes de una afición encendida. Los rojinegros, eléctricos, consiguieron marcar los tres goles que necesitaban, el tercero de ellos en el último minuto, cuando Fuertes envió un balón venenoso al área iberista que Menéndez remató de cabeza para alojarlo, con infinito suspense, inalcanzable, junto al palo. La hinchada invadió esa tarde el campo para celebrar que el Racing seguía adelante con avidez caníbal.

En octavos de final los esperaba el Valencia. Nadie daba un duro por el *gang* rojinegro: en la ciudad del Turia ya habían palmado ese mismo año los potentes Madrid y Barcelona, y la única duda era cuánto tardaría el cadáver racinguista en acabar en la acequia de Mestalla. Sin embargo, y para sorpresa de todos, arrancaron una victoria por 1-3 en Valencia, en el día de Nochebuena. Para preparar la vuelta, el Racing se recluyó en la sierra para aislarse de los festejos de Nochevieja. Iban en serio:

el día de Año Nuevo liquidaron con codicia a los leones de Mestalla por 2-1.

El sorteo deparó que en cuartos de final se mediría nada menos que al Real Madrid, el odiado enemigo. Para los blancos era el peor rival posible, y recibieron la noticia con disgusto. «El Racing le pesa mucho al Madrid», escribió un cronista por aquellos días. Incluso aquel Racing alicaído de los años veinte se les seguía atragantando a los dioses blancos. Con un animoso clima de *vendetta* de fondo, y temiéndose lo peor, la Federación Nacional emitió dos días antes del partido de ida una circular en la que fijaba los castigos con que reprimirían los posibles escándalos e incidentes en el terreno de juego. En la prensa aparecieron palabras de alarma. El Racing fue a Chamartín como a la guerra, abrazando a sus novias en el andén y prometiendo escribir cartas. La realidad iba a superar las peores expectativas.

A las tres de la tarde del día de Reyes de 1929, los dos rivales comparecieron en el campo. El vencedor de la eliminatoria representaría a la región en las semifinales del Campeonato de España. El temporal que azotaba el país mantuvo recluido en la cama al dictador Miguel Primo de Rivera, el cirujano de hierro, aquejado de un fuerte catarro. Tampoco pudo asistir Alfonso XIII, quien a dicha hora debía atender una recepción en palacio. Sin embargo, el clima helado de la tarde no enfrió los ánimos. Había, como siempre, cuentas pendientes: en el partido de ida del Campeonato Regional, en Chamartín, una patada del madridista Rubio había lesionado a Reverter, el mediocentro rojinegro.

En el Campeonato de España de 1928-1929

El duelo arrancó como un choque de trenes, una pelea de carneros a cabezazos. La primera hostia se produjo entre el madridista Morera, que se llevó la peor parte, y el rojinegro Escobal.[4] A partir de ahí, la carnicería.

El público le dedicó entonces una pitada estruendosa al Racing, «ácidamente salpimentada de denuestos intraducibles» que «brotó como una monstruosa flor envenenada de la deportividad», según relató un engolado cronista de la época. El portero del Madrid, Cabo, abandonó su meta para agredir a un rival. La escabechina continuó. La zancadilla con disimulo, la patada flagrante. Codazos, empujones. Gaspar Rubio, se enzarzó en una pelea con Martínez, el meta rojinegro. Calvo, el áspero defensa del Racing, dedicó gestos obscenos a los socios del Madrid. El Racing estaba en su salsa, una chula atmósfera de provocación y aullido de barrio en vena. Cuando se dirigieron al túnel de vestuarios, en el descanso, una lluvia de insultos provenientes de la *señorial* tribuna de preferencia cayó sobre ellos. Se oyeron feos comentarios relativos a su vida privada y a su honradez. Los racinguistas perdían ya por dos goles a cero, obra de Rubio y Morera. El tiempo, irónicamente, querría que estos dos verdugos se involucraran pronto en la vida de los rojinegros.

La golpiza no amainó en la segunda parte, en cuyo arranque el Madrid anotó el tercer gol tras un fallo de Escobal. ¿Se iba a dejar intimidar el Racing? En absoluto. No ellos. No aquella tarde. Estaban ante la madre de todas las batallas. Eran carne de disturbio, hijos del motín.

El Racing, desahuciado y sin nada que perder, se lanzó a degüello a por el Real. Comenzó a atacar en oleadas, a impulsos de coraje, desempolvando su viejo manual de ardor guerrero. Obtuvo premio cuando una mano madridista fue sancionada con penalti. Lo falló Calvo, que lo tiró sin picardía. Pese al revés, los rojinegros, bajo los focos de la historia, insistieron, y Rodríguez marcó con un tiro bombeado en difícil posición, tras un saque de esquina. Faltaba un cuarto de hora para el final.

Siguió el aluvión del Racing, que empotró a los blancos en su área. Le hervía en la yugular el pulso camorrista. Apretó. Con una embestida final, llegó a tener dos ocasiones claras. En ambas, su delantero Fuertes se quedó solo delante del portero madridista, pero falló ambas y condenó a los rojinegros. El Madrid, grogui, se había salvado.

Los jugadores de uno y otro equipo habían vuelto a demostrar cuánto se odiaban, para regocijo de los espectadores, que solo interrumpían los insultos que les dirigían para zurrarse la badana entre ellos en sus localidades. Los mamporros continuaron en la carretera de Chamartín al término del partido. El nivel de violencia que se alcanzó causó una honda impresión en los asistentes. El periodista y dramaturgo Francisco Ramos de Castro escribió una coplilla para describir la carnicería que había presenciado:

Patadas en el bazo
con bárbara fiereza...
Tan pronto un puñetazo

hinchaba una cabeza
como desaparecía
un ojo en un instante.
¡*Aquello parecía*
el campo de Agramante![5]

Antes del partido de vuelta, fijado para el 12 de enero, se citó a los presidentes de ambos clubs en la sede de la Federación Centro para evitar que los incidentes se repitieran. Se suspendieron las sanciones para no perjudicar a nadie. Hubo buenas palabras y mejores propósitos ante el temor de que ardiera Chamberí.

Pero en la vuelta el Racing, sin su portero titular, se desmoronó. El ánimo le duró lo que tardó en fallar un penalti. A partir de ahí se vino abajo y encajó media docena de goles. No faltó la ración habitual de patadas y de violencia. Al acabar la tarde estaba eliminado.

Aquella derrota vendría acompañada de otra que tuvo lugar en los despachos. Por aquellas fechas se dio forma al naciente torneo de Liga. La idea se fraguó a finales de 1928 y se decidió que arrancara en febrero del año siguiente. Todos contra todos, a doble vuelta. Compuesta por dos divisiones, la primera de ellas la integrarían todos aquellos equipos que hubieran disputado alguna vez la final de la Copa, nueve en total, más un décimo que salió de un torneo disputado entre otros diez equipos. Los integrantes de Primera fueron Athletic de Bilbao, Athletic de Madrid, Barcelona, Arenas de Guecho, Real Unión de Irún, Real Sociedad, Real Madrid, Español, Europa y Racing de Santander (que obtuvo su plaza en la liguilla). El Racing de Madrid fue a parar a la Segunda División, formada también por diez equipos, pese a que reclamó estar entre los mejores, dada su condición de campeón regional en el pasado.

El Racing denunció el golpe de estado por parte de los clubs

poderosos que, con su voto aplastante, se instalaron en el «senado vitalicio» de la Primera División, solo corregido por la nota democrática de la promoción. Su petición no fue atendida. En el momento del definitivo espaldarazo al fútbol español, en tiempo de incipiente profesionalización, los rojinegros acabaron en la segunda línea.

Pese a que no empezaron mal del todo, alternando victorias con derrotas, en el tramo final se vinieron abajo y recibieron goleadas de escándalo. Acabaron los últimos y descendieron a la lúgubre Tercera. Un abismo en el que el Racing se resistió a ingresar. Renunció a tomar parte en ella y al año siguiente prefirió jugar amistosos, a la espera de que la Federación tuviera en cuenta sus reclamaciones. Fue en vano.

Madrid crecía, engullendo a su paso espacios libres y tierras ocupadas. Su ensanche reclamó ese año la parcela donde el Racing había armado su personalidad, la casa de Chamberí que un día imantó las simpatías del barrio que le vio crecer. Por exigencias del urbanismo expansivo, los terrenos deportivos se desplazaban a la periferia. Madrid y Athletic ya habían tenido que mudarse, y debió hacerlo también el Racing, que un día jugó su último partido en Chamberí.

Sus entusiastas se lanzaron a buscar un terreno amplio en las afueras. Lo encontraron en Vallecas, que, a pesar de ser un municipio independiente, consistía en un puñado de barriadas populosas que prolongaban Madrid por el sudeste. El lugar, un solar en la avenida de Alfonso XIII (hoy de la Albufera), a ochocientos metros de la parada de metro más cercana, la de Puente de Vallecas, donde concluía la línea de metro. Había que recorrer casi un kilómetro de vía pavimentada a medias para encontrar, a la derecha, el campo.

El desmonte del terreno comenzó el 15 de septiembre y las obras transcurrieron a velocidad vertiginosa. El esfuerzo sería colosal. El estadio disponía de una grada general con capacidad

para doce mil espectadores, con amplias puertas de acceso, y otra de preferencia, con una magnífica tribuna de hierro y cemento armado, con cabida para cuatro mil espectadores sentados y cubierta en su parte central. Las escaleras de tribuna eran cómodas, con peldaños suaves, y en la parte más alta de la misma había una fila de palcos, con el central destinado a la presidencia. Bajo la tribuna se construyeron dependencias, estupendos wáters para señoras y caballeros, ambigú, vestuarios con ducha, secretaría, habitación para el árbitro con ducha y baño, bar, enfermería y un local para la prensa con teléfono del que carecía el resto de estadios. También, bajo la tribuna, se construyó un hotelito de dos pisos con habitaciones higiénicas independientes para que vivieran en ellas los jugadores.

Vista panorámica del nuevo estadio de Vallecas

Con capacidad inicial para veinte mil espectadores, se esperaba llegar pronto a las treinta y cinco mil tras la ampliación. Quedaba espacio para otro campo de juego destinado a entrenamiento, y se proyectaron frontón, pistas de

tenis y piscina. Sin mecenas ni protectores, el Racing empeñó hasta la camisa para levantar uno de los estadios más fastuosos de España. Se calcula que invirtió casi un millón de pesetas de la época. Ser un equipo de Tercera no iba a impedirle al Racing tener un campo formidable. Meses atrás se había hablado de su disolución por los agobios financieros, pero la llama de la ambición seguía más viva que nunca. Bastaba con llenar sus localidades para volver a ser grandes con el dinero recaudado.

A comienzos de 1930, y a la espera de que arraigara el césped, el Racing se fue de gira por el norte de África, tras descartar la idea de viajar a Filipinas. Visitó Melilla, Casablanca, Tánger y Orán, la ciudad donde Albert Camus era el portero de fútbol de otro Racing, el juvenil Universitaire d'Alger, en el año en que los estragos de la tuberculosis alejaron al filósofo y escritor francés de la práctica del deporte. Es tentador imaginar que Camus pudiera ver jugar a los madrileños en alguno de los tres partidos que disputaron, en enero de aquel año, en la ciudad que sería el futuro escenario de *La peste*.

El equipo que inauguró el estadio de Vallecas ante el Red Star de París

El Racing volvió para el estreno de su nueva casa, que

inauguró por fin en marzo. Invitó para dicha ocasión al Red Star parisino, uno de los equipos más potentes de Francia, al que ganó por 2-1 bajo una llovizna que deslució la botadura de aquella nave que pronto iba a varar en Vallecas. Aquel estadio era una idea tan loca como el teatro de la ópera que Fitzcarraldo, el protagonista de la película de Werner Herzog, proyectó construir en plena selva amazónica con una hipotética fortuna proveniente del caucho. Salió mal.

La afición no acompañó al Racing en su viaje. El metro quedaba suficientemente lejos como para que, en los días de lluvia, el barro convirtiera en una pesadilla cenagosa el tramo que lo separaba de las puertas del estadio. El fútbol era en aquellos tiempos un deporte de invierno y la idea de llegar a casa con los zapatos cubiertos de una tempura de lodo desalentó a la mayoría. El paisaje, en la frontera de una brutalidad suburbial, no era amistoso tampoco. Un cronista describió que, para llegar, «había que atravesar una trocha. Pedruscos, polvo, zanjas, niños a quienes sus papás echan a la carretera para que los maten los automóviles... Al final, un emocionante olor a gallinejas, unos guardias de la porra, arrugados y descoloridos y a la derecha el Stadium». [6]

La Tercera división era además una ruina. En la temporada siguiente accedió a participar en ella con un saldo nefasto. En el partido de Liga que más recaudaron obtuvieron 1.600 pesetas, mientras que en la devolución de la visita gastaron, entre fonda y viaje, 3.500 pesetas a las que añadir los gastos de primas, impuestos, propaganda y personal. Un agujero semanal que no daba a veces ni para pagar el salario de los acomodadores. Estaba además el problema de la coincidencia horaria con los encuentros de Primera, que obligaban a jugar temprano, para aprovechar la luz solar, a la hora en que los espectadores solían estar en sus casas, comiendo. Y el aficionado, puesto a elegir, solía preferir los partidos de

máxima categoría. El campeonato de Liga, tal como estaba concebido, era una lenta sangría que consumía a los equipos de Segunda, Tercera e incluso algunos de Primera.

Pero lo peor para el Racing fue que empezó a acompañarle la leyenda de equipo violento que le retiró las simpatías del público. En vísperas de algún partido se llegó a decir que el único propósito de los racinguistas era lesionar a propósito a sus rivales. Y eso que en alguna ocasión era el Racing el que salía con el parte de lesiones más abultado. Bastaba una patada para que el aplaudido ímpetu del pasado fuera tildado de crimen. Escobal, ovacionado por sus entradas enérgicas, fue repudiado cuando cambió la camiseta blanca del Madrid por la rojinegra del Racing. El equipo de Chamberí vio cómo a veces el escaso público que acudía a sus partidos lo hacía con el propósito de abroncarlo. Su año en Tercera fue un lastimoso vía crucis que concluyó en la penúltima posición de su grupo. A final de temporada, debía a sus jugadores jornales de hasta 500 pesetas. La Federación intervino sus anémicas recaudaciones para destinarlas al pago de los salarios.

Así las cosas, el Racing manejó la idea desesperada de abandonar Madrid e irse a Palencia, a jugar sus partidos de Liga a orillas del río Carrión. Realizó gestiones con el Club Deportivo Palencia que no llegaron a ningún fin. Intentó llegar a un acuerdo con el Athletic para realquilarle Vallecas cuando concluyó el contrato que los colchoneros tenían con la sociedad propietaria del Stadium Metropolitano, yéndose el Racing al campo del Nacional, El Parral, en el barrio de Salamanca. Nada de ello cuajó.

Paco Bru contemplando las obras del nuevo estadio

Sin dinero y escasamente amado, los aficionados empezaban a ver como algo cómico los extravagantes esfuerzos de aquel equipo de canallas. Pese a ello, el Racing no se rindió. Despidió a la mayoría de jugadores y retuvo a unos pocos jóvenes entusiastas, con los que se atrincheró en una idea testicular del juego. Muchachos fuertes, viriles, que se unieron a un puñado de refuerzos mercenarios reclutados de aquí y allá, viejas estrellas en declive y secundarios sedientos de dinero.

Desesperado, el club de Chamberí retomó la vieja idea

abandonada de su viaje fantástico por América. El gordo burócrata del club, Cristino Lorenzo, animal de despacho, con sus gafas inquisitivas, iba a ser uno de los urdidores de una gira que diseñó a medias con Paco Bru, el entrenador, que iba a aprovechar sus contactos en Perú y Cuba para diseñar una *road movie* delirante. ¿El plan? Salir a finales de mayo o primeros de junio de 1931 y estar de vuelta a mediados de septiembre para disputar el campeonato regional, trayendo pesetas y un equipo curtido. Fútbol por la costa del Pacífico, en el Caribe y, si se terciaba, en México, donde esperaban reclutar a una estrella del fútbol mundial. Con los ingresos pagarían buena parte del estadio. «Regresarán los jugadores encantados porque, además de ver nuevos mundos y tierras maravillosas, no habrá ningún descontento», proclamó Bru en vísperas de su salida. El tiempo y los acontecimientos se iban a encargar de desmentirlo de la forma más siniestra.

SEGUNDA PARTE

AMÉRICA DEL NORTE
Madrid
OCÉANO ATLÁNTICO
Cuba
ÁFRICA
México
MAR CARIBE
AMÉRICA DEL SUR
Lima
OCÉANO PACÍFICO

4
¿En qué momento se jodió el Perú?

Un hombre despierta en una habitación del hotel Plaza, a espaldas de la catedral de Lima en junio de 1931. Busca a tientas su reloj en la mesilla y se incorpora en la cama, medio dormido. Va hacia la silla donde reposa su ropa, y se viste antes de asearse. Ha tenido una noche de perros y apenas ha descansado. Fuera, en la calle, se han oído disparos, tiroteos dispersos que le han impedido pegar ojo. Se acaba de producir una sublevación militar de la que tiene parte de culpa.

Casi es una suerte que un conspirador como él esté ahora mismo a salvo en ese hotel de bella fachada republicana. Se aloja allí desde hace unos días. El precio incluye la comida y el almuerzo, desayuno aparte, que esa mañana engulle con apetito. El mobiliario y la limpieza dejan que desear, el personal es negligente y se fuma en todas partes, pero la comida, a base de guisos criollos, es rica y abundante. Sin duda, mejor que la del calabozo del que se ha librado por los pelos. El hombre ajusta la corbata y se alisa la chaqueta cuando abandona el comedor. Se trata de Paco Bru, entrenador del Racing de Madrid.

El preparador chamberilero había dirigido a la selección de Perú en el Mundial de 1930, disputado en Uruguay. Fue la primera aparición de los peruanos en los campeonatos del mundo, y no precisamente memorable: consiguieron dos récords negativos. Su partido frente a Rumanía fue el que registró la peor asistencia en la historia de los mundiales: solo trescientas personas acudieron al estadio de Los Pocitos de

Montevideo en un día de crudo invierno. Y suyo fue el primer jugador expulsado en la historia de la competición, el mediocampista y capitán Plácido Galindo, tras arrearle una escalofriante patada al rumano László Raffinsky. Perú no consiguió ningún punto y solo anotó un gol. Aquello no sorprendió a nadie, a juzgar por las palabras que Paco Bru dirigió a la prensa antes de partir hacia Montevideo: «Vamos allí a ver gratis los partidos del Mundial».

De sus tiempos de seleccionador de Perú, Bru conservaba la amistad del antiguo presidente de la Federación de Fútbol peruana, el teniente comandante Ricardo Guzmán Marquina, que había abandonado el cargo cuando el comandante Sánchez Cerro dejó el poder en marzo de ese mismo año. La casualidad quiso que Bru y Sánchez Cerro se encontraran en el aeródromo del Prat de Llobregat, cuando Bru iba camino de Santander para subir al barco que lo llevaría a América. Charlaron. El entrenador se puso a disposición del expresidente para cuanto necesitara en España, pero Sánchez Cerro se dirigía a París, desde donde pensaba preparar la inminente campaña electoral. Días después, al atracar en Vigo el barco de Paco Bru, fue Guzmán Marquina quien subió, y juntos hicieron la travesía que había de llevarlos al puerto panameño de Colón, en la entrada caribeña del canal. Por puro azar, el Racing de Madrid se iba a situar en el centro mismo de las convulsiones políticas que Perú experimentó a comienzos de los años treinta.

En el año que precedió al de la gira racinguista, una insurrección del comandante Sánchez Cerro había puesto fin a la dictadura de Augusto Leguía. Perú padecía una aguda crisis económica agravada por la depresión mundial de 1929. Cuando colapsaron los bancos americanos, de cuyos préstamos dependía para financiar su ambicioso programa de obras públicas, la economía peruana se tambaleó. La producción de algodón y de azúcar se vio afectada, y crecieron las revueltas

de los trabajadores, principales víctimas del aumento del coste de vida y de la escasez. Al mismo tiempo, la corrupción había arraigado profundamente en la administración.

El malestar político fue el caldo de cultivo para el levantamiento de Luis Miguel Sánchez Cerro, quien se sublevó contra el Gobierno en agosto de 1930 al frente de la guarnición de Arequipa. Tras su apoteósica llegada a Lima, se puso al frente de la Junta de Gobierno que dirigió el país hasta marzo del año siguiente. Su popularidad creció rápidamente entre las capas humildes, que lo veían como a uno de ellos debido a sus rasgos mestizos. De piel oscura, ojos negros magnéticos y aire marcial pese a su corta estatura, la leyenda decía que era originario de la Mangachería, el barrio de Piura donde habitaban los descendientes de los esclavos africanos provenientes de Madagascar, los mangaches. Un enclave de pobreza en mitad de un desierto de arena blanca que tendía a engullirlo. Un barrio bravo lleno de chozas de barro y caña habitado por forajidos, santeras, asnos y niños descalzos.

Sánchez Cerro acometió medidas de carácter social, pero los estragos de la crisis continuaron. Aumentó el descontento, con disturbios obreros sofocados con sangre y choques entre la policía y elementos indígenas. Creció el desempleo y cayeron las exportaciones de materias primas. La moneda se hundió, se restringió el crédito y aumentó el déficit. La entidad financiera más importante del país, el Banco del Perú y Londres, quebró. Incapaz de pacificar un Perú donde bullían las conspiraciones de militares dispuestos a sublevarse, Sánchez Cerro renunció al poder en marzo de 1931 y abandonó el país. Las diversas Juntas que lo sucedieron fueron incapaces de normalizar la situación política y, en medio de una fuerte presión popular, el nuevo Gobierno convocó elecciones para octubre de 1931. El comandante Sánchez Cerro quería presentarse a ellas al frente de la Unión Revolucionaria, un partido nuevo creado por él

mismo que impulsó desde su exilio en París. Pese a contar con fuertes apoyos dentro de Perú, entre el pueblo y el ejército, el Gobierno quería mantenerlo alejado del país para evitar disturbios. La gira del Racing de Madrid iba a suponer una inesperada oportunidad de presionar al Gobierno peruano para que autorizara su regreso.

Procedente de París, Sánchez Cerro llegó al puerto de Colón casi a continuación que Bru y Marquina. Había conseguido el visado de entrada, pero el Gobierno peruano le pidió al de Panamá que vigilara de cerca al militar tras advertirle de sus propósitos subversivos. Escrutados por varios ojos espías, Sánchez Cerro se reunió para almorzar con Guzmán Marquina en una mesa donde habría un tercer invitado: Paco Bru. La comida se desarrolló en un clima distendido, pero en la sobremesa hubo un momento de tensión cuando le pidieron a Bru que llevara consigo tres cartas en su camino a Perú. Iban dirigidas al director de la escuela militar de Chorrillos, al jefe superior de la policía de Lima y al director de la Escuela de Hidroaviación de Ancón. Sánchez Cerro quería regresar de inmediato a Perú para preparar las elecciones de octubre, y estaba dispuesto a orquestar un levantamiento armado.

Bru aceptó. Mientras Sánchez Cerro lanzaba a la Junta de Gobierno un ultimátum exigiendo su entrada al país, Bru embarcó hacia Perú con las cartas. Al llegar al puerto del Callao, no sin temor, el entrenador escondió las cartas en sus calcetines. Tras la revisión ordinaria del equipaje en la aduana, un policía se dirigió a él. «Acompáñeme», dijo mientras le señalaba un cuarto contiguo. El policía, en busca de material de contrabando, le señaló unos paquetes que llevaba en la mano, meticulosamente envueltos. «¿Qué lleva usted ahí?» «No tengo la menor idea», respondió, pálido y sudoroso. El policía los abrió. Dentro había unos dulces que una familia amiga suya le había entregado para hacérselos llegar a unos parientes que

residían en Perú. Visiblemente fastidiado, el policía le ordenó que se largara cuanto antes. Paco Bru obedeció con secreto alivio. Muchos años después describiría los escalofríos que sintió al dar por hecho que la conspiración en la que andaba metido había sido descubierta.

Una vez en Lima comenzó los preparativos para la gira de los racinguistas. La insurrección surtió efecto y, en vísperas de los partidos, Sánchez Cerro entró por fin en el puerto del Callao a bordo del vapor Orazio, de bandera italiana. Fue el 4 de julio, y una multitud expectante lo recibió con fervor. Días después, el militar buscó al entrenador de los rojinegros y lo invitó a comer en Lima. Si ganaba las elecciones, y en agradecimiento por sus servicios, Bru podría instalarse en Perú, y ni a él ni a su familia les faltaría nada. «Solo quiero que no haya ningún disturbio durante la estancia del Racing en Perú», fue la petición del entrenador, y Sánchez Cerro le dio su palabra de que sería así. Los sobresaltos de la expedición, en efecto, iban a ser de otro tipo.

El equipo del Racing de Madrid partió de Santander el 23 de junio de 1931 a bordo del Reina del Pacífico. Había reunido un plantel de jugadores propios, a los que se unió un puñado de notables mercenarios reclutados para la ocasión. A los rojinegros Valderrama, Félix Pérez, Lolín Rodríguez, Arturo, Miguel Bernabéu, Manuel Rodríguez, José Gómez y el portero Alfonso Martínez se les unieron Urretavizcaya y Morera del Madrid, José Muñoz *Morenito* y Tena I del Español, Ramón Irles del Elche, Alfonso Rey del Ceuta y Mondragón del Cartagena. En Vigo se uniría el madridista Cosme Vázquez. Junto a ellos iban Cristino Lorenzo, el secretario técnico; José Góngora, el tesorero; y Marcial de Miguel, el masajista.

Entre los ilustres invitados había también un legendario

guardameta del Barça en el declive de su carrera. Se trataba de Franz Platko, el oso rubio de Hungría, que inflamó la imaginación de Rafael Alberti cuando este presenció la final de Copa de 1928, disputada entre la Real Sociedad y el Barcelona en los Campos de Sport de El Sardinero, en Santander. En medio del asedio a la portería azulgrana, el húngaro no dudó en lanzarse a los pies de un delantero rival para evitar un remate. La bota impactó en su cabeza y le abrió una brecha que hubo que suturar allí mismo, bajo la lluvia. Con seis puntos, y la cabeza vendada, dispuesto casi al martirio, Platko siguió jugando en una batalla de tintes nacionalistas, saldada con fuertes encontronazos y paradas imposibles bajo la tempestad, mientras a escasos metros el Cantábrico rugía en la línea de playa. «Rubio Platko tronchado, tigre ardiente en la yerba de otro país». En plena sequía creativa e inmerso en una crisis existencial, aquel episodio sirvió al poeta gaditano para escribir la «Oda a Platko», que inmortalizó aquel lance lleno de violencia. Al mítico guardameta húngaro no parecía dársele bien Santander: antes de embarcar con el Racing, un insecto le picó en una pierna. Se le inflamó tanto que necesitó la visita de un médico para descartar que la picadura revistiera gravedad.

El Racing de Madrid antes de marchar a Santander para embarcar rumbo a América

Fue un leve percance que no enturbió la felicidad de los rojinegros por el viaje. Les esperaban la gloria y el dinero. Y fueron en busca de ambos en un buque de elegante casco blanco y dos chimeneas que parecía una tarta nupcial flotante, recubierta de crema, sobre la que hubieran clavado dos cigarrillos con filtro.

Eran humildes, pero se rodearon de los lujos de aquel barco. El Reina del Pacífico había revolucionado la ruta entre Liverpool y Valparaíso. En su botadura, ese mismo año, fue la nave más veloz de la flota inglesa. Puesto que sus clientes principales iban a ser españoles, que cubrirían la mayor parte de sus 880 pasajes, la nave se decoró al gusto colonial español, con un estilo barroco de influencias moriscas. Su *grand hall* tenía el aire de un cortijo andaluz y la altura suficiente para convertirse en sala de cine o pista de baile. Las escaleras eran de roble y sicomoro, y abundaba el mármol. El comedor de primera clase, recubierto de espejos, contaba con escenario para orquesta.

El ocio transcurría en el bar, en el club masculino con chimenea abierta, en el salón para fumadores de estilo moderno o en la biblioteca. Los futbolistas no dejaron de merodear por las puertas de la sala para señoritas. Tampoco descuidaron la forma física. El barco disponía de piscina y de área de deportes en un extremo de la cubierta de botes, así como de un gimnasio donde los racinguistas tonificaban a diario los músculos. Los servicios y la comida a bordo estaban en la mejor tradición inglesa: puntuales los primeros e incomible la segunda. Esta última, insulsa y servida en horarios británicos, era tan nefasta que dio pie entre los jugadores a comentarios maliciosos sobre la compañía a la que pertenecía el buque, la Pacific Steam Navigation Company, cuyas siglas, P. S. N. C., fueron inmediatamente traducidas como «Pésimas Son Nuestras Comidas», «Pícaros Sin Ninguna Consideración» o «Pasajeros Ser Nunca Contentos». El capitán del barco, por su parte, era tan bueno como antipática su tripulación.

Todo ello contribuyó a crear un estado de ánimo ajeno a los días de desdicha que vendrían. Cruzaron el Atlántico cargados de optimismo y llevando consigo las copas donadas por el presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora, y por el ministro de Estado, Alejandro Lerroux, que serían ofrecidas durante sus partidos en Perú y Cuba, las primeras paradas de su gira.

Hicieron escala en Bermudas, donde faltaban aún dos décadas para que se desatara el pánico alrededor del Triángulo del mismo nombre. Pararon en Bahamas, La Habana y Jamaica. Cruzaron el canal de Panamá, y atracaron en Guayaquil, la ciudad portuaria de Ecuador, antes de entrar en el puerto peruano del Callao el 11 de julio, solo unos días después que el comandante Sánchez Cerro. El Racing llevaba tres enfermos. Entre ellos, Félix Pérez, su mejor delantero, que había estado vomitando sangre durante la travesía.

Al día siguiente iba a dar comienzo la serie triunfal de partidos destinados a darles fama y dinero. Debutaron frente al Atlético Chalaco, que el año anterior había conquistado el campeonato peruano sin perder ni un solo partido. Los porteños, con sus camisetas a rayas blancas y rojas, recibieron a un Racing que saltó al campo portando la bandera tricolor de la República española en medio de una gran ovación. No faltaron las personalidades de la colonia hispana en Lima ni el cónsul español. El entusiasmo impregnaba el ambiente.

Los rojinegros alinearon a Platko, Arturo, Bernabéu, Tena, Lolín, Mondragón, Urretavizcaya, Muñoz, Valderrama, Cosme e Irles. Ese fue el once con que iniciaron su viaje al infierno. Al final del primer tiempo, que dominaron de forma solvente, los madrileños ganaban 1-2. La lentitud exasperante del juego convenía a su estado físico de cansancio. Parecía que iban a debutar con buen pie, pero acabaron perdiendo por 3 goles a 2. Nada iba a aminorar el entusiasmo congénito del club: se había perdido por culpa de las bajas y el agotamiento del viaje. Solo había que reponer fuerzas para demostrarle a Perú el potencial del Racing.

Y descansaron. Durante una semana. El tiempo que tardaron en enfrentarse a su segundo rival. No iba a ser fácil. Se trataba del Alianza Lima, el llamado «club íntimo», que ese año ganaría el campeonato. Era el que contaba con más simpatizantes en el país y su nombre era un homenaje a la caballeriza Alianza, propiedad del presidente Augusto Leguía, a quien Sánchez Cerro había depuesto el año anterior. Los Íntimos eran en aquellos años un equipo temible. Se nutría de una brillante generación de futbolistas que obtuvo el primer tricampeonato del fútbol peruano en los años 1931, 1932 y 1933, y que, tras su exitosa gira por Chile cuatro años más tarde, pasaría a la historia como el Rodillo Negro, llamado así por el color de piel de la mayoría de sus jugadores.

Surgido en un potrero, Alianza fue fundado por hijos de emigrantes italianos y chinos. Las élites limeñas los miraron con desconfianza. Sus jugadores eran carpinteros, obreros, chóferes. A menudo se los percibía como vagos, fiesteros sin horarios fijos, irresponsables y adictos a la jarana. Su rival era el Universitario: elitista, disciplinado, profesional y partidario de entrenar en los días previos a los partidos. Mientras que Alianza era el equipo del barrio obrero de La Victoria y contaba entre sus filas con negros espectaculares, a Universitario se lo tenía por un equipo de blancos.

La rivalidad entre ambos se cimentó en el llamado Clásico de los Bastonazos del 23 de septiembre de 1928, cuando ambos se disputaban el título de campeones en la última jornada. Los dos equipos acabaron inmersos en una batalla campal que contagió a la grada. Los hinchas de Universitario la emprendieron a bastonazos con los aliancistas. Aquel partido perduró en el imaginario colectivo como un partido de negros contra blancos, de obreros contra estudiantes, dos sectores sociales fuertemente antagónicos por culpa de la estratificación social de la época.

Alianza era un equipo exuberante y dinámico, un rival temible para el equipo español. El avatar de aquel equipo memorable es Alejandro Villanueva, alias Manguera, un exponente del fútbol criollo que aunaba elegancia y picardía. Bailaba marineras durante los partidos, sorteando adversarios como si estuviera de fiesta. A él se debe en gran parte la personalidad del fútbol peruano. Popularizó jugadas como la huacha (el túnel), la chalaca (chilena) o el pase del desprecio (girando la cabeza en dirección contraria a la del balón). Indisciplinado, bohemio y aficionado a la vida nocturna, Villanueva formaba parte, junto con Juan Valdivieso, José María Lavalle, Alberto Montellanos y Koochoi Sarmiento, el Chino, de aquel Rodillo Negro que embelesó a Perú. Los de Chamberí dependían de la imagen que dieran ante ellos para

ampliar la serie de partidos contratados. Frente a los Íntimos, las perspectivas no podían ser peores.

Bru conocía la superioridad de Alianza Lima y aplicó una táctica novedosa para enfrentar aquella máquina criolla: el marcaje hombre a hombre. Ordenó a sus medios y defensas que se pegaran a un rival determinado y lo siguieran adonde fuera en lugar de marcarlos por zonas, como se hacía entonces. Aquel pegajoso mecanismo de solapamiento individual surgió menos por osadía táctica que por necesidad. El Racing iba a necesitar dar lo mejor de sí mismo si quería salir airoso.

Hoy estigmatizado como un feo artefacto primitivo, el marcaje al hombre era en aquellos días un sistema vanguardista. Con él, Herbert Chapman, entrenador y demiurgo del Arsenal inglés, empezó a mediados de los años veinte a socavar el 2-3-5, la pirámide original del fútbol. Chapman retrasó un mediocentro a la defensa y uno de los cinco delanteros al medio. Había nacido la WM, un 3-4-3 versátil, más equilibrado, y que primaba la naturaleza colectiva del juego por encima del talento individual.

En la Europa de entreguerras, en la que se afianzaban las ideas sociales progresistas, cuando dicho sistema fue exportado lejos de las Islas Británicas se le dispensó un recibimiento entusiasta hasta convertirse en un canon de juego inobjetable. [7] Incluso en la Italia políticamente agitada de los años setenta, el marcaje individual llegó a verse entre cierta franja culta como intrínsecamente de izquierdas, frente a la zona, más de derechas, en tanto que reposa en el talento aristocrático de unos pocos elegidos.

Del marcaje individual nació una concepción más estática del juego, que dio pie a parejas simétricas de baile que se medían durante todo el partido. El defensa derecho era la sombra del extremo izquierdo rival, el central guerreaba con el ariete adversario, el medio volante izquierdo no se despegaba del

interior derecho contrario... y así con todo. Había nacido el orden. El fútbol era una palestra de duelistas obedientes que perseguían a su par en las zonas que se les asignaba.

Bru vislumbró los horizontes por los que discurriría el fútbol cuando aquella tarde, en el Stadium Nacional de Lima, retrasó a dos de sus delanteros. Lo llamó doble cerrojo. Aquel sistema se adecuaba al irritante estilo rompepelotas del Racing. Los aliancistas, gracias a su superioridad individual, esperaban barrer aquellos partisanos del fútbol madrileño. Pero la táctica dio resultado.

El Rodillo Negro empezó a atascarse pronto. La meticulosa cacería individual funcionaba, y los gatos de Madrid atrajeron a su ratonera a los Íntimos. Aun así, estos dominaron en la primera parte y consiguieron un gol. En la segunda, los racinguistas se vinieron arriba y asediaron la puerta rival, creando ocasiones de gol que no se concretaron por falta de acierto en el remate. Las crónicas hablan de juego brillante y valentía defensiva, pero también de una lentitud que enfadó a los doce mil espectadores que acudieron a ver el partido.

El público no tardó en impacientarse. Conocían a Bru, viejo zorro, de su paso por la selección del Perú, y empezaron a increparlo. «¡Don Paco, esto es un tongo! ¡Ha comprado usted a los negros!». Incapaces de librarse de la vigilancia rojinegra, los de Alianza solo consiguieron ganar por la mínima. Su afición, que esperaba una victoria con exhibición, enfureció. Ante la estupefacta mirada de los madrileños, los hinchas peruanos corrieron a por los jugadores aliancistas, que tuvieron que huir por las calles de Lima. Tal fue la indignación que quisieron incendiar las tribunas del estadio. Sospechaban que Alianza había jugado mal a propósito con el fin de buscar un empate y jugar una revancha para llenar sus bolsillos. Ante la perspectiva de que su afición linchase a los jugadores si no conseguían derrotar al Racing, Alianza se negó a jugar un segundo partido.

Los suculentos ingresos de una hipotética revancha se esfumaron para un Racing que dejó una imagen de equipo vulgar.

Hubo que improvisar. Buscaron un sustituto de Alianza y se acordó un encuentro contra el Frigorífico Nacional de El Callao, recién ascendido a la Primera División. Los Fríos eran un equipo sin fuste, mediocre, y el duelo entre ambos desembocó en un partido insulso. El Racing combinó bien en la primera mitad, fuerte en la media, pero en la segunda sufrió pese a la poca envergadura del rival. Lo sostuvo la buena actuación de su trío defensivo, que les permitió obtener la primera victoria de la gira por 1-2. Sin embargo, nada iba a ser plácido en aquellas tierras. En los últimos instantes del partido, el juego se endureció y varios rojinegros resultaron lesionados. Habían ganado a costa de recibir una buena ración de patadas y a cambio de muy poco dinero. Nadie reparó en que el día acordado para el partido, un 28 de julio, era la fecha en que se celebraba la independencia de Perú. La asistencia fue escasísima: el público prefirió celebrar las Fiestas Patrias antes que ver a aquellos románticos excursionistas.

En otoño, aquel militar impetuoso que regresó al país con la ayuda de Paco Bru ganó las elecciones en medio de un clima de violencia que continuaría en los dos años siguientes. Durante su mandato, Sánchez Cerro desató una feroz persecución de sus adversarios políticos. Al frente de su Unión Revolucionaria, declaró su admiración por Mussolini y no tardó en adquirir tics parafascistas. En 1933 murió asesinado cuando un militante del opositor APRA se abrió paso hasta él a la salida del hipódromo de Santa Beatriz, donde acababa de pasar revista a las tropas. Cuando abandonaba el lugar en su descapotable, su verdugo subió al estribo del coche y le descerrajó tres disparos a quemarropa por la espalda. Ricardo Guzmán Marquina, el antiguo presidente de la Federación Peruana de Fútbol, el tercer comensal en aquel restaurante panameño, fue según algunos testimonios un elemento cruel y corrupto del Gobierno sanchezcerrista que dirigió la represión como director de policía.

Dos días después de su partido ante el Frigorífico, el Racing hizo el equipaje y embarcó hacia La Habana. Lo hicieron todos menos uno. Félix Pérez iba a permanecer en Lima durante muchas semanas.

5
Esto es Jauja

> Lima, 28 de julio.- El jugador español de fútbol Félix Pérez está atacado de hemoptisis. Los médicos han logrado contener los vómitos de sangre y confían en que el enfermo mejore bastante en el plazo de quince días.
>
> Pasada esta fecha, será trasladado al pueblo de Chosica, estación invernal, situada en las estribaciones de la cordillera de los Andes. Si mejora será enviado a España; en caso contrario, se le llevará a Jauja, conocido con el nombre de Paraíso de los Tísicos.
>
> Associated Press

Por medio de esta nota de prensa los aficionados españoles conocieron la situación en que se encontraba Félix Pérez. Durante la travesía, mientras sus compañeros se ejercitaban en el gimnasio del barco, él permanecía postrado en su camarote. El jugador madrileño había empezado a vomitar sangre. Tras desembarcar, la enfermedad se recrudeció. Las dos primeras noches en Lima, los médicos se mostraron pesimistas sobre las posibilidades de salvar la vida del futbolista.

En todo drama romántico que se precie no puede faltar el episodio turbador en el que el héroe, tras un ataque de tos, inspecciona su pañuelo y descubre una mancha sanguinolenta. Tampoco iba a faltar en la aventura del Racing. El mal sensible apareció de forma siniestra en la expedición.

Los pronósticos más sombríos situaban a Félix en Jauja. El legendario lugar del altiplano fundado por Pizarro donde se pagaba a los hombres por dormir y se azotaba a los que se

empeñaban en trabajar. Una tierra con ríos de leche y miel, y árboles de los que colgaban lechones asados. Al menos, según la propaganda que cundió sobre este país imaginario de la abundancia, que sirvió como reclamo para el reclutamiento de hombres para las expediciones a América. No muy distintas habían sido las ambiciones que llevaron al Racing en busca de la prosperidad.

En Jauja no hubo nunca fuentes de mantequilla y requesón, pero sí una de las grandes mecas del turismo mundial tuberculoso. Una auténtica ciudad sanitaria en la Sierra Central de Perú, famosa por las bondades de su clima. En aquel paraíso para enfermos de pecho se buscaba el reposo y el clima de sus sierras. La edad dorada de Jauja terminó con el descubrimiento de las vacunas, pero hasta entonces acogió una curiosa sociedad culta llena de americanos y europeos, una montaña mágica. Que el mejor jugador del Racing pareciera predestinado a ella apenas puso un pie en Perú tenía una resonancia profética del peor tipo.

En realidad, Félix Pérez encajaba mal en aquel Racing tan cimarrón. Su apodo, Finito, ya da una idea del tipo de cisne anómalo que era dentro de aquella bandada salvaje. Tenía una sonrisa de chico travieso y un rostro aniñado que le daban apariencia de bondad. Como jugador era un estilista sereno, alguien que no perdía la calma en momentos de agitación. Se le afeaba el carácter británico en el campo, lo que a veces se interpretaba como desgana o apatía. No solía manifestar emociones, ni gesticulaba. En el campo se desenvolvía con tanta cautela que se lo acusó de tener miedo. Cuando enfrente había un rival duro y violento, Pérez se apocaba. Él se defendía diciendo que solo le intimidaba Pololo, alias de Miguel Durán Terry, el recio jugador y capitán del Atlético de Madrid que se desplazaba cada partido desde Asturias a Madrid, o adonde jugaran los rojiblancos como visitantes, en su propia

motocicleta. Finito, en suma, era de los que escondían la pierna cuando venían mal dadas.

Era tan *gentleman* dentro del campo que nunca llegó a cometer una falta. Aquel era un bagaje problemático en el Racing. Siempre se lo denigró por negarse a dar patadas, que en cambio recibía a mansalva. Alto, ágil y elegante, demasiado sofisticado para aquellos tiempos de patadón y carga de pecho. En los partidos solía escucharse un «¡Dale!» cuando recibía la pelota, anuncio del golpe que nunca devolvía. Era el medio habitual de quitarle el balón. Había ido a parar al Racing, pero era un enamorado del Madrid que tuvo su primer carnet de socio merengue a los nueve años de edad. Empezó a jugar en el Real en 1921, cuando los blancos aún estaban en O'Donnell. En 1929, tras jugar cuatro partidos fugaces en el Atlético, recaló en el equipo de Chamberí. El motivo por el que cambió de bando fue un disgusto: le habían bajado el sueldo a la mitad.

Hombre de principios, Félix Pérez se implicó en el incipiente sindicalismo surgido tras la implantación del profesionalismo en el fútbol español. Hasta entonces, habían coexistido la figura del *amateur* marrón, un profesional encubierto que se desempeñaba en los equipos a cambio de unos duros, billete de tren, un jergón y algún modesto premio, con la del *amateur* puro, que veía al primero con recelo. Recibir dinero por una actividad deportiva era percibido como algo innoble por aquellos *sportmen* altivos.

A partir del momento en que se reconoció el profesionalismo no podía descalificarse a nadie por percibir dinero por la práctica del fútbol, pero también se alimentaron las tensiones entre clubs y futbolistas, que vieron la necesidad de sindicarse. Soplaban los aires revolucionarios que desembocarían, años más tarde, en la República.

El régimen laboral de los futbolistas pasó a ser complejo. Surgieron fricciones derivadas del «derecho de retención», es

decir, la potestad del club para retener a un jugador al que se le terminara el contrato a cambio de un incremento del 10 por ciento del sueldo. Cada conflicto laboral se dirimía dentro de una Federación que no reconocía la negociación entre patrón y trabajadores.

Uno de los primeros sindicalistas fue Félix Pérez, quien, en vísperas de la creación en 1929 del primer Campeonato Nacional de Liga, intentó, sin éxito, movilizar al vestuario madridista. Participó luego en la creación del sindicato de futbolistas, que aspiraba a defender a los jugadores de los abusos de los clubs mediante un montepío, exigiendo que los contratos los redactase un comité donde estuvieran representados patronos y jugadores. No llegó todo lo lejos que quiso.

Tuvieron que adherirse al sindicato de Actores de Escena, primero, y al de Trabajadores del Espectáculo después, donde compartían estatus con coristas y toreros. Tampoco se suprimió el derecho de retención, y ello sirvió de acicate a Félix Pérez para dejar el Madrid.

Lo abandonó en octubre de 1929. Sintió que le estaban robando. Le rebajaron el sueldo de 1.500 pesetas a 700, más primas. Estuvo un año sin cobrar para poder irse libremente, y se enroló en el enemigo a cambio de 1.000 pesetas al mes y la libertad al final de temporada. El jugador hidalgo aterrizó así en el club popular, el de la reputación del golpe y tente tieso. El hombre que nunca cometió una falta se embarcaría con ellos en una gira que pondría en peligro nada menos que su vida.

Lo lamentaría siempre. Félix era distinto. El estilista del Racing, aparte de dedicarse al fútbol, era un gris empleado de correos que para 1930 ya había alcanzado el rango de oficial segundo en la Caja Postal de Ahorros. A las ocho entrenaba con el Racing. Después iba al Palacio de Comunicaciones. Allí hacía números desde las nueve de la mañana hasta la una y media de

la tarde, cuando salía a comer con su madre. A las cuatro, tertulia en el Café Pardiñas con la peña de amigos, donde se mantenía la ecuanimidad entre madridistas y racinguistas. Luego, visita a la taberna de su madre para echar un vistazo antes de dejarse caer por la biblioteca del Círculo de la Unión Mercantil, en la Gran Vía, bajo cuya imponente vidriera Félix se empapaba de buenas lecturas antes de acudir al gimnasio del Casino para practicar la cultura física a conciencia.

Estudiaba inglés, quería preparar unas oposiciones para tener un trabajo compatible con atender la tienda de su madre. Le tentaba la idea de invertir en Bolsa, pero no estaba «enterado de sus secretos y trucos». De no haber sido futbolista, le habría gustado ser un gran novelista, y en sus ratos perdidos escribía sus memorias. «Me desespero cuando intento fijar en las cuartillas ideas e imágenes sin conseguirlo», decía.

Estaba tan profundamente enmadrado que renunció al amor. Fue a la vuelta de la gira que el Real Madrid hizo en 1927 por el continente americano, en la que Félix participó. Haciendo escala en Lima, desde Valparaíso, conoció a una señorita con la que trabó amistad. Simpatizaron de inmediato. «Cuando nos despedimos en el puerto —contó—, necesité toda mi entereza para dominar mis ímpetus sentimentales y no marcharme con ella». Su frialdad, al parecer, no lo abandonaba ni en el campo deportivo ni en el sentimental. Siguieron escribiéndose. Ella lo citó en París. Pero le pudieron el cariño por su viejecita y la pena por abandonar Madrid. Su idilio terminó. Félix nunca acudió a la cita en la capital francesa.

Adonde sí volvió fue a América, arrastrado por el Racing. En la cubierta del barco no encontró esta vez el amor, sino una dolencia pulmonar que hizo temer por su vida. El jugador con más talento de aquel clan de granujas no llegó a disputar ningún partido con ellos. De hecho, no volvió a vestirse de rojinegro. El Racing lo dejó atrás, postrado en una cama de

hotel. A su cuidado quedó Marcial de Miguel, el masajista, que también se descolgó de la gira.

Félix Pérez, el estilista del Racing

AMÉRICA DEL NORTE
OCÉANO ATLÁNTICO
La Habana
México
MAR CARIBE
Buenaventura
Guayaquil
AMÉRICA DEL SUR
Lima
OCÉANO PACÍFICO

6
Habaneras y dinamita

Los racinguistas llegaron a La Habana el 6 de agosto a bordo del vapor Santa María, de la compañía Grace Line. En los pantalones de sus trajes claros llevaban piernas doloridas y poco dinero en los bolsillos. Pero cuando el sol salitroso de la bahía habanera los saludó, sobre la cubierta del barco, recobraron el ánimo. En ese instante, tras siete días de plácida travesía y las promesas de Paco Bru, no podían presagiar el curso que tomaría su aventura en el Caribe.

Dejaron sus bártulos y se internaron en las estrechas calles de La Habana Vieja. Visitaron los almacenes El Encanto, con sus escaparates exuberantes. Gastaron suela de camino al Sloppy Joe's Bar, para refrescar las gargantas en su barra de caoba y mezclarse con una clientela compuesta por comerciantes nativos y peregrinos alcohólicos de Estados Unidos, que huían de la ley seca junto a algún contrabandista dispuesto a abrir sucursales de la mafia en la perla del Caribe. Al atardecer, se dejaron caer por la redacción del diario *La Marina*.

La hospitalidad de la colonia española contribuyó a subirles la moral. Uno de los clubs locales, el Real Iberia, invitó a los racinguistas a su verbena en el hotel Nacional, que se celebraría dos días después de su llegada. El Racing prometió acudir. Bajo la gran pérgola de los jardines del hotel, abanicados por palmeras frente al mar, con vistas al Malecón, sus jugadores disfrutaron de la música del Sexteto Cubano y de la Orquesta de Tata Pereira y del resto de amenidades festivas. Se retiraron pronto, puesto que al día siguiente tenían que

enfrentarse a Juventud Asturiana. Fue una velada dulce, aunque captaron cierta ansiedad flotando en el ambiente. De vuelta a su hotel, mientras recorrían las calles del Vedado mecidos por la brisa nocturna de los alisios, comentaron los extraños rumores que habían oído acerca de una revolución.

Visitando la redacción del diario cubano *La Marina*

En la isla había una inquieta atmósfera de fútbol. El sentimiento antiespañol de posguerra se dejaba notar en el nombre del equipo pionero de Cuba, el Sport Club Hatuey, que rendía homenaje al cacique taíno que murió en la hoguera por levantarse contra la dominación española. También estaba el Rovers Athletic Club, formado por los británicos afincados en el país, que a la vez jugaban al golf y al tenis con todo el boato del Imperio. Pero a pesar de todo, la influencia de los residentes españoles era notable. Juventud Asturiana, Real Iberia y Centro Gallego estaban en el centro de las pasiones futboleras cubanas.

El Racing debía enfrentarse a todos ellos a lo largo de tres partidos, contratados bajos los auspicios de Bru. La serie comenzaría frente a Juventud Asturiana el 9 de agosto, en el

campo La Polar. Construido el año anterior por la fábrica de cervezas del mismo nombre, era un imponente recinto clásico concebido en exclusiva para la práctica del fútbol, con gradas capaces de albergar hasta diez mil espectadores. Había expectación por ver al mítico guardameta Platko. También al delantero internacional Valderrama y al vigués Cosme, el Filipino, viejo conocido de la afición habanera debido a su paso por el Fortuna Fútbol Club de Cuba. Si el Racing despertaba suficiente interés entre los habaneros, se llevaría unos ingresos suculentos por taquilla. En cuanto al estilo, el gusto autóctono estaba de parte del fútbol primario del *kick and rush*, «patea y corre». Balones largos para llegar cuanto antes a la portería contraria, sin preciosismos y con mucho contacto físico. Si era lo que querían, estaban dispuestos a dárselo.

El partido arrancó a las 4 de la tarde, tras el intercambio cordial de banderines. A esas horas el campo era una bullente olla de calor y humedad que agobió a los visitantes. El Racing inició el juego con pases largos a las alas. Le sirvieron de poco. A los tres minutos, Juventud Asturiana ya iba por delante en el marcador, con un gol de Beringer a pase de Bebo. El Racing no se acobardó. Empató cuatro minutos después, gracias a un tiro de Cosme al ángulo derecho de la portería del cubano Zamorita que su compañero Tapia desvió hacia su propia puerta, sin que aquel pudiera hacer nada por detenerlo. El partido desembocó en un trepidante choque de ida y vuelta hasta que el calor derritió las piernas de los racinguistas. A la media hora, Valderrama cayó extenuado al suelo, entre las burlas de los espectadores. «¡Ese es el indio cubano!», gritó alguien entre el público.

El árbitro se vio obligado a detener el juego. Platko, que ese día era suplente por lesión, entró en el campo con un cubo de agua fría y una esponja para que sus compañeros se refrescaran el cogote. El respiro les permitió llegar al tiempo de descanso

con empate. En la segunda parte, el Racing aparcó los balonazos largos y comenzó a combinar por bajo. Pudo haber ganado de no ser por el acierto del portero criollo, que ese día paró y blocó cada balón con gran estilo. Las crónicas hablan de un partido jugado con ardor y de la buena impresión causada por los rojinegros, de acuerdo a lo que se esperaba de ellos. Sin embargo, las gradas de La Polar no se llenaron. La asistencia fue escasa, y la taquilla, floja. El estadio quedaba a las afueras y era difícil llegar hasta él debido a la huelga de tranviarios. Los sindicatos pretendían que se uniera el resto de trabajadores hasta desembocar en un paro general revolucionario. La ciudad del baile se iba a convertir desde esa tarde en un tablero de violentas agitaciones en el que los racinguistas se vieron atrapados.

Aquel mes fue el de la insurrección contra Gerardo Machado, el Mussolini tropical, presidente de la República cubana por aquel entonces. Su figura despótica solo se puede entender en el contexto de una década crispada. Tras llegar al poder en 1925, con amplio respaldo popular, aspiró a conciliar los intereses de la burguesía local con los del capital estadounidense. Se propuso consolidar la clase media, desarrollar la industria nacional, estimular la producción agrícola y crear un vasto programa de obras públicas que diera empleo a las capas populares. Solo un año después de alcanzar la presidencia ya soñaba con erigir una estatua de sí mismo, mientras dirigía una corte de aduladores en el aristocrático Havana Yacht Club.

Por culpa de las bombas, el anunciado partido ante el Iberia hubo de ser aplazado una semana

Su reforma de la Constitución para perpetuarse en el poder, y los estragos económicos del Crac del 29, acabaron con su prestigio político. Su gobierno derivó pronto en dictadura sangrienta. Machado, el «asno con garras» semianalfabeto, a quien los estadounidenses llamaban el *nice fat president*, comenzó a encarcelar a los líderes obreros o a tirarlos al mar para que los devoraran los tiburones, como en el caso del desaparecido Claudio Bouzón, cuyo brazo derecho se halló, tres días después de su arresto, en el vientre de un escualo que un pescador capturó en la bahía de La Habana. Fue tal el escándalo que Machado prohibió la pesca de tiburones. La escalada represiva alcanzó un punto de no retorno a lo largo de 1931, y el Racing iba a ser testigo de un agosto insurrecto.

Al día siguiente de su partido contra Juventud Asturiana se decretó el estado de guerra en La Habana. La noche anterior, en Luyanó, la «pequeña Galicia de La Habana» al sur del Cerro, hubo disparos entre la policía secreta y dos rebeldes refugiados

en una fábrica de medias. Eran Arturo del Pino Ramírez, un veterano mambí curtido en la guerra de Independencia contra España, y el español Felipe Cabezas. Ambos murieron después de tres horas de tiroteo. Los trescientos agentes movilizados creían que había decenas de combatientes en la fábrica porque Ramírez y Cabezas cambiaban de ventana para disparar, con lo que creaban la ilusión de ser más.

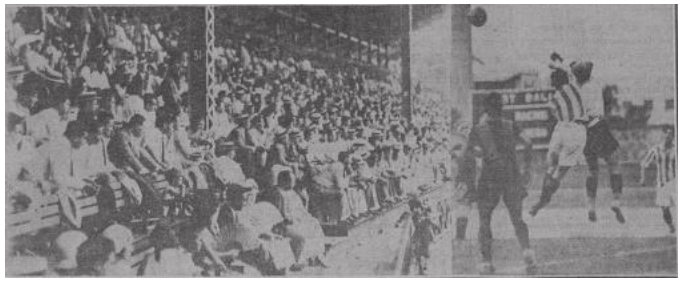
Las noticias confirmaron que los rumores de la fiesta del Iberia eran ciertos. El día en que los racinguistas llegaron, una expedición revolucionaria de cincuenta cubanos reclutados en Nueva York fue detenida en Atlantic City tras su intento de abordar un barco para alcanzar las costas de Cuba. Un día después, el expresidente Menocal y el coronel Mendieta encabezan el desembarco de tres yates en una playa al oeste de La Habana. Se da la orden de busca y captura de ambos. Creyendo que han huido, se ordena que los aviones salgan a apresarlos en alta mar. Se dice que Menocal está a bordo del cañonero Baire, cerca de la costa, al mando de un contingente de rebeldes dispuestos a invadir la isla. Policía y soldados patrullan las carreteras y vigilan a transeúntes y automovilistas. Al día siguiente, un general cae en combate al frente de unos insurrectos en Lomas del Toro, mientras que Menocal y Mendieta son capturados en las ciénagas de Río Verde. Se bombardea el Oriente. La insurrección ha prendido como una mecha a lo largo de la isla. El Morro y la fortaleza de San Carlos de la Cabaña se llenan de detenidos. Se habla del complot revolucionario más grande desde 1917.

El Racing apenas pudo salir de su hotel durante aquellos días de desórdenes, huelgas y tiroteos. Las noches eran perturbadas por el ruido de las bombas. Los partidos, postergados sin fecha. La cuenta de su alojamiento y los gastos crecían. Solo tras el regreso de Machado a La Habana, una vez sofocada la revolución, pudieron reemprender su serie maldita de partidos.

Les faltaban los dos encuentros más difíciles, frente a los mejores equipos de Cuba, incluido el campeón Centro Gallego.

El día 23, a las cuatro y media de la tarde, los esperaban los leones habaneros del Real Iberia. El duelo, anunciado en varias ocasiones, se autorizó para el día siguiente al de la vuelta del dictador. El Racing saltó al terreno del Stadium La Tropical, en la distinguida zona de Marianao, dispuesto a ofrecer su mejor versión. Nada más salir al campo, bajo un sol de plomo, observaron la triste entrada que registraban las gradas de aquel mítico estadio del Caribe. Los tranvías circulaban vacíos, conducidos por rompehuelgas y ocupados solo por los policías encargados de protegerlos. El pueblo, en solidaridad con los huelguistas, se abstuvo de cogerlos. Para el Racing, que lo organizaba todo a cambio de la taquilla, aquello supuso una fatalidad.

El equipo se había adaptado al clima porque Bru, cuando lo permitieron las bombas, adelantó el horario de los entrenamientos para hacerlos coincidir con las horas más calurosas. Pero no sirvió de nada. Nada más empezar se lesionó el canario Morera. La pesadilla continuaba. Los iberistas desarbolaron a los madrileños con velocidad y pases rápidos. A los cinco minutos del comienzo, los cubanos ya habían disparado cuatro veces a puerta con peligro, y puesto a prueba los reflejos del guardameta Martínez. Aún aguantaría media hora antes de encajar el primer gol, obra de O'Donnell, quien, a pase de Gonzalo, disparó al ángulo inferior de la derecha del portero rojinegro, que reaccionó tarde. Volvería a marcar a los quince minutos de la segunda parte, tras culminar una combinación de Panchito y Héctor. Cinco minutos después, conseguiría un *hat trick* tras un bello remate de cabeza que culminó una jugada de Héctor por la banda izquierda. Era el flanco vulnerable de los rojinegros aquel día, y por allí llegaron los tres goles de la tarde.



El público cubano observa en el Stadium La Tropical un lance del juego junto a la portería del racinguista Martínez

La prensa local se jactó del fútbol de alta escuela de los cubanos. «El Real Iberia lo ratifica cada vez que sale al *field* a defender las sedas balompédicas del balompedismo habanero», proclamó con cursilería, y para escarnio de un alicaído Racing, un cronista local. De manera inexplicable, aquellos forasteros de Madrid se habían venido abajo tras encajar el segundo gol. «No es por lo visto un *team* de los que se crecen en el castigo», ironizó la prensa de la isla. Aquella tarde los rojinegros se perdieron en un decepcionante juego de gambeteos y regates estériles, y sus medios y zagueros no dieron abasto ante el arrebatado *kick and rush* de los locales. La realidad era que el Racing solo había conseguido una victoria pírrica en toda la gira, allá en Perú: por la mínima y a costa de un puñado de lesionados. Con semejante historial, era difícil que los contrataran para nuevos partidos.

Bru se enfadó al regresar al hotel. Furioso, les echó a los suyos una bronca, que tuvo como remate la regañina de Góngora, el tesorero, que veía flaquear la caja. Culpó a los consagrados de haber perjudicado al equipo con sus lucimientos. No podían irse de la isla dando esa imagen. Había que ganar al campeón, el Centro Gallego, el equipo que la comunidad de residentes gallegos en La Habana había fundado a finales del siglo XIX en los salones del Casino Español. Bru

anunció que se vería a un equipo más conjuntado, invitó a la prensa a los entrenamientos y prometió alinear a Platko para el disfrute de la afición habanera, tal y como se le pedía. Ignoraba que iban a aparecer nuevos problemas.

Sin mediar explicación, el Centro Gallego se negó a jugar. Ante el malestar de los aficionados españoles, se presentó una demanda exigiéndoles que cumplieran el contrato. Mientras, la factura de los gastos del hotel seguía ascendiendo. La Asociación Cubana de Fútbol medió para que se jugara una revancha con el Iberia que compensara las pérdidas del Racing. Se rogó a los periódicos que dieran publicidad al partido para que acudiera el mayor número de posible de espectadores. Había que demostrar que la hospitalidad cubana no era un mito y que las relaciones entre Cuba y España eran cordiales.

De nuevo en el estadio Tropical, el domingo 30 de agosto el Racing salió dispuesto a dar batalla. La bronca de Paco Bru surtió efecto. No hubo *driblings* preciosistas, sino juego colectivo. A los doce minutos, los rojinegros se adelantaron. Valderrama recogió un pase de Morera cerca de la portería rival y batió de un tiro cruzado al guardameta cubano. El Iberia empató gracias a O'Donnell, que sorteó a dos defensas madrileños y envió desde el semicírculo del área un fuerte tiro que se coló por la escuadra de la portería racinguista. A diez minutos del descanso, los rojinegros volvieron a adelantarse tras una carrera por la izquierda de Urretavizcaya, que regateó a su marcador cubano y disparó. El balón se alojó en las mallas tras tocar en el larguero.

En la segunda parte el Iberia empató de penalti, después de que Gómez interceptara un disparo con la mano, a los diez minutos de la reanudación. El calor empezaba a hacer mella, pero siete minutos después hubo un tiro libre a favor del Racing que chutó Morera, colando el balón por la escuadra. Aún aguantaron la media hora siguiente, bajo el sopor

asfixiante de la tarde, para conseguir su única victoria en tierras cubanas. No fue ante una multitud. Para acceder a la zona donde estaba el estadio se necesitaba salvoconducto, y el ingreso por taquilla fue ridículo. Nunca llegaron a cobrar la indemnización por el contrato que rehusó el Centro Gallego.

El fútbol cubano iría apagándose a lo largo de los años siguientes. Contemplado como un vestigio colonial odioso, fue desplazado por la modernidad y el progreso político que encarnaba, a su manera, el béisbol. Aquel deporte norteamericano, detestado en el pasado por la administración ocupante española, tenía el favor de los jóvenes antiimperialistas cubanos. Además, las élites locales, a diferencia de las del resto del subcontinente, que preferían Europa, elegían Estados Unidos como destino para los estudios de sus hijos. Y el desembarco de jugadores negros estadounidenses, que huían del racismo en su país o se desempeñaban en equipos cubanos durante el parón invernal de su liga natal, hizo que el béisbol despegara. Junto al boxeo, encarnó un tipo ideal de cubanía, y sus jugadores fueron vistos como la personificación deportiva del guajiro.

El Racing alcanzó a conocer la edad de oro del fútbol habanero, que se extinguió en las dos décadas siguientes. A ese mismo estadio Tropical iría Diego Armando Maradona todas las tardes, muchos años después, para jugar sus últimos partidos de fútbol durante el tiempo que estuvo internado en la clínica La Pradera recibiendo terapia de rehabilitación por su adicción a las drogas. Allí, bajo el sol del Caribe, en el lugar donde el Racing de Madrid se despidió de Cuba, el Pelusa siguió haciendo jugadas imposibles en la intimidad.

En La Habana, los racinguistas habían ganado 500 míseros dólares. Hicieron las maletas para abordar, tres días después, el vapor alemán Karlsruhe, con destino a Veracruz, en México. Un promotor los había contratado para jugar siete partidos.

Durante el viaje surgió otra preocupación. Llegaron noticias de que en Tampico, donde el barco haría escala, había un brote de fiebre amarilla. Temieron que un pasajero los contagiara al embarcar. Todas las miradas se dirigieron al hombre que los había llevado hasta allí, en busca de explicaciones.

Paco Bru los tranquilizó. En México las cosas empezarían a ir bien.

7
Una pistola en la cintura

A pesar de la amnesia sobre su figura, Paco Bru lo fue todo en el fútbol español. Su etapa como jugador concluyó en 1915, tras dieciséis años de carrera, pero después siguió ligado al fútbol de mil formas. Además de futbolista fue árbitro, conferenciante, directivo, periodista, entrenador, seleccionador nacional, secretario técnico, profesor de la escuela de preparadores...

Se le suponía catalán por los muchos años que pasó en Barcelona, pero era un madrileño inquieto que a los seis años se trasladó con sus padres a Filipinas, donde permaneció hasta 1898. Allí no existía el fútbol, pero había un deporte autóctono conocido como la Sipa, que en su versión primitiva consistía en un corro de jugadores que se pasaban unos a otros una pelota hecha con fibras de caña. Había que patearla con el pie descalzo, evitando que tocara el suelo, y Bru pudo desarrollar así la habilidad que marcaría su vida. Cuando tiempo después, ya en España, vio su primer balón de fútbol, de mayor tamaño y al que se podía golpear calzado, su pie amaestrado partió con ventaja. Rápidamente, destacó sobre rivales y compañeros.

Bru regresó a España con sus padres tras la pérdida de Filipinas. Tenía trece años. Autodescrito como «un muchacho macizote y algo tarambana», pertenecía a la exótica clase de personas a quienes les atraían los deportes. En Barcelona trabó contacto con los más populares de la época: ciclismo, pelota vasca y lucha grecorromana. Se dedicó a los tres con más voluntad que la que por su condición de mal estudiante ponía

en los libros. Picoteaba además en el atletismo, del que le gustaban sobre todo las pruebas de velocidad y los lanzamientos de peso, disco y jabalina.

También era asiduo de hacer bíceps en el gimnasio Solé. El lugar era frecuentado por unos serios señores con bigote que practicaban en el hipódromo un raro deporte, que consistía en darle patadas a una pelota de gran diámetro, con el fin de introducirla en un arco de madera. Ese juego, importado de Inglaterra, se llamaba fútbol. Le recordó a la Sipa.

Bru se entregó al fútbol. No olvidaría jamás el atuendo con que practicó por primera vez aquel juego al que dedicaría su vida: pantalón cortado unos dedos por debajo de las rodillas, camisa rosa, unas medias de su madre hábilmente sustraídas y unos chanclos viejos de su padre a manera de botas. La técnica consistía en dar precarios puntapiés al balón. Jugaban en la calle, y el que más se divertía era el que más patadas daba. También se familiarizó con un glosario elemental de misteriosas palabras inglesas que apenas balbuceaba, como *offsai*, *conna*, *kic*, *chut* o *referee*.

El fútbol no tardó en levantar suspicacias entre la gente de bien, a la que ofendía un «*sport* reñido con la moral por practicarse en la calle y en paños menores». Por tanto, Bru y sus compañeros debieron abandonar el parque de la Ciudadela y trasladarse a un descampado, que limpiaron de piedras, latas y restos de vajilla. El único problema es que allí también practicaba una cuadrilla de toreros, y hubo que convencerlos de que, en la explanada situada junto a los cuarteles del parque, había sitio para todos. Fueron tan persuasivos que muchos incipientes matadores y diestros callejeros abandonaron el arte de Cúchares para darle patadas al balón, junto a aquellos extravagantes que, como ellos, llevaban medias de mujer.

Pronto comprendieron la necesidad de sustituir su precaria

pelota de colores por un balón reglamentario, como el que usaban los señores bigotudos del hipódromo. Reunieron a escote 16 pesetas, y adquirieron un flamante balón inglés de *football* en una tienda llamada La Golondrina Dorada. Comenzaba así una etapa más formal en sus vidas deportivas.

No tardó en rondarles la idea de constituir un equipo propio. En aquellas fechas, 1899, ya había tres en la ciudad condal: el Català, donde solo admitían catalanes; el Barcelona, de suizos y alemanes; y el Hispania, con disidentes del Catalá y obreros escoceses. Luego surgiría la Sociedad Deportiva Española, embrión del actual Espanyol, en cuyas categorías inferiores fue forjándose aquella pandilla juvenil del descampado, aunque Bru todavía prefería ir por libre. Solía buscar amigos en la plaza de Cataluña con los que ir a jugar los domingos adonde se pudiera, o reclutar neófitos a los que se ganaba hablándoles de «la belleza del juego y la emoción de la lucha».

Pese a todo, se convenció de que él y sus compañeros tenían que constituirse en sociedad. Fue así como nació el Internacional, donde todos tenían cabida con independencia de su origen. El equipo vestía camisa verde botella y pantalón blanco. Un día, mientras uno de sus jugadores estaba en el café estudiantil Las Catacumbas, desgarró con un taco el paño de la mesa de billar y, como lo obligaron a pagarlo, optó por llevárselo a casa. Al día siguiente apareció en el campo con una preciosa camiseta verde. Gustó tanto a sus compañeros que decidieron adoptarla como color del equipo. La foto más antigua que se conserva de Paco Bru nos lo muestra rodeado de sus compañeros del Internacional, ataviados todos con unas magníficas camisetas verdes inspiradas en los paños de billar.

En aquel Internacional, Bru se desempeñaba como defensa derecho. En él comenzó a practicar más en serio el fútbol, casi en exclusiva. La del Internacional fue una etapa romántica. Al término de los partidos, se reunían todos y el presidente,

Santiago Femenía, invitaba a chocolate con ensaimada a los jugadores y aficionados que acudían a animar al equipo. Gracias a ello ganaron adeptos, primero por las meriendas y luego por el fútbol.

El Internacional murió a los seis años, víctima del deporte espectáculo. Disputó su último partido frente al Barcelona, con el que empató a tres goles el 1 de junio de 1906 en el campo de La Salud. Aquel año comenzó a exigirse entrada para asistir a los partidos y, entre otras cosas, sufragar las chocolatadas. Muchos aficionados no vieron bien la medida y desertaron. Otros equipos, que sobrevivieron mientras el fútbol fue cosa de aficionados, corrieron el mismo destino. La llegada del profesionalismo los mató.

Pero a Bru le había dado tiempo a forjarse como futbolista. Había adquirido la madurez necesaria para desempeñarse en equipos más importantes. En junio de 1906, el Barcelona lo convenció para que se uniera a su línea defensiva. En 1908, ya era incluso miembro de la junta directiva.

Su avidez polideportiva creció. Por aquellos días se introdujo en España, procedente de Japón, el jiu-jitsu, una suerte de arte marcial que promovía la autodefensa sin armas para repeler agresiones a base de patadas, rodillazos, derribos y estrangulamientos. Bru adquirió pronto tal destreza en esa técnica que participó como forzudo en exhibiciones benéficas en el circo, donde retaba a los espectadores. Fueron buenos tiempos para él.

Bru, con los colores del Foot-ball Club Barcelona

Al año siguiente, y por motivos políticos, se iría al rival del Barça. Con el Español consiguió el campeonato regional por primera vez en 1912, y fue finalista del Campeonato de España en 1915 frente al Athletic de Bilbao. Luego colgaría las botas para convertirse primero en secretario del club, y entrenador después, en sustitución del escocés Ted Garry, despedido por su desmedida afición a empinar el codo. De vez en cuando, y en sus ratos libres, preparaba al España y al Sabadell.

También entrenó a un equipo femenino. Estando empleado en el Ayuntamiento en 1914, un amigo le habló de un grupo de mujeres entusiasmadas por el fútbol que buscaba nuevo entrenador. El inglés Greenwell se había cansado de ellas, y Bru aceptó la propuesta de las Spanish Girls Club sin cobrar un céntimo a cambio. Cuando se dirigió al local del club, un

antiguo salón de baile donde lo esperaban las chicas en compañía de sus madres, se encontró con que las muchachas ni sabían nada del juego, ni habían hecho deporte en su vida. Su única aproximación al fútbol había consistido en un entrenamiento, que les dejó los tobillos hinchados porque no sabían pegarle a la pelota. Bru las instruyó en la comba, ejercicios respiratorios y de gimnasia, así como rudimentos de pase y colocación. Con el propósito de ganar algún dinero, montaban partidos de exhibición en los que comparecían divididas en dos equipos, la Giralda y Montserrat, ataviadas con medias de lana escocesa, pantalón bombacho atado por debajo de las rodillas y jerséis sueltos a modo de camisas. Llegaron a jugar varios partidos con éxito en Cataluña, pero se disolvieron con la llegada de la Primera Guerra Mundial.

Tras abandonar el fútbol, Bru inició con treinta y un años una trepidante carrera como periodista y conferenciante. Colaboró en los periódicos de la época e impartió charlas donde explicaba las tácticas inglesa, escocesa y centroeuropea, así como las reglas del juego. La nostalgia del fútbol lo empujó pronto a ser árbitro. A estos también se les gritaba entonces sistemáticamente, e incluso se los perseguía al final de los partidos para agredirlos.

Cuando nadie se atrevía a hacerlo, Bru se ofreció para arbitrar un encuentro sobre el que pesaba el temor de que se produjeran incidentes. Se trataba de un Universitary-Atlético Sabadell, en el campo de San Andrés. Antes de su celebración, y mientras Bru se vestía junto a los jugadores, lo primero que hizo fue sacar un pistolón y dejarlo a la vista de todos sobre el banco de la caseta. Cogió el silbato y salió al campo con el revólver en el bolsillo de la chaqueta de terciopelo. Al primer amago de bronca detuvo el juego y se dirigió a los jugadores: «Ya estoy cansado de oírles —les dijo, señalando la pistola—. O se callan o salen por lo alto de la tapia». Pese al miedo, todo

marchó sobre ruedas desde ese momento. Nadie sabía si el arma estaba cargada. De hecho, pertenecía a un guardarropía de teatro y Bru ni siquiera sabía si funcionaba, pero desde aquel día no dejó de llevarla a todos los partidos que arbitraba.

Luego llegaría la Olimpiada de Amberes en 1920, a la que Bru viajó con atribuciones de seleccionador de España. Se comenzó con victoria por la mínima frente a los daneses, los favoritos por su nivel de juego, que en aquellos tiempos eran superiores a los demás. Se perdió a continuación por 3-1 con el equipo local, Bélgica, que después ganaría la medalla de oro. Y entonces llegó el partido que imprimiría carácter testicular al fútbol español durante casi un siglo.

Fue frente a Suecia, en un duelo de dureza y violencia increíbles. Hubo tres lesionados por España y cuatro por Suecia. Clavículas rotas, pantorrillas con verdugones, picaduras de metralla, cabezas aturdidas... Una orgía *gore*. Se ganó a los suecos, más por coraje que por juego, gracias a un gol que pasó a la historia. Sabino acude a sacar un golpe franco frente a la línea lateral del área. Belaúste, inflamable y retador, rodeado de suecos ante la línea de gol, dice a voz en grito: «¡Sabino, a mí el pelotón, que los arrollo!». Sabino envía la pelota hacia Belaúste y el corpulento medio centro español irrumpe como un buldócer desatado en la portería rival, empujando el balón con la cabeza y arrollando a todos los contrarios que le salen al paso. La pelota entra y, con ella, varios vikingos que ruedan despanzurrados por el suelo. Había nacido la Furia Española. Luego se venció a Italia (2-0) y a Holanda (3-1), en el partido en que se obtuvo la medalla de plata. Aquel éxito precipitó el despegue del fútbol en España. Bru lo había moldeado con sus manos.

Por tanto, fue el primer seleccionador español. Luego siguió dando conferencias, como las del Ateneo Obrero de Igualada, en 1922, con tanto éxito y asistencia que el propietario del cine

local le ofreció 50 pesetas semanales, el doble de lo que le pagaba el Ateneo, por renunciar a hacerlo. Bru declinó la oferta y el cine siguió echando pestes por los espectadores perdidos. Eran los años en los que empezaban a generalizarse la práctica del fútbol y el interés de los aficionados.

Después llegó su etapa como preparador del Español, al frente del cual inició la preparación de viajes. Organizó una visita a Praga en 1925 para jugar frente al Slavia y el Sparta. En el partido contra estos, jugado sobre la nieve y que acabó con derrota españolista por 4-0, conoció al conde de Pradera. Cuando el marcador iba 2-0 y el dominio checo era abrumador, el conde se dirigió a Bru, sentado a su lado. «¿No sería mejor que el juego se desarrollara en la parte contraria del campo?», preguntó, mientras señalaba la portería del Sparta. «No nos dejan, señor diputado», respondió Bru. El conde, poco versado en fútbol, contestó: «¿Quién no nos deja?». «Los jugadores contrarios, señor». De allí partieron a París para enfrentarse al Red Star, al que ganaron por 2-6 a tres grados bajo cero.

Al año siguiente Bru se fue a Cuba para dirigir al Juventud Asturiana y ser el seleccionador cubano, no sin antes emprender al frente del Español la exitosa gira que los llevó a América por Argentina, Uruguay, Perú, Chile y Cuba, con buenos resultados deportivos y económicos, y que sin duda espolearía la idea de emularla al frente del Racing años después.

Bru desempeñó en aquella gira el papel de factótum, y llegó a preparar a los españolistas para determinados actos de la vida en sociedad. En el chalé del campo de Sarriá ensayó banquetes de gala, fiestas y recepciones. Encargó a uno de los directivos que enseñase a leer a Oramas y a Padrón, quienes, según Bru, «se dieron buena maña en aprender y salieron para América libres de la tara del analfabetismo». Embarcaron el 4 de junio de 1926 en Barcelona, a bordo del buque Principessa Mafalda,

que un año después naufragó frente a las costas de Brasil dejando un saldo de 481 muertos, por lo que se lo conoció como el Titanic del Atlántico Sur. Tal fue la expectación el día de su partida que en el muelle de Barcelona había más gente de la que acudía al campo a verlos. Durante la travesía, Bru los obligaba a bajar al comedor vestidos de *smoking*, y la corbata se convirtió en una de las mayores molestias para algunos jugadores. Pasado el ecuador del viaje, se organizó una fiesta, como era costumbre en este tipo de trayectos, y como en el barco viajaba también la compañía teatral de Vittorio De Sica, participaron junto a él en un festival en calidad de actores. De Sica dio un recital de poesía y los españolistas interpretaron canciones populares y un drama pasional de cinco minutos titulado ¡Ah...!

En América, el divino Zamora sería recibido con entusiasmo. La llegada a Buenos Aires fue apoteósica. En Uruguay, se llegó a premiar al jugador del Peñarol que lograra hacer un gol al guardameta blanquiazul con un chalé pagado por suscripción popular. En Argentina, les sorprendió una terrible nevada que paralizó las vías férreas e hizo imposibles las comunicaciones, y se vieron obligados a cruzar los Andes nevados a lomos de mulas, ataviados con ponchos, para alcanzar Santiago de Chile y cumplir con sus contratos.

Fue una gira exitosa, al término de la cual Bru se instaló durante dos años en Cuba, donde, además de entrenador, fue cronista de fútbol y director de su propio semanario deportivo, llamado *Balompié*. En La Habana recibió al potente Nacional de Montevideo, ante el que puso en práctica la táctica del doble cerrojo, que tantos éxitos le daría a lo largo de su carrera. En atención a sus logros, la Federación le confió el puesto de seleccionador de Cuba. Volvería a España dos años después como corresponsal de *El País* cubano. Fue entonces cuando recibió la oferta para entrenar al Racing de Madrid en la

temporada 1928-1929, en que alcanzó los cuartos de final del Campeonato de España frente al Madrid. En 1930 recibió el encargo de dirigir a Perú en el Mundial de Uruguay, cargo que aceptó tras obtener el permiso del Racing. Nada más llegar administró a los jugadores una purga, les prohibió fumar y los concentró en un pueblo cercano a Lima, para fortalecerlos. En la presentación en Lima frente a los paraguayos, Perú ganó por 4-2. Fue tal el júbilo por la victoria que unos marineros entraron al vestuario a abrazar a los jugadores y dispararon al aire. Uno de los tiros mató a una mujer que se hallaba en los graderíos, construidos en madera.

Paco Bru dirigiendo a sus jugadores

Su experiencia viajera, y sus contactos en América, terminaron por dar forma en su cabeza a aquel viaje delirante con el que el Racing aspiraba a evitar la quiebra. La construcción del campo de Vallecas los había sepultado bajo una montaña de deudas. A su vuelta a Madrid, Bru armó un equipo joven y aguerrido, y se convirtió en el febril ideólogo de una gira que supondría un nuevo quebradero de cabeza para el club.

Paco Bru probando nuevos jugadores en el terreno de Martínez Campos

AMÉRICA DEL NORTE
GOLFO DE MÉXICO
La Habana
Ciudad de México
Veracruz
MAR CARIBE
OCÉANO PACÍFICO

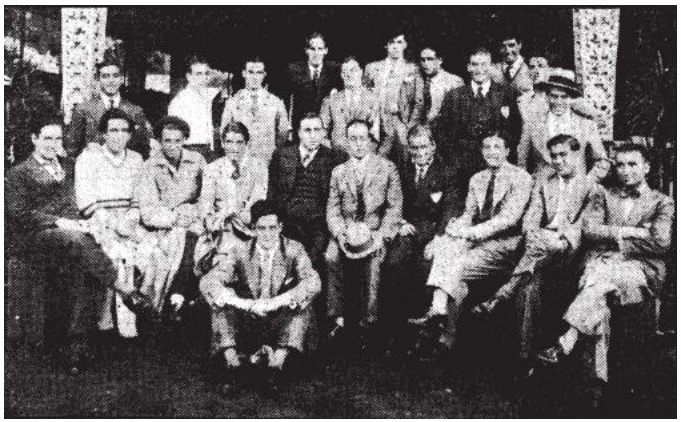
8
El equipista inquietante

El optimismo se apoderó de los jugadores del Racing cuando sintieron en sus rostros la caricia salobre de la brisa del golfo de México. Llegaron al puerto de Veracruz a las 8 de la noche del 5 de septiembre, tras regatear a la fiebre amarilla. De allí fueron a Ciudad de México, donde a aquellos magullados buscavidas les esperaba una buena bolsa de pesos. Tenían varios partidos contratados con una recompensa por cada triunfo. La suerte parecía sonreírles por fin. México encerraba la promesa de hacerles olvidar las calamidades pasadas.

Tardaron pocas horas en desengañarse. Desde España habían dejado de mandar las cantidades de dinero acordadas, y los agobiados cablegramas que enviaban a Madrid no obtenían respuesta. A la espera de noticias, y como se habían quedado sin un céntimo, los racinguistas optaron por vender los derechos de taquilla de los partidos contratados a cambio de 3.500 dólares, lo necesario para desplazarse a la capital mexicana y cubrir la estancia del equipo durante un mes.

Dos días después de su llegada, el Club América esperaba al Racing para inaugurar su gira por México. Los rojinegros fueron recibidos con aplausos cuando saltaron al campo portando la bandera de la República. Cansados por el viaje, les costó entrar en el partido y apenas dieron una a derechas. Se fueron al descanso con un 4-3 en contra y la penosa perspectiva de debutar con mal pie, ensuciando su cartel. Se imponía remontar y dar buena imagen. Y lo hicieron, gracias a Morera, el mismo jugador que se lio a mamporros con Escobal en aquel

truculento partido de Copa disputado tres años antes, cuando Morera militaba en el Madrid. No fue la primera escaramuza entre los dos clubs que implicó a dicho jugador.



La expedición del Racing a su llegada a México

Rafael Morera era un tinerfeño que comenzó a jugar en el Iberia F. C., el equipo del barrio de El Toscal de la capital de la isla. Allí llamó la atención del Barça, que quiso ficharlo. Para ello, le abonó una cantidad en concepto de adelanto. El Racing se interpuso y lo fichó, lo que provocó una disputa con los culés que llevó a estos a pedir una indemnización a los rojinegros. Cuando el jugador llegó a la capital para jugar con los de Chamberí, el Madrid se metió a su vez de por medio para llevárselo, reanudando los *affaires* escandalosos entre los viejos rivales. El Madrid se salió con la suya y el Racing se resignó a perderlo a condición de que los blancos le abonaran las 2.000 pesetas que había costado el pasaje para llevarlo a la capital.

Era un jugador de extraordinaria fuerza al que la afición madridista dedicó un pasodoble. Se lo conocía como el Ungüento Amarillo, en alusión al remedio milagroso del mismo

nombre que las farmacias administraban para casi todo tipo de males. Se adaptaba a cualquier posición, y lo mismo se alineaba como interior izquierdo que como medio centro o extremo. Al finalizar su contrato con el Madrid, tres años después, Morera se enroló en el Racing para acompañarlo en su gira americana. Y ese olvidado día de septiembre, el león de Toscal rugió en dos ocasiones para salvar a los rojinegros, las veces que perforó la red del América para dejar el 4-5 final en el marcador. El Racing ganaba, y su triunfo atrajo el interés local por aquel equipo indómito.

Arriba, el Racing deposita una corona de flores en la plaza de los Mártires de Ciudad de México. Abajo, el equipo saluda al público antes de disputar su primer partido en tierras mexicanas.

El siguiente duelo tuvo lugar el 9 de septiembre contra el Asturias, el equipo que nació en plena revolución mexicana con la vocación de reunir a los asturianos emigrados, y que, junto al Real Club España, aglutinó a la colonia española residente. Sus raíces eran lo único que ambos tenían en común: mientras

el estilo del España era tosco y primitivo, el de los asturianos era refinado, con gusto por el balón jugado a ras de suelo.

El partido contra el Asturias se jugó en un clima de amistad. El Racing, más descansado, se adelantó enseguida, con gol de Urretavizcaya, y amplió su ventaja cuando Morera, partiendo del centro del campo, y tras driblar a todos sus adversarios, marcó un gol antológico. El Asturias consiguió empatar en la segunda parte, dejando el 2-2 final. Las buenas vibraciones en las canchas solo eran perturbadas por la pared de silencio con que se estrellaban los cables enviados a Madrid. Seguía sin haber rastro del dinero apalabrado. El tesorero Pepe Góngora, que había abandonado la expedición con rumbo a España para atender unos asuntos personales, llevaba el encargo de averiguar qué diablos estaba pasando. Tardaría en saberlo. Pero, en cambio, el 14 de septiembre, el mismo día en que Góngora llegó a España, el Racing iba a conocer de verdad los calientes pastos del fútbol mexicano. Su rival bajo el sol cruel de los aztecas era el Atlante, uno de los mejores equipos del DF.

Los potros del Atlante eran el perfecto antagonista canalla del Racing, su réplica de ultramar. Era el equipo de los «prietitos», llamados así por el color moreno de la piel de sus jugadores. Nació en la colonia Roma del Distrito Federal bajo el nombre de Sinaloa, pero lo cambiaron después por el de Atlante, en homenaje a la inmensidad del océano y el mito de la Atlántida.

Atlante fue el resultado de la venta de una vaca que pertenecía a Refugio *el Vaquero* Martínez, que organizó el equipo junto a su hermano, el líder obrero Trinidad Martínez, empleado en una fábrica de calzado, y Agustín Pérez. Gracias a la venta de aquella vaca pudieron comprar los uniformes para empezar a competir. Sin apenas recursos, en sus inicios jugaban con pelotas de papel o con el cuero de los balones descartados

por el Real España.

A comienzos de los años treinta, en los días en que recibió al Racing, el Atlante había forjado una fuerte sintonía emocional con las clases bajas. Conocidos como el Equipo del Pueblo, pronto atrajeron las simpatías de las capas populares por el origen humilde de sus fundadores, obreros en su mayoría, y los pocos medios con que contaban las familias de sus jugadores. Eran los «mugrositos», los «potros de hierro», y daban batalla a los equipos aristocráticos, ya fueran los españoles del Asturias o los ricos del América. Pero a pesar de su gran nivel futbolístico, vivían en apuros económicos crónicos.

Aquel Atlante consistía en un puñado de bajitos de piel morena con buena técnica. Guerreros amantes de la juerga que bebían pulque, la bebida de los dioses, un trago asociado a gentes de extracción canalla. El pulque era tan popular que, para competir con él, la industria cervecera difundió con éxito el bulo de que para su fermentación se usaba una muñeca de trapo llena de heces de vaca. Al pulque le quedó desde entonces el estigma de ser una bebida para clases marginadas, y siguió siendo la bebida fetiche de los jugadores del Atlante.

Ese era el equipo que esperaba al Racing. Fiestero, chingón, versado en marrullerías. El Racing, por su parte, iba a añadir picante a la jornada con un escándalo. Ante Atlante, los rojinegros alinearon por primera vez en la gira a una estrella internacional del fútbol. Un fugitivo. Su nombre era Gaspar Rubio.

A Rubio se lo llamó el Rey del Astrágalo, no sin cachondeo, por sus constantes quejas sobre el dolor de dicho hueso. Y es que, tras cada mal partido, Rubio se disculpaba diciendo que le dolía el astrágalo, un hueso alojado en el tobillo cuya existencia los aficionados ponían en duda. Pese al olvido, fue un genio absoluto de la época y uno de los jugadores españoles más carismáticos de su tiempo. Una estrella popular que brilló

en los años de la consolidación del profesionalismo. Era un cabeceador nato que chutaba letalmente con ambas piernas. Rebelde, pesetero y con un talento excéntrico, se dice que inventó las primas a base de exigir dinero en el descanso de los partidos, hasta diez duros por cada gol que marcara en la segunda parte. Frío, a veces apático, y con una técnica deslumbrante, fue un delantero matador que presagió al mercenario moderno.

Nacido en el pueblo valenciano de Serra en 1908, Gaspar Rubio creció en Barcelona, adonde se mudó siendo niño porque su padre había conseguido un empleo en una fábrica de cava. Allí empezó su periplo por distintos clubs catalanes antes de fichar por el Levante, donde permaneció un par de temporadas. De ahí se fue al Real Madrid, a la edad de veinte años, a cambio de un sueldo de 2.000 pesetas al mes.

Llegó a la capital con la boina calada hasta las cejas y el traje de los domingos puesto, en medio de las burlas por sus aires de paleto. Las risas se acabaron al verlo jugar. En su primer año en el Madrid causó sensación, consiguiendo 12 goles. En el siguiente, a pesar de las lesiones, alcanzó los 18. Su consagración fue en la selección española el 15 de mayo de 1929, en el Stadium Metropolitano, frente a la poderosa Inglaterra.

A los altivos ingleses se los conocía como los *pross*, los profesionales. Miraban a sus rivales por encima del hombro y se jactaban de su «aureola de superhombres del balón redondo». Por aquellas fechas, los *pross* venían de golear sin piedad a franceses y belgas, y su siguiente parada era Madrid. Las esperanzas de España se reducían a no sucumbir por goleada frente a aquella máquina de fútbol que había apabullado en París y Lieja.

Se colgó el cartel de «No hay billetes». Una muchedumbre compacta se aglomeró en las gradas del Metropolitano, en la

avenida de la Reina Victoria, la llamada Senda de los Elefantes, por la manera en que la afición rojiblanca subía cabeceando en dirección al metro de Cuatro Caminos tras alguna derrota inesperada del Atlético. Fuera, en el tendido de los sastres, la *grada* clandestina y popular en plena calle, separada del campo por solo una valla a la que se encaramaban los aficionados para ver a su equipo sin pagar, varios miles más entrevieron cómo la magia del Rey del Astrágalo puso fin a treinta años de triunfante fútbol inglés.

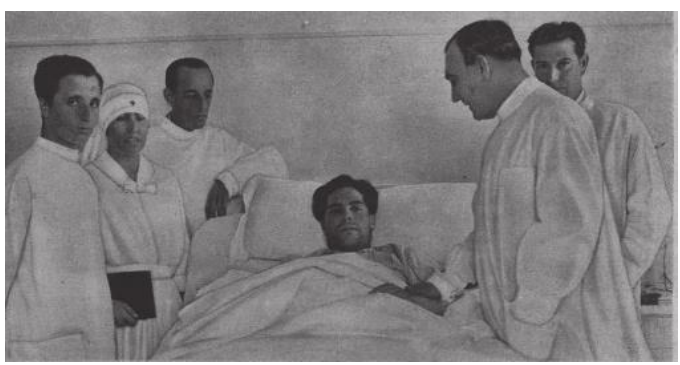
Aquella tarde, el Mago Gaspar marcó dos de los cuatro goles que hicieron a Inglaterra morder el polvo por primera vez en su historia fuera de suelo británico. Fue su partido más legendario de los únicos cuatro que disputó con España, en los que consiguió nueve goles: tres en su debut frente a Portugal y cuatro ante Francia en el mismo año. Gaspar Rubio se convirtió en un ídolo de masas.

Su segunda temporada en el Madrid, pese a sus excelentes cifras goleadoras, se vio ensombrecida por las críticas. Pocos jugadores eran tan sistemáticamente odiados por la prensa, que no escatimaba burlas sobre él. Lo criticaban con acritud por no jugar sin el acicate del dinero. Rubio protestó porque solo cobraba 700 pesetas mensuales, muy por debajo de otros compañeros, al tiempo que achacaba sus malas tardes a los dolores del astrágalo.

Al final de la temporada se operó. De la pierna derecha le extrajeron cuatro esquirlas de hueso con las que posó para la prensa postrado en una cama de hospital, producto según él de un patadón que había recibido diez meses antes. Sus lamentos parecían tener fundamento. Dijo que, pese a sus quejas, lo obligaron a jugar lesionado, a sabiendas de que lo haría mal, en partidos que terminaron en fracaso. El Madrid lo había culpado de la derrota frente al Athletic de Bilbao en la final de Copa de 1930. Un periodista llegó a decir que, en lugar de la pierna,

necesitaba que lo operasen del corazón. Tras imponerle varias multas por apatía, el Madrid lo declaró transferible a cambio de 50.000 pesetas.

Disgustado, Gaspar Rubio desapareció un día a finales de ese año. Apareció en La Coruña, donde embarcó junto a su padre, rumbo a Cuba, en el Cristóbal Colón. Se había declarado en rebeldía. La travesía supuso quince días de descanso en los que apenas salió del camarote. Tenía el tobillo hinchado desde hacía meses y dolores agudos, como si le clavaran alfileres. Cuando el público cubano supo que llegaba Gaspar Rubio, cuatro mil personas fueron a recibirlo al puerto para llevarlo a hombros hasta el centro de La Habana. Allí, una vez repuesto del tobillo, jugó en el Juventud Asturiana unos pocos partidos, los que tardaron en romperle una pierna. Con la escayola recién puesta se fue a México, donde el Club España le ofrecía 14.000 pesetas mensuales. Se dice que llegó a embolsarse hasta 160.000 pesetas en un año, toda una fortuna para la época.



Gaspar Rubio convaleciente en el Sanatorio Victoria Eugenia, donde le extrajeron las esquirlas de hueso producto de su legendaria fractura de astrágalo

A México llegó rodeado de un aura de mito popular y galán azotalechos. Fue aclamado por una multitud que lo instaló,

escayolado, en un coche abierto en el que atravesó el Distrito Federal, ante la expectante mirada general. Allí lo alojaron en un hotel regentado por españoles, en el que guardó cama durante quince días, y donde conocería a una muchacha gallega que acudía con sus hermanas a visitar a los dueños del hotel, amigos de su familia. Simpatizaron. Empezaron a menudear las visitas. Ella llamaba por teléfono para interesarse por su estado. Rubio, una vez restablecido, organizó una fiesta para sus amigos más íntimos a la que acudió el padre de aquella galleguiña pálida y simpática, de estatura media y cabello castaño. Rubio le habló a ese hombre, un coruñés chapado a la antigua que se había abierto paso en México empleado en una fábrica de neumáticos, de cómo lo había conquistado Camila, su hija. Amaba en ella «la serenidad de su belleza, sin maquillajes, la bondad de sus sentimientos, su amplia cultura».

Pronto comenzó su noviazgo, cuyos ecos llegaron a Madrid. Rubio, el genio distante, madrugaba para verla a la hora en que ella entraba a trabajar en una perfumería. La esperaba con impaciencia en la esquina de su casa, en la calle Dieciséis de Septiembre. Desde allí la acompañaba a pie. Solo interrumpían su idilio al llegar a la calle del Ayuntamiento para retomarlo más tarde, a la una, cuando Rubio salía de entrenar a los chamacos del España y ambos se iban a pasear al parque de Chapultepec, donde urdían, frente al lago, sus planes de matrimonio y de vida en Madrid. Allí, Gaspar le hablaba a Camila de la ciudad, de los campos de fútbol, del barrio donde pondrían su nido... Cuando la lluvia los sorprendía, corrían a refugiarse en un autobús. Era una emoción íntima que, según Rubio, le hacía «resucitar el romanticismo dulzón de nuestros abuelos en esta época de libertades». Ella se resignaba a no ir a verlo en los partidos en los que jugaba, para ahorrarse incidentes desagradables.

Ya era un ídolo de masas en América cuando el Madrid lo denunció ante la FIFA, que prohibió a los equipos alinearlo. Su llegada a México y el veto de la FIFA produjeron, además, un cisma entre el club al que se incorporó, el España, apoyado por América y Necaxa, y el resto. Se llegó al punto de crearse dos ligas. Una exhibía como gran atracción el concurso de Rubio.

Gaspar Rubio, el indómito Rey del Astrágalo

La otra, el remodelado Campo Alianza, donde participaban los equipos fieles a la Federación: Asturias, Atlante, Germania, México y Marte.

Si algo tenía el Racing era olfato para los problemas. Viendo

la oportunidad de elevar su caché y el atractivo de sus partidos, el Racing desafió el veto impuesto por la FIFA y reclutó para su gira a Rubio. En su hambrienta persecución del dinero, aquel mercenario encajaba como un guante. Además, iba a tocarle las narices al Madrid, que recibió la noticia con estupor. La prensa interrogó a un directivo madridista sobre si el Racing traería de vuelta a Rubio a Chamartín. Quizá aprovechara para cruzar el Atlántico, comido por la nostalgia. «De ese inquietante equipista no sabemos nada hace tiempo», fue la respuesta.

Mentía. La Federación del Centro había remitido al Madrid una reclamación de Gaspar Rubio contra los merengues, acompañada de un certificado de su histórica y legendaria lesión de astrágalo, en la que pedía la anulación de su contrato por incumplimiento del Madrid. Los blancos solo aceptaban incorporarlo si pedía perdón y asumía las condiciones del contrato que firmó, con un sueldo de 1.000 pesetas mensuales más primas. «En España se paga muy mal a los jugadores. No volveré nunca», declaró Rubio a la prensa.

Con el rebelde en sus filas, el Racing sembró el escándalo. Enfrente, aquel 14 de septiembre de 1931, tendría un elenco salvaje forjado en los llanos. Si el Racing era bravo, el Atlante era encastado. Entrenaban poco, dada su condición de obreros, pero lo suplían con talento. Tenían a los hermanos Rosas, obreros los tres: Felipe el Dientes, un todoterreno técnico; Manuel el Chaquetas, tozudo batallador incansable; y Juan la Chúndara, burlón y gran pasador. Tenían a la Apipizca Guirán y al Compadre Mendoza, prietitos como ellos. Tenían a Felipe Olivares *la Marrana* y a los albañiles Gabriel la Nacha Olivares y Fernando Rojas *Patadura*, un yesero que iba descalzo porque no tenía zapatos, y que forjó su fama por la manera en que le pegaba al balón y a las piernas de los rivales. Alguna vez llegó a jugar sin botas, que lo incomodaban, arreando punterazos con los pies desnudos a aquellos duros balones del pasado.

Pero, por encima de todos, su figura y gran símbolo era Juan *Trompito* Carreño, el primer ídolo del fútbol azteca.

Al Trompo Carreño tenían que ir a buscarlo a menudo a las pulquerías para llevarlo a jugar a rastras. A veces estaba tan borracho que no podía saltar al campo. Fue el delantero que marcó el primer gol mexicano en un Mundial, y por juego y carácter se convirtió en mito del Atlante. De origen humilde, empezó a jugar en descampados junto a sus compañeros de trabajo de la fábrica La Sedanita. Cuando fichó por el Atlante, los hermanos Rosas le ofrecieron trabajo en su panadería, pero Carreño rechazó la oferta: «Que trabajen los bueyes. Yo solo juego al fútbol».

A Carreño, gordo y bailarín, no le gustaban las normas. Reunía una listeza y picardía naturales con las que enredaba a sus compañeros para que lo acompañaran en sus juergas. Su novia era la prostituta María Limón, que trabajaba en el barrio de La Merced, la zona roja chilanga. En vísperas de un partido contra el campeón, el Asturias, el Trompito se llevó a sus compañeros a la casa de María Limón. Tras una noche de farra, los jugadores aparecieron borrachos y acompañados de damas de dudosa reputación, lo que provocó la cólera de su presidente. Ese día, el ebrio Atlante, con Carreño a la cabeza, ganó por 4-1.

Sus marrullerías, cómicas, se condensan en uno de los episodios que protagonizó en un partido contra Necaxa. Apostó unos dineros con los necaxistas a que les ganaría, pero yendo por detrás en el marcador, y sin nada en el bolsillo con que pagarles, acordó con el Diente Rosas que pateara un saque de esquina hacia el lugar convenido, mientras Patadura Rojas pisoteaba con sus pies de piedra los callos del portero rival. El balón llegó en ventaja al Trompito, que marcó. En la segunda parte, con empate a dos en el marcador, Carreño recibió el balón en mitad del campo, lo cedió al Diente Rosas y se internó

en el área. Cuando su compañero iba a enviarle el centro, y mientras un compinche atlantista distraía al árbitro para que no viera la trampa, el Trompo le bajó los pantalones a su marcador y marcó el gol de la victoria sin oposición. Ganó la apuesta.

Indomable y polémico, Carreño fue una de las figuras carismáticas de aquel fútbol mexicano. Deambuló por el filo de la mala vida y apuró los placeres de la noche. Aquel futbolista diminuto y fornido que jugaba con boina se acercaba a la banda para beber curados de pulque durante los partidos. Su apodo le vino de la manera en que escondía el balón a los rivales, girando sobre sí mismo como un trompo, jugando al fútbol como si prosiguiera los bailes en casa de María Limón, haciendo pases inauditos, regates imposibles y goles de fábula. Aquella vida turbia no podía durar y Carreño dejó el fútbol prematuramente, a la edad de treinta y un años. Siguió aferrado a la noche y cayó en una espiral de alcoholismo. A los tres meses de colgar las botas, sintió un fuerte dolor que él atribuía a la melancolía que le produjo el haber dejado el fútbol. El Trompito se aplicó sus propias curas, inútiles, y se negó a ver a un médico. Se trataba de una apendicitis que acabó con su vida.

Atlante y Racing. La colisión de canallas de uno y otro bando hizo saltar chispas durante el partido. En el campo había talento y bronca a partes iguales, y nadie se acobardó cuando el festival de patadas y brutalidades desembocó en un festival de puñetazos. En medio de la reyerta surgió la figura de Gaspar Rubio, que marcó tres goles magníficos. El Racing, reforzado con el mago disidente, era un equipo temible capaz de doblegar al más pintado. Y aquella derrota por 2-4 inflamó a una grada llena de gente con ropas de trabajo, sandalias y sombreros de palma. El aire se espesó con una violencia volátil que aceleró a los cuates. Los aficionados atlantistas saltaron al campo con

intención de apedrear a los rojinegros. Tuvo que intervenir la policía, que escoltó a los racinguistas hasta los coches para evitar que los lapidaran. Solo una semana después de su llegada, el Racing de Madrid ya había protagonizado su primer escándalo. No sería el último.

Ese episodio, unido al polémico fichaje de Rubio, despertó el inevitable interés de los aficionados españoles por aquel viaje disparatado. Las noticias sobre aquellos aventureros llegaban con cuentagotas, a través de breves cables de prensa. Quien no desaprovechó la ocasión de afilar su pluma fue el periodista Jacinto Miquelarena, quien tres días después escribió en *ABC* lo siguiente: «Con el concurso de Rubio, el Racing de Madrid ha armado la de San Quintín en Méjico. Los nativos no debieron resignarse de buen grado al pildoraje que les suministró D. Gaspar suavemente, y allí "se llegó a las manos", según el cable... De esas "manos" que en fútbol se prodigan, y que a veces terminan en penalty, y a veces en inflamación de la zona atacada».[8]

En México, los rojinegros seguían sin tener noticias del dinero. No las tendrían jamás. El Racing de Madrid había dejado de existir.

9
¡Qué país, Miquelarena!

Nacido en 1891, el escritor y periodista Jacinto Miquelarena[9] era un señorito robusto que supo intuir la importancia que tendría el deporte en los tiempos modernos. Hombre viajado, se animó en los años veinte a fundar *Excelsior*, el primer diario deportivo de España, antes de incorporarse al *ABC* como redactor de sus «Páginas Deportivas», en las que desgranaba comentarios sobre la actualidad con un humor elegante y lacónico. Para él, deporte equivalía a alegría y riesgo, y su ideal supremo de *sportman* era el aviador, un caballero dispuesto a jugarse la vida. Creía también que viajar constituía en sí mismo un deporte magnífico que forjaba el temperamento.

El *sport* no debía verse perturbado por el espectador fanático, al que Miquelarena aborrecía por su manera de vociferar en el estadio. Ese elitismo innato lo llevaría a menospreciar el fútbol. A medida que el deporte se consolidaba como fenómeno de masas, el periodista lamentaba cada vez más la vulgaridad de los aficionados al fútbol, un juego sin gracia ni estilo que eclipsaba a los demás deportes nacionales. Por si fuera poco, Miquelarena creyó detectar en las masas futboleras pasiones políticas que le repugnaban. Según sus propias palabras, el fútbol era en tiempos de la República «una orgía roja de las más pequeñas pasiones regionales y de las más viles», de las que no se libraba ni siquiera el aficionado del Real Madrid, en la mayoría de los casos también «un localista retrasado mental». Y es que, además de aspirante a una elegancia cosmopolita, Miquelarena era también un hombre de derechas.

Los vientos republicanos y el auge del izquierdismo lo llevaron a ingresar en la corte literaria de José Antonio Primo de Rivera, donde se alistó más por combatir a los *horteras* que por convicciones profundas. Una vez dentro, no se perdió los safaris azules por las ebrias catacumbas del Café Lion. Tampoco las suntuosas Cenas de Carlomagno, que los falangistas celebraban una vez al mes en el hotel París de la Puerta del Sol, al borde de un asfalto ocupado, a ojos de Miquelarena, por limpiabotas, flamencos, cafés con clientes de uña larga y periodistas progres del *Heraldo*. No en vano, la Puerta del Sol era el lugar donde se había proclamado la República contra la que conspiraban. Cuando a la una de la madrugada José Antonio, Foxá, Sánchez Mazas, Miquelarena y los demás camaradas abandonaban el comedor del hotel, ataviados con *smoking*, el *espantoso* Madrid olvidado durante unas horas volvía ante sus ojos, materializado en ese asfalto donde les parecía que bullían sucias pasiones políticas. Recordemos que lo más perdurable del legado literario de Miquelarena son los dos versos que aportó al «Cara al Sol», el himno falangista.

Su fobia a lo castizo y el asco por las aficiones fanáticas tenían que empujarlo, por fuerza, a deplorar a los rojinegros, claros exponentes de lo uno y de lo otro. Se vengaría riéndose de sus calamidades en la prensa, donde comentaba con venenosa hilaridad la extravagante gira que asombraba al público español.

La fama que precedía al Racing engordaba con los episodios de violencia que acompañaban a sus sonadas victorias en México. Aquella pandilla irrumpía en los campos como un forajido que abre las puertas batientes de una cantina del Viejo Oeste. Hábiles con los pies y buenos con los puños, amartillaban balones con la misma destreza con que calentaban el rostro de sus rivales. Solo tres días después de escapar a la lapidación, el Racing volvió a meterse en líos.

Esta vez fue frente a los *azulcremas* del América, el 17 de septiembre, en el partido de revancha. Los mexicanos marcaron al comienzo del partido gracias a un disparo mortífero de Miguel Giralt, el primero de la larga serie de jugadores españoles que fueron a parar a México en los convulsos años treinta. A la media hora empató el Filipino Cosme, a pase de Urretavizcaya, poniendo el que sería 1-1 final. Cuando Terrazas, jugador del América, derribó a Morera en un lance del juego, ambos se liaron a guantazos, y la policía tuvo que intervenir para impedir que aquellos güeyes se partieran la madre. El Racing empezaba a ser un huésped conflictivo. Fiel a su cita con la burla, Miquelarena escribió en *ABC*: «Por dondequiera que va, la bofetada florece. Se trata del Racing de Madrid, al que, por lo visto, no se le consiente que gane o empate en tierras de Méjico. Nadie sabe cuándo terminará esa excursión de los racinguistas por los vastos territorios del "pulque", pero a su regreso no estará de más una exhibición en el salón Atocha[10] de los que han formado la excursión valerosa. El cable nos anticipa ya que los del Racing no pueden descuidar ni un solo momento su preparación de *ring*; les es imprescindible ante el *chauvinisme* que al parecer les rodea para ganar al fútbol».[11]

En el último partido de los que tenían contratados se esperaba lo peor. Enfrente tendrían a los electricistas del Necaxa, con sus aguerridos aficionados. Para hacerse una idea de la pasión con que estos vivían los partidos, basta recordar el episodio que protagonizarían años después, cuando incendiaron las gradas de madera del estadio del Asturias F. C. en protesta por la dureza que los asturianos se emplearon contra su estrella, Horacio Casarín, al grito de «¡Mueran los gachupines!».[12] A Cesarín los asturianos lo lesionaron para año y medio, pero su estadio quedó reducido a cenizas, escombros y vigas humeantes. El Racing tenía buenas razones

para sentirse intimidado.

A la atmósfera caliente y la pasión nacionalista se sumaba la dificultad deportiva, porque el Necaxa, bien dotado técnicamente, movía el balón por bajo, con pases rápidos y cortos. Pero el llamado «equipo eléctrico» sucumbió ante el Racing, que se impuso por 1-3 gracias a otra exhibición de Rubio. Pese a las alarmas, aquel día las aguas bajaron calmadas y la policía no intervino para nada. La única preocupación de los racinguistas era que seguían sin tener noticia del dinero prometido desde Madrid, y a los jugadores se les debían las primas por haber ganado tres de sus partidos. Las victorias, necesarias para dar lustre al cartel del Racing y elevar el atractivo de encuentros futuros, eran al mismo tiempo un quebradero de cabeza para un club sumido en la ruina.

Mientras, en España otro suceso vino a alimentar el morbo que rodeaba aquella gira excéntrica. El 1 de octubre, un hombre desembarcó en el puerto de Vigo. Venía desde Perú, a bordo del buque inglés Orcoma. Era flaco y vestía con elegancia, con sombrero fedora y traje claro. Lo habían dado por muerto pero, pese a la extrema palidez, estaba vivo y coleando. Visiblemente cabreado, antes de subirse al tren que lo llevaría a Madrid, pronunció una amenaza ante el corro de periodistas que le rodeaba: «Vengo dispuesto a probar que no admito burlas». Aquel hombre no era otro que Félix Pérez, el enfermo desahuciado en Lima cuyo rastro se había perdido. No era hábil dando patadas, pero *sí* un litigante que había intentado fundar un sindicato del balón. Al Racing de Madrid se le presentaba un nuevo problema.

A Félix lo esperaba en Madrid su madre, encorvada y diminuta, que fue a buscarlo a la estación vestida de negro y con pañuelo en la cabeza. De allí se lo llevó a la taberna que regentaba frente al parque del Retiro, donde había una habitación en la que Félix se acostó para descansar tras el viaje.

Cuando se repuso, se dirigió a la prensa, que esperaba sus palabras a las puertas del local. «Antes de llegar a Perú sufrí un vómito de sangre». Así dio comienzo el relato de su drama.

Según Félix Pérez, cuando el Racing llegó a La Habana lo privaron de sueldo. Postrado en cama durante la cuarentena, solo se sostuvo gracias a los cuidados del masajista Marcial de Miguel y la atención de un médico gallego residente en Lima, que se negó a cobrarle por sus honorarios. Agradeció a De Miguel el haberse portado tan bien con él, y declaró su intención de ir a la Federación esa misma tarde a presentar una queja por el comportamiento del Racing.

La broma le había costado a Félix Pérez 8.000 pesetas, según denunció. Abandonado en Perú, cablegrafió exponiendo su situación a la Federación Nacional. Esta se dirigió a la del Centro, y esta, a su vez, al Racing, que en castigo, según Pérez, le privó de su salario. Probablemente el club de Chamberí era por aquellos días un moribundo sin blanca que tenía dificultades hasta para pagarse el hotel de La Habana. Pérez solo pudo regresar a España gracias al dinero que le había enviado su madre. Quería cobrar las deudas. Pero le exigía su pago a un fantasma.

Félix Pérez, con su acongojada madre, a su regreso a Madrid

«Nadie sabe lo que es estar cincuenta días en cama sin ver el sol ni una cara conocida —prosiguió, con voz lastimera—. Hubo momentos en que estuve verdaderamente desesperado, pensando que mi familia no tenía noticias concretas de mi enfermedad. Por lo visto, nadie se acordaba de mí». Juró que cuando por fin hubiera recobrado la salud, en la sierra madrileña, no volvería a tocar un balón. Su viejo desengaño por el fútbol había crecido en él. No le gustaba el ambiente, y despreciaba la manera en que ese deporte se había mercantilizado. «Los futbolistas ya no son personas: son

juguetes de los clubs» dijo, en la añoranza de su etapa romántica en el Madrid, cuando jugaba entre «amigos verdaderos». «Ahora no los tengo». Quería despedirse del público local jugando un último partido con la camiseta blanca antes de abandonar el fútbol para siempre.

El aire viciado de los cafés se llenó con chismes relativos a los rojinegros. ¿Había abandonado el Racing a su jugador? El tesorero, José Góngora, había llegado a España dos semanas antes, tras dejar la expedición en La Habana por asuntos profesionales. Había permanecido en silencio hasta la denuncia de Félix Pérez. Entonces alzó la voz en la prensa y salió a defender el honor del difunto Racing. Lo hizo con vehemencia. Y demostrando, además, que era un hombre meticuloso cuando se trataba de llevar al día los gastos.

Había estado callado, dijo, para no ensuciar el prestigio deportivo de un jugador enfermo, pero cuando Félix relató sus calamidades, Góngora estalló. Sacó los datos, aireó las cifras y contó su particular visión de los hechos. «De no padecer el señor Pérez la clase de enfermedad que padece, y que lo priva de toda actividad física intensa, ya le habrían sido exigidas explicaciones de otra forma. Pero se trata de un pobre enfermo que bastante desgracia tiene con serlo, ¡y a qué intentar siquiera llevarlo a un terreno al que no puede acudir!». Al parecer, la bravura racinguista no solo estaba presente en los terrenos de juego, sino también en los despachos. La afición madrileña se excitó con la promesa de una buena pelea.

Góngora se ajustó las gafas inquisitivas, tomó aire y escribió a la prensa para detallar la lista, pormenorizada y mezquina, de los gastos que le había supuesto al Racing el que el jugador no disputara ni un solo minuto, recalcó, de los partidos a los que se había comprometido por contrato. Se trataban de un mes de sueldo, como anticipo de la excursión: 1.000 pesetas. Viaje Madrid-Santander, estancia en Santander y viaje Santander-

Perú en el vapor Reina del Pacífico: 2.000 pesetas. Estancia en el hotel Plaza, en Lima, más extras de alimentación, del 9 al 29 de julio: 190 soles peruanos (al cambio, 551 pesetas). Lavado de ropa durante esos veinte días: 30 soles (87 pesetas). Gastos en medicinas y otros extras: 500 soles (1.450 pesetas). Entregados el día 29, antes de salir de Lima, para medicinas y otras atenciones: 200 soles (580 pesetas). Depósito en la Grace Line, en Lima, a disposición del enfermo: 204 dólares (2.161 pesetas). Girados desde La Habana, de acuerdo con el presupuesto enviado desde Lima por el paciente: 550 dólares (5.772 pesetas). En total, 13.601 pesetas. Conservaba los recibos.

«¡Trece mil seiscientas una pesetas!», vociferó el meticuloso Góngora, le había costado al Racing Club de Madrid el que no jugara un solo partido. Recalcó que el masajista, Marcial de Miguel, se había quedado junto a él. Y si se había decidido a hablar, era por lo ofensivas que le parecían las palabras de Félix Pérez. En cuanto a que lo hubieran abandonado, Góngora detalló su propio heroísmo samaritano.

A la llegada al hotel en Lima, a Félix se le asignó una habitación compartida con otros dos compañeros que se negaron a pernoctar junto al enfermo por miedo al contagio. Góngora tuvo que aceptarlo en su habitación. Allí, junto a Marcial de Miguel, ejerció de enfermero, velando cada noche el sueño de la estrella caída del Racing de Madrid. Le dieron las medicinas a su hora, le pusieron irrigaciones, prepararon su comida y le administraron las inyecciones prescritas. Como el personal del hotel entró en pánico y se negó a atender al enfermo, Góngora y de Miguel cambiaron con sus propias manos las sábanas y almohadas del enfermo. Vaciaron su orinal de excrementos e incluso mandaron sus pañuelos al laboratorio para que examinaran sus escupitajos. Solo tuvieron la ayuda desinteresada de un médico gallego que residía en Lima. En

aquella habitación temieron por su vida. «Nadie más que yo se despertaba a las siete de la mañana, hora en que había que darle el primer medicamento, ni se acostaba hasta pasada la una de la madrugada, en que se le tomaba la última temperatura», se lamentó Góngora, quien invitó a la afición española a juzgar a uno y otros.

Mientras esa polémica que comprometía la dignidad del Racing se abría paso en los despachos de la Federación, el equipo seguía con su aventura en México. El buen sabor de boca que habían dejado entre la afición local les permitió organizar dos partidos más, frente al España y, de nuevo, el Atlante. La recaudación, descontados los gastos, sería en esta ocasión para ellos. La expectación por verlos jugar se había desbordado y esperaban llevarse una buena bolsa de dinero.

Se enfrentaron primero al Real España, el equipo de la comunidad española y primer gran club mexicano de la historia, antes de su desaparición en 1950. Era un club rico y popular. No solo habían fichado a Rubio tras su huida, sino que también tentaron a los rojinegros Platko, Bernabéu y Rey para que abandonaran la gira y ficharan por ellos. Estos rechazaron la oferta con la esperanza de que la gira remontara el vuelo y pudieran llevarse su botín.

En ese partido, Rubio se alineó con el Real España, el equipo al que pertenecía y que le pagaba 200 dólares al mes, pero pese a ello el Racing mantuvo su buen nivel, consiguiendo un empate a dos. Cuando la noticia del resultado llegó a Madrid, Miquelarena se malició de la ausencia de detalles escabrosos: «El hecho de que el cable no diga que la cosa terminó en boxeo tampoco quiere decir que la gente se haya privado esta vez del "legendario reparto" al término de la contienda»,[13] dijo en *ABC*. Hacía bien en sospechar, porque efectivamente hubo *reparto*. En una jugada del partido, el portero Platko recibió una patada que devolvió con fiereza. Aquello excitó al público,

que empezó a arrojarle piedras. Poca cosa para aquel oso rubio, que tres años antes había aguantado con la cabeza ensangrentada bajo la lluvia las embestidas del rival en aquella mítica final de Copa, cuando se convirtió en el «guardameta en el polvo» del poema de Alberti. Se habría dejado matar allí mismo con tal de guardar la portería, pero el árbitro, en vista del creciente enojo popular del público mexicano, decidió expulsarlo para evitar males mayores.

La tangana en que se vio inmerso Platko no fue la única semejanza con aquella final salvaje de Copa. También lo fue la lluvia, que esa tarde cayó con intensidad. Por aquellas fechas se formaron en el golfo de México dos huracanes tropicales que golpearon con furia la costa de Veracruz. A medida que el segundo de ellos se adentró en el país, aunque debilitado, fue dejando a su paso un rastro de violentas precipitaciones que alejó de los estadios a los aficionados mexicanos. Por su culpa, el campo del España no registró una gran asistencia. Como tampoco el estadio de los electricistas del Necaxa, el lujoso escenario con quince mil localidades y césped inglés que había elegido el Racing para enfrentarse al Atlante y sacar una jugosa tajada por el billetaje. Estaban definitivamente gafados. Mientras que los anteriores partidos habían tenido entradas formidables, los dos siguientes dejaron una esmirriada bolsa de pesos. Pero el diluvio no fue el último contratiempo, ni el menos grave, que México les tenía preparado. Tratándose del Racing, si algo podía salir mal, saldría mal.

Ni las golpizas ni las reyertas vividas hasta entonces habían preparado a los rojinegros para lo que iba a suceder en la revancha frente a Atlante. Fue el 4 de octubre, en el coqueto estadio de Necaxa, deslucido bajo la cortina de agua que caía sobre el DF. Era el último partido de su ciclo mexicano, con el rebelde Gaspar de nuevo en las filas del Racing. A juzgar por las crónicas, nunca se vio tanta violencia sobre un campo de

fútbol como en el desquite ante los Potros, que venían calientes de su derrota veinte días antes.

La chispa prendió en la primera parte, cuando Irles y el Trompo Carreño se enzarzaron en una pelea brutal. La gresca alcanzó tal punto que el árbitro decidió expulsarlos a ambos. Y eso, en una época en que triturar una pierna del rival era un protocolo estándar del juego. Aquel altercado encendió los ánimos.

El Racing de Madrid antes del comienzo de uno de sus partidos en México. Las flores se convertirían en palos y pedradas

En materia futbolística, México estaba varios pasos por detrás de España. El Racing había superado con creces a los grandes equipos aztecas del momento, y el Atlante iba a buscar las vías de reparar el orgullo nacional herido. Los rojinegros sabían que los atlantistas eran un equipo leñero y, para evitar las patadas, Bru dio a los suyos la orden de que despejaran el balón a las tribunas una y otra vez, de modo que rehuyeran el choque. El Racing no podía permitirse continuar la gira con lesionados. Se trataba, sobre todo, de salir con vida de aquella encerrona.

Ni que decir tiene que su actitud inflamó las gradas, que la

consideró una provocación. En el campo hubo un recital de patadas, insultos y puñetazos que alimentaron la ira de los aficionados, los más calientes de México. Nunca hasta ese día se vio semejante barbarie sobre un terreno de juego.

A la media hora del segundo tiempo, el Racing ya perdía por 3-0. Tres de sus jugadores, Lolín, Mondragón y Rubio, se habían retirado lesionados. Fue el momento en que la muchedumbre invadió el campo y se lanzó a perseguir a los madrileños. Bajo la tempestad, empezaron a apedrear y agredir a los chamberileros.

Centenares de personas comenzaron una cacería salvaje. Una pedrada alcanzó en un ojo a Gaspar Rubio, que comenzó a sangrar en abundancia. Paco Bru saltó al campo para llevárselo en brazos, mientras molían a golpes a los demás jugadores. La policía intervino para evitar el linchamiento y restablecer el orden, no sin dificultad. Pero esta vez no se limitaron a ponerlos a salvo, sino que además se los llevaron al Cuartel General de la Policía. Allí permanecieron detenidos durante hora y media, acusados de alteración del orden público. Bru imploró que al menos los dejaran salir para comer. Tras olerles el aliento y comprobar que no habían comido, los liberaron bajo la promesa de presentarse al día siguiente.

Miquelarena no perdió la ocasión de afilar su lengua y hacer leña del árbol caído: «Ha terminado el Racing de Madrid su "temporada" de Méjico. [...] Lo que definía a estos encuentros era la amena sesión de boxeo que se ofrecía al público cuando el árbitro comunicaba, por medio del pífano, que, terminados los noventa minutos de borceguí, iban a comenzar los correspondientes al guante. En esta ocasión, en esta última ocasión, no se ha esperado a que el *réferee* diese la señal de reyerta. Y la reyerta, con su impaciencia, ha estallado antes de tiempo. Con una urgencia y una contundencia que no pueden haber defraudado a nadie».[14]

Pero el escándalo no cesó. El día posterior, mientras Bru hacía las gestiones para liquidar los asuntos económicos de la gira mexicana, una muchedumbre fanática de Atlante acudió al hotel donde se alojaba el Racing para pegar a los jugadores. Llamaron a Bru por teléfono, que se lanzó hacia allí a toda prisa. Cuando llegó, a los racinguistas se los había llevado la policía. El entrenador chamberilero se puso en contacto con el jefe de policía. «¡Venga, nomás...!», fue la respuesta. De nuevo a la carrera, Bru regresó a la comisaría, donde le comunicaron que se les había impuesto una multa de 11.000 pesos, mil por jugador, una suma formidable para sus bolsillos vacíos.[15]

Pese a las protestas de los rojinegros, el embajador español en México, Álvarez del Vayo, no quiso saber nada de aquellos forajidos adictos a los líos, y si salieron bien librados fue únicamente gracias a las gestiones del dueño del hotel donde se hospedaban los racinguistas, abogado de profesión, que llegó a amenazar con poner una querella ante el Ministerio de la Gobernación.

Bru se quejó, y con ayuda del abogado consiguió rebajar la multa a diez pesos por jugador, que acordó pagar al día siguiente. ¿Suerte? Cuando fue a hacerlo, cerca de la una del mediodía, le dijeron que volviese por la tarde, que ya era casi hora de comer. Cuando regresó, le exigieron un recargo del veinte por ciento por no haber satisfecho la multa antes de la una. Tuvo que resignarse a pagar. Una vez hechas las cuentas, y tras abonar las primas a los jugadores, se encontró con el mismo agujero en la caja.

Bru reunió a sus jugadores y les habló de la jugosa oferta que había recibido. Cuatro partidos en Los Ángeles y catorce en Shanghái. No tenían un céntimo, así que les puso como condición para aceptar que no le reclamaran ni un duro hasta que las cosas marcharan y pudiera pagarles. La única exigencia por parte del promotor era que Gaspar Rubio formara parte de

la expedición. Los jugadores aceptaron en primer término, pero debieron pensárselo mejor tras consultarlo con la almohada. Hasta entonces solo habían recibido patadas y unos ingresos míseros. ¿Quién les aseguraba que aquella aventura no les traería la ruina?

Pateados y con la piel cubierta de moratones, pidieron su parte por adelantado. Bru desistió y les habló de otra oferta, menos suculenta: marchar a Estados Unidos a jugar una serie de partidos contra equipos neoyorquinos. Los jugadores aceptaron. Era menos dinero, pero garantizado. Como nada les aseguraba que las autoridades mexicanas no siguieran incordiándolos por los acontecimientos del último partido, decidieron hacer las maletas a toda prisa y salir esa misma noche hacia Nueva York.

A su estrella, Gaspar Rubio, terminaron de convencerlo los 2.000 dólares que el promotor le prometió como incentivo para sumarse a la excursión. Solo había un obstáculo: Camila, su novia gallega. Rubio la telefoneó desde la misma estación, media hora antes de que partiera el tren. Acompañada de sus hermanas, Camila corrió a despedir a su novio, el Rey del Astrágalo. Llena de angustia y entre lágrimas, le hizo prometer que regresaría pronto a su lado. Temía que aquel fuera otro episodio de su fuga mundial. Se abrazaron en el andén, se agitaron pañuelos. Rubio dijo que volvería para casarse con ella.

América sería la ruina de los racinguistas. Pero en ese momento, unos pocos dólares en la cartera valían más que los promisorios cientos que les prometían en la tentadora Shanghái, conocida como la Puta de Oriente, con sus fumaderos de opio, negocios fuera de la ley, casas de apuestas y burdeles, la ciudad de casi un millón de habitantes, en su mayoría extranjeros. Habría que haber visto a los rojinegros desenvolverse en aquel escenario atestado de clubs nocturnos y

casinos poblados por estafadores y venales *sing-song girls*.

Los acontecimientos posteriores demostraron que su decisión los llevó a perder dinero, sí. Pero, por paradójico que resulte, fue quizá el único golpe de suerte de su disparatado viaje. Semanas después, en enero de 1932, justo en los días en que habrían debido estar allí, viéndoselas con los equipos de extranjeros expatriados, como el AS Française o el Lusitano, se produjo el bombardeo aéreo de Shanghái a manos de los japoneses. Lo que le faltaba al Racing era haberse visto atrapado en medio de las bombas.

Nueva York
AMÉRICA DEL NORTE
Atlanta
Nueva Orleans
OCÉANO ATLÁNTICO
GgolfO DE MÉXICO
Cuba
Ciudad de México
MAR CARIBE
OCÉANO PACÍFICO

10
La ciudad automática

Con Rubio en sus filas, el Racing partió hacia Nueva York. El viaje en tren era más largo que en barco, pero también más económico. Y el coche especial que eligieron no carecía de comodidades: salón, mirador, un comedor espléndido y hasta un barbero japonés, limpio y cuidadoso, que acicaló sus vapuleados rostros. Cuatro días de trayecto que les permitieron recuperar el optimismo y curar las heridas. Habían forjado una amistad de trinchera e iban dispuestos a reventar las taquillas de América junto al mago Gaspar, que había dejado a su novia Camila sumida en la preocupación.

Aquel viaje bien podía ser una etapa más de la rocambolesca huida del delantero. Así se creyó en México, donde se difundió el rumor de que Rubio había partido hacia Nueva York para enrolarse en algún equipo americano, cuya liga estaba enfrentada a la Federación Internacional de Fútbol. En Estados Unidos podría jugar sin preocuparse por el castigo que pesaba sobre él. Se trataba además de una liga próspera que había captado a jugadores de todo el mundo, atraídos por los dólares. Para tranquilizar a Camila, el delantero fugitivo le escribió unas líneas de consuelo desde cada estación donde el tren hizo parada, prometiéndole que volvería junto a ella.

Llegaron a su destino el 10 de octubre, a las 11 de la noche, con tiempo para vislumbrar apenas la corona de acero iluminada del Chrysler Building, que les dio la bienvenida a la ciudad que nunca duerme. Tampoco dormían, a los pies de aquel rascacielos *art déco*, los taxistas de Nueva York. La crisis

había empujado a muchos trabajadores a ponerse al volante de alguno de los treinta mil taxis que en 1931 convertían las calles en una hormigueante jungla de asfalto. Las extenuantes jornadas, de hasta veinte horas diarias, les impedían dormir lo suficiente. Los racinguistas no tuvieron que esperar mucho para subirse a un puñado de coches amarillos y negros que los llevaron hasta un hotel barato donde descansar. Al día siguiente los esperaba su primer partido en tierras americanas.

Su rival era el New York XI, una potente selección de fútbol del circuito metropolitano de Nueva York. Pese a su escaso renombre, en Estados Unidos había buenos equipos, aglutinados sobre todo en los estados de Nueva York y Pensilvania, los lugares de la costa atlántica donde se implantó la afición por el fútbol de la mano de las oleadas de inmigrantes europeos. Los clubs se abastecieron en un primer momento de trabajadores de las fábricas, pero la prosperidad de entreguerras les permitió pronto fichar a grandes jugadores extranjeros, sobre todo ingleses y escoceses. El New York XI no se lo iba a poner fácil a los rojinegros.

La llegada del Racing despertó el interés de la comunidad española, que se desplazó en buen número hasta el Commercial Field de Brooklyn, un campo que hoy sobrevive dentro de la red de parques de Nueva York como un recinto de césped sintético donde los niños juegan al *soccer*.[16]

La expectación llegó al punto de que el secretario de la FIFA, algunas autoridades locales y el cónsul español acudieron al pequeño estadio de Brooklyn para ver el debut en suelo americano de los futbolistas madrileños.

El aura de equipo formidable del Racing que infló la propaganda de los organizadores se resquebrajó a los dos minutos, cuando Valderrama perdió el balón ante el checo Wolff, quien, por medio de un chut lejano, batió al despistado Platko. Los neoyorquinos volvieron a marcar en una jugada

extraña, tras un disparo en que Morera desvió el balón con la mano dentro de su área. Mientras el guardameta Platko, a la espera de que el árbitro señalara penalti, permanecía inmóvil, el americano Malloy recogió el balón con picardía para anotar el segundo gol de los locales.

El once metropolitano se crecía por momentos ante un desmoralizado Racing, que recurrió a su coraje legendario. Gaspar Rubio, quién si no, hizo temblar la portería rival mediante un cañonazo con el que acortaba distancias en el marcador. El gol desató la alegría de los aficionados españoles, que vieron cómo el Rey del Astrágalo pasaba a liderar la ofensiva de los rojinegros.

Muñoz envió un violento disparo al larguero y Valderrama se lució en una jugada individual que casi acabó en gol. Con un empujón de orgullo, el cansado Racing se las arregló para embotellar a los yanquis en su área. Estos confiaron en que sus delanteros cazaran un voleón perdido, o en armar una contra peligrosa, que finalmente llegó. Koener recibió el balón en posición de palomero y marcó el tercero para los americanos. Al acabar la primera parte, el Racing se había derrumbado.

No solo el tanteo era deprimente. Arturo tuvo que sustituir al tinerfeño Morera, quien se había lesionado en el primer tiempo. En el descanso, el Ungüento Amarillo del Racing ignoraba que ya no volvería a jugar con los rojinegros. También se atisbó el declive del antaño poderoso Platko, culpable de los dos errores por los que se les estaba escapando el partido.

Cansado, el Racing recurrió a su vieja valentía. Su coraje animó a los más de tres mil espectadores, en su mayoría españoles, que acudieron aquel día al Commercial Field de Brooklyn para ver al bravo Racing de Madrid. El marcador ya no se movería del 3-1 con el que acabó la primera parte, pero en cambio se armó la bronca. Viejas rutinas.

Los líos no quedaron aparcados en México. El paroxismo llegó cuando el colegiado le negó al Racing un claro penalti a su favor. Los ánimos del público se encendieron, y la exaltada comunidad de expatriados invadió el campo para pegar al árbitro, quien solo pudo salir ileso gracias a los propios racinguistas. Aquellos granujas compasivos lo rodearon para sacarlo de allí y protegerlo de la paliza. No pudo acabarse el partido, que se suspendió en medio del escándalo. El señor Fischer, secretario de la FIFA, los felicitó en persona por su caballerosidad.

Cayeron con las botas puestas... y con un puñado de excusas. Dijeron que la culpa de su derrota había sido del cansancio del viaje y de las exiguas dimensiones del campo, a las que no estaban acostumbrados. También alegaron la parcialidad del árbitro, que los perjudicó. Pese a que el juego no había sido malo del todo, aquella derrota desinfló el entusiasmo del público por los madrileños. El debut no había podido ser más gris.

Jacinto Miquelarena no necesitó más para desenfundar su verbo venenoso. Con hiriente humor escribiría:

> El Racing de Madrid ha debutado en Nueva York. Dicen los cablegramas que el partido se suspendió en medio de un formidable escándalo. ¡Como en Méjico!
>
> Cuando el Racing de Madrid comenzó la serie de sus encuentros, seguidos de combates personales a puño desnudo llegamos a creer que no tenía suerte. Ahora creemos lo contrario. El Racing de Madrid se está haciendo una «personalidad» que le llevará muy lejos.
>
> Es natural que los empresarios inteligentes contraten al Racing de Madrid antes que a cualquier otro equipo. Con cualquier otro equipo hay la seguridad de ver un partido de fútbol más o menos bueno. Con el Racing de Madrid hay la seguridad de ver ese mismo partido —o parte, por lo menos— y, a continuación, boxeo, cargas, guardias, ametralladoras, gases asfixiantes, etcétera; etc. Tarde completa, en una

palabra. Hay, por otra parte, la seguridad de ver jugar a Gaspar Rubio, el jugador que no puede jugar, según la FIFA.[17]

Dos días después, los Giants de Nueva York, vigentes campeones de la liga americana de *soccer*, esperaban a los rojinegros, que tenían que restaurar su orgullo y su cartel de equipo intrépido. Enfrente habría un rival con un plantel de grandes jugadores, algunos de los cuales son hoy mitos del fútbol estadounidense de todos los tiempos. Tipos como Bert Patenaude, delantero letal y pichichi de la liga, que había sido el primer futbolista en marcar un triplete en un partido de la Copa del Mundo, el año anterior ante Paraguay; Jimmy Gallagher, de origen escocés, también internacional con Estados Unidos en el Mundial de 1930; y Bart McGhee, el ala izquierdo, autor del primer gol estadounidense en la historia de los mundiales e hijo del reputado futbolista escocés James McGhee, que había emigrado a América en septiembre de 1910. Un duelo intercontinental entre la furia española y la finura combinativa, de raíz escocesa, de los Giants. El Racing solo podía salir por la puerta grande o por la enfermería.

La noche del 13 de octubre, los rojinegros fueron hasta el Polo Grounds, en el Upper Manhattan, sede también de los Giants de béisbol. Un imponente estadio, con cabida para más de cincuenta mil espectadores, que aquel día los recibió semivacío. Solo dos mil almas acudieron a verlos. El discreto entusiasmo por el Racing se había mitigado tras su primera derrota. No fue la única viñeta deprimente del día. De camino hacia allí pasaron junto a Central Park, donde vieron con sus propios ojos los asentamientos de chabolas y barracas en las lagunas desecadas del parque, llenas de familias hambrientas, víctimas de la Gran Depresión, abrigándose con periódicos. Fue un presagio masticable de su inminente fracaso.

Cuando se encendieron los focos de Polo Grounds el

nerviosismo cundió entre los madrileños. La maquinaria americana, bien engrasada, les arrolló. La primera parte se saldó con un 3-0 para los locales. El sueño de una gira triunfal por Norteamérica empezaba a esfumarse definitivamente. La segunda mitad fue peor.

Su orgullo malherido buscó en Gaspar Rubio a su vengador, quien respondió. Lideró el feroz contraataque de los rojinegros mientras le duraron las fuerzas. Bajo las luces de aquel estadio con forma de bañera, a orillas del río Harlem, él y el Filipino Cosme anotaron dos goles que dejaron en mínima la ventaja local. De nada sirvieron.

A partir de ahí, los Giants trituraron a los españoles que, frustrados, recurrieron a lo que mejor sabían hacer: calentar a los rivales y dejarles una muesca en las espinilleras. Podían perder, pero nunca bajar la cabeza. Dejaron la estela de equipo bronco, de *gang* salvaje. A cambio, el Nuevo Mundo asestó en sus culos una patada en forma de dolorosa derrota. Un humillante 6-2. Patenaude, en dos ocasiones, Davey Brown, en otras dos, Slaven y Carlson les bajaron los humos con sus goles.

Encontraron una excusa a su mal juego, por supuesto. Se debió, dijeron, a la luz artificial. Nunca antes habían jugado a la luz de los focos. A juzgar por sus palabras, los aturdieron como a animales deslumbrados en una carretera en mitad de la noche. La potente iluminación de Polo Grounds era una novedad para los futbolistas españoles de la época.[18] Las circunstancias de aquella derrota llevaron a Leoncio Delgado Cruz, jefe de deportes del diario de tendencia derechista *La Nación*, a escribir, bajo el seudónimo de Capitán Grant, lo siguiente: «El Racing de Madrid ha sido vencido en Nueva York en un partido nocturno. El Racing termina su vida como los novilleros malos. Toreando con focos».[19]

Para hacerse una idea de la impresión que Nueva York podía producir en la mirada de un español a comienzos de los años

treinta, nada como recurrir al periodista Julio Camba, puesto que sus días como corresponsal para el diario *ABC* en la ciudad norteamericana casi se solaparon con los de la gira racinguista. Desde allí, Camba escribió una serie de crónicas que reunió en el libro *La ciudad automática*. Se trata de los artículos que publicó entre el 30 de diciembre de 1930 y el 30 de julio de 1931 en *ABC*.

Dotado de un delicioso olfato para la anécdota, a través de sus crónicas sobre costumbres sociales captó muy vivamente el momento histórico que atravesaba esa Nueva York que contemplaron los rojinegros. Camba avistó una ciudad concebida como presente puro, sin relación con el pasado ni con el porvenir. Una ciudad cuya seducción estereotipada y romántica era, en sus propias palabras, tan irritante como irresistible. Bajo el afán por escalar el cielo latían «la vorágine, el abismo, el pecado, las mujeres fatales y las drogas malditas». Vio una ciudad «exasperada y frenética», pero también positivamente vibrante, de la que le fascinó su automatización. Ya fueran los teléfonos, el *subway*, los restaurantes o las máquinas friegaplatos y de lustrar botas, todo era automático. Tras el febril maquinismo, Camba intuyó que en las ciudades americanas el hombre estaba «suprimiendo toda relación con el hombre para entenderse con las cosas directamente». Y, por supuesto, estaban los rascacielos, cuya construcción y apertura alcanzaron su apogeo en 1931. Cinco meses antes de la llegada del Racing se inauguró el Empire State, con sus 381 metros hasta la punta, donde se podía amarrar un dirigible. Tras el Crac del 29, la mayoría de sus oficinas se quedaron sin inquilinos por culpa de la crisis.

Las miniaturas humorísticas de Camba son el divertido contrapunto a la Nueva York que Lorca conoció año y medio antes de la llegada del Racing. Frente al risueño optimismo distante del periodista gallego, Lorca dio forma literaria a su

desengaño en *Poeta en Nueva York*, donde la ciudad es una visión aterradora del futuro. Un Senegal con máquinas, barbarie donde se entremezclan la angustia personal y colectiva. Una Nueva York de «alambre y muerte» donde convivían niños hambrientos, negros sollozantes y banqueros. Con las cuatro columnas de cieno de su aurora y el huracán de negras palomas.

A Lorca le horrorizó tanto Nueva York que se alegró de dejarla atrás camino de Cuba, a la que vio como una «Andalucía mundial», una América con raíces, española. Sin embargo, en Nueva York existía una América española que los racinguistas no tardaron en frecuentar. Se trataba de Little Spain, la comunidad de españoles asentados en la calle Catorce, entre las avenidas Séptima y Octava, cerca del río Hudson que Lorca describió como borracho de aceite.

Se estima que en 1930 había más de veinte mil españoles censados en Nueva York, en su mayoría gallegos. Muchos residían en Manhattan, donde se empleaban como estibadores, albañiles, porteros, camareros... La Pequeña España de la calle Catorce se acurrucaba en un barrio donde los españoles regentaban también *night clubs* y cabarés, y que se esparcía en restaurantes como El Faro, La Coruña o El Mesón Flamenco. Mitigaban la nostalgia comprando bacalao o chorizo de Casa Moneo, un ultramarinos donde también se vendían sartenes, trajes, zapatos y perfumes. Para los expatriados, Little Spain evocaba la Puerta del Sol.

El lugar de encuentro de la comunidad era La Nacional, la *Spanish Benevolent Society* que aún existe en la calle Catorce, que ayudaba a los españoles recién llegados a encontrar trabajo y alojamiento, disponer de servicio médico o costear su entierro.

Existía otra comunidad española, más pequeña y dispersa, en Cherry Street, afincada en modestos apartamentos en el Lower

East Side, entre los puentes de Brooklyn y Manhattan, que intentaba abrirse paso en la estiba de los hangares y muelles de la Compañía Trasatlántica Española, la Spanish Line.

La mayoría de espectadores que había acudido a sus partidos eran españoles, y el Racing frecuentó enseguida esos círculos de expatriados. Algunos mitigaban la nostalgia con que evocaban el país que habían dejado atrás acudiendo a ver a los rojinegros, que aún tenían contratados dos partidos más.

El 15 de octubre les tocó enfrentarse al Hakoah All Stars, un equipo de judíos surgido como sucursal del SC Hakoah vienés, club fundado a principios del siglo XX por un libretista de cabaré y un dentista judíos. Entre sus ilustres aficionados se encontraba todo un Franz Kafka. El Hakoah de Viena se dedicaba a recorrer el mundo fuera de la temporada regular, atrayendo a sus partidos contra los equipos locales a los miles de judíos residentes en todas partes del mundo.

Fueron pioneros en el negocio de la venta de camisetas del equipo, con la estrella de David bordada en ellas y los colores blanco y azul de la bandera de Israel, y enviaban a promotores emisarios para despertar interés por sus partidos. Lo que vendían, en definitiva, era sionismo. El fútbol era para el Hakoah una herramienta de integración y de propaganda. Se inspiraron en el judaísmo muscular del sionista Max Nordau, quien animaba a los judíos a cultivar una fuerza no solo intelectual, sino también deportiva, y a buscar su emancipación por la vía del músculo.

Debido al creciente antisemitismo de la época, solían encontrarse con ambientes hostiles allí donde jugaban, de modo que optaron por viajar con su propio y poco convencional cuerpo de guardaespaldas. Lo integraban los forzudos de la sección de lucha libre del Hakoah y algunos de sus seguidores más radicales, dispuestos a repartir mamporros al menor insulto o amenaza.

El Hakoah de Viena había realizado en 1926 una gira por Estados Unidos que despertó gran interés entre los aficionados locales. A diferencia de la del Racing, fue triunfal. Llevó al partido que disputó en Polo Grounds a más de cuarenta mil espectadores que quedaron seducidos por su fútbol. No en vano, a mediados de los años veinte se estaba gestando en Austria el *Wunderteam*, la selección nacional que en los años treinta fue la primera en practicar un espléndido fútbol total bajo la batuta del genial Matthias Sindelar, el Mozart del fútbol, llamado el Hombre de Papel por su delgadez y por su extraordinaria habilidad para deslizarse entre los defensores rivales.

El Hakoah se llevó una grata impresión por la manera en que era recibido en todas partes, sin brotes de antisemitismo. Eran los años que precedieron al humo de los holocaustos y muchos de sus jugadores aceptaron ofertas para jugar en clubs americanos. Otros optaron por quedarse y fundar el New York Hakoah. Esta diáspora diezmó las fuerzas del equipo austriaco original, pero dio lugar a una poderosa sucursal en tierras americanas. Ganó la Cup Challenge en 1929 y en los días de la visita del Racing el Hakoah neoyorquino era el líder invicto de la liga.

Pese al potencial de ambos rivales, el duelo entre los madrileños y los judíos de Brooklyn no consiguió que se llenaran las gradas de Polo Grounds. Ese día, 15 de octubre, los apologistas del músculo y virtuosos del balón se toparon con el muro rojinegro. El Racing había empezado a tomarle el pulso al fútbol local y dio la cara.

Nada más comenzar, Irles envió un balón a Urretavizcaya, quien se internó por la banda izquierda, libre de marca, y envió un pase a Gaspar Rubio, que con un disparo preciso batió al guardameta Fischer. Fue un gol sensacional. Haeusler empató a los seis minutos, lo que dio pie a una ofensiva salvaje del

Hakoah que frenó la enérgica defensa del Racing. Con pierna dura y velocidad, los rojinegros marcaron el 1-2 definitivo por obra de José Muñoz *Morenito* antes del descanso, bajo truenos y relámpagos. En la segunda parte, una tormenta de proporciones bíblicas obligó a suspender el partido cuando mejor estaba jugando el Racing. Esta vez ganó sin pegarse con nadie, pero su suerte parecía sentenciada: solo un millar largo de espectadores acudió a ver al equipo del mago Gaspar, lo que dejó una taquilla famélica.

Para celebrar la victoria, decidieron gastar los pocos dólares que había en sus bolsillos en los atractivos de la ciudad palpitante. Visitaron los grandes almacenes y se dejaron fascinar por una moda que, bajo el influjo del jazz, se había zafado del estilo inglés conservador. Se llevaban los pantalones anchos y los *plus fours* de golfista. Los trajes, *ready-to-wear*, tenían silueta de boxeador: hombros amplios y cinturas esbeltas. Salieron vestidos como genuinos americanos, sombreros fedora incluidos.

Era inevitable que aquel equipo golfo, anclado en la bohemia, se sumergiera en los misterios de la noche. Nueva York se agitaba por aquellos días bajo los ritmos del swing y de las big bands, que despegaban a comienzos de los años treinta. Eran los tiempos de apogeo del Savoy, el Cotton Club o el Apollo, templos del swing jazz incrustados en el Harlem negro, adonde los blancos iban en busca de emociones fuertes. En ellos, uno podía evadirse de la depresiva realidad económica, como también en los bares clandestinos que proliferaron tras la Ley Seca.

Cuando la fabricación de alcohol se declaró ilegal, esta pasó a manos de criminales. Nació así el Sindicato del Crimen y con él, los tiempos del pistolerismo y los gánsteres, con sus enfáticas corbatas, sus trajes de rayas y pelo abrillantado. Surgieron los *speakeasies*, bares clandestinos que proveían al

público de los licores prohibidos. Antros de todas las clases donde prosperaba una fauna delictiva, con abundancia de pistolas y timadores.

Uno de ellos era el español Juan López, a quien los racinguistas conocieron en aquellos días. Juan se ganaba la vida como contragánster, dedicado a sustraer a punta de pistola a otros bandidos el producto de sus rapiñas. Esa noche Martínez, el portero al que idolatraba el humorista Gila cuando lo veía entrenar en el campo de Chamberí, convenció a Lolín, a Mondragón y a Tena para ir a cenar con Juan López. En el tugurio al que fueron a parar se encontraron con una banda de contrabandistas que tenía cuentas pendientes con aquel. Sin mediar palabra, él y los rojinegros tuvieron que salir de allí a escape en una huida cinematográfica. Robaron un coche para escapar junto al hombre que les había metido en la boca del lobo, bajo una ráfaga de disparos de los subfusiles Thomson de sus perseguidores, las metralletas icónicas de la mafia. Conocidas como las máquinas de escribir de los gánsteres por el ruido característico que hacían al disparar, esa noche pudo escribirse su muerte con ellas.

Solo tras muchos regates al volante por las calles de Nueva York, como en una película de cine negro, consiguieron llegar sanos y salvos al hotel del equipo. Sudorosos y pálidos, les contaron a sus compañeros cómo habían salvado el pellejo por muy poco. El Racing tenía otra muesca que añadir a su aciago historial: un grotesco cara a cara con la mafia. Ni siquiera la lluvia de piedras y palos con que los despidieron en México los había preparado para un episodio solventado a tiro limpio. Tiempo después supieron que Juan López cayó acribillado en las calles a manos de algún gánster que se cobró su deuda.

Otra muerte, la del Racing en gira, se dilataba por medio de una agonía de partidos que despertaban cada vez menos interés entre el público. No iba desencaminado Jacinto Miquelarena

cuando en la víspera de su siguiente partido dijo que «a la hora en que escribimos estas líneas, no sabemos si el Racing de Madrid jugará el domingo próximo en Nueva York, o en el estado de Texas, o en el estado de Alaska. Tampoco podemos anticipar el número de muertos que recogerán las ambulancias después del partido».[20] Con el susto en el cuerpo, el Racing acudió al pequeño Steinway Oval del barrio de Astoria, en Queens, alentado por la idea de poner fin a una gira de pesadilla. Fue sin Valderrama, que para completar las desgracias había contraído una forunculosis que lo mantenía postrado en cama con fiebre. El plan consistía en jugar, cobrar y volver a España lo antes posible. Su rival para la última cita era el New York Prague, campeón del estado de Nueva York y de la Liga Metropolitana.

Solo unos cientos de aficionados pudieron contar después cómo el Racing ganó con brillantez aquel partido. Gaspar Rubio, primero, con un formidable disparo, y después Muñoz, en dos ocasiones, sentenciaron antes del descanso un duelo que concluyó 0-3 a favor de los rojinegros. No fue una victoria feliz: Rubio se lesionó de gravedad. La gira había concluido.

O eso pensaron mientras abandonaban Queens camino del hotel. Unos días después, cuando le reclamaron el dinero al promotor, este dijo que no podía pagarles. Los partidos de Nueva York habían sido una ruina. Y, por supuesto, no había con qué pagar a Gaspar Rubio. Fue la generosidad de este la que los había llevado a Estados Unidos. En México, según se supo, jugó sin cobrar ni una peseta, para no perjudicar la remuneración de sus compañeros, que o bien no cobraban, o bien lo hacían tarde y mal. Como Rubio era el único aliciente para que los contrataran en Estados Unidos, el empresario le hizo un contrato de 2.000 dólares para que fuera a Nueva York. Al resto solo les dio su palabra. Cuando después el promotor se planteó no llevarlos a Estados Unidos, Rubio lo amenazó con

hacer cumplir su contrato. El empresario se lo devolvió, y no quiso saber más. Solo los ruegos de sus compañeros convencieron a Rubio para que los acompañara a cambio de una remuneración de 500 dólares que nunca llegó a cobrar. Resultó que la estrella que le exigía al Madrid hasta la última peseta, el gran amante del dinero, jugó gratis para el Racing de Madrid. El promotor los dejó tirados el 23 de octubre. El Racing estaba perdido en Nueva York sin un centavo.

La realidad era que los partidos apenas habían dejado dinero para pagar los gastos de alojamiento. Rubio volvió a México con un billete pagado de su bolsillo. Alguno, como Morera, en vista de que no se le pagaba, le había pedido a su familia días atrás que le enviara algún dinero para pagarse el pasaje de vuelta. También Valderrama, enfermo y con fiebre, volvió por sus propios medios.

Los que quedaron estaban abandonados y en la ruina. La única opción era seguir a las órdenes de Paco Bru para contratar partidos que les permitieran reunir dinero suficiente para sufragar los billetes de vuelta. Pidieron permiso a la Asociación Estadounidense de Fútbol, que se lo concedió, pero en aquellas fechas los buenos equipos tenían ya pocas fechas libres para organizar nuevos partidos.

El Racing de Madrid llegó a Estados Unidos en el peor momento, crucial para entender la poca afición por el fútbol que existe en el país de las barras y estrellas. En 1931, el esplendor que había irradiado el fútbol yanqui durante la década que va de 1921 hasta ese año estaba llegando a su fin. A mediados de los años veinte, el fútbol estadounidense destacaba por su alto nivel de juego. Los buenos sueldos que permitía una economía próspera atrajeron a talentosos jugadores del exterior, sobre todo escoceses e ingleses, aunque también llegó a haber medio centenar de internacionales del resto de Europa. Se habló incluso de «la amenaza americana»

para definir el goteo de jugadores británicos de gran clase que cruzaban el Atlántico para enrolarse en los clubs yanquis.

Esto despertó el descontento de una Europa futbolística que acudió a la FIFA, maniobrando para conseguir que se expulsara de esta a los clubs estadounidenses si estos se negaban a pagar por los traspasos de futbolistas. En 1927 accedieron a hacerlo.

Al año siguiente, los clubs del nordeste se negaron a jugar la Copa[21] porque suponía una pesada carga económica para los equipos de la Costa Este, obligados a hacer largos desplazamientos en autobús o tren a lo largo del país para regresar después a sus estados de procedencia, sobre todo Nueva York, Pensilvania, Massachusetts y New Jersey. En respuesta, la Federación Estadounidense de Fútbol recurrió a la FIFA, que declaró ilegal la liga de aquel país.

Aquellas guerras afectaron al prestigio del fútbol. Los fans locales vieron cómo una asociación deportiva nacional se aliaba y obedecía a un organismo europeo para perjudicar a la liga americana, lo que enajenó el favor de los hinchas hacia un deporte que empezó a perder tirón popular. Poco a poco, el fútbol comenzó a verse como un deporte étnico de minorías. A ello se unió la desconfianza de las élites locales hacia todo lo europeo. La burguesía estadounidense optó por crear y difundir deportes como el béisbol, que no tardó en convertirse en un deporte de masas debido al carácter democrático de Estados Unidos. Las élites más anglófilas siguieron practicando otro deporte europeo, el rugby, que desembocaría en la variante autóctona del fútbol americano a principios del siglo XX. El otro fútbol fue descartado progresivamente como fenómeno masivo y, lo peor de todo, europeo. La Gran Depresión hizo el resto. Cuando el Crac del 29 obligó a cerrar las fábricas, los equipos se resintieron. El colapso definitivo del fútbol en Estados Unidos llegó en la primavera de 1933.

Así pues, la llegada del Racing coincidió con el final de los

años dorados del *soccer*. Volvían a estar en el peor escenario en el peor momento. Sobre el decadente paisaje del circuito de fútbol local, sin dinero, deambularon como una extravagante pandilla que venía de muy lejos y que solo le interesaba a la colonia residente de españoles, ni siquiera a muchos de ellos. Sin blanca, el día en que Morera abandonó la expedición, Paco Bru le pidió que le dejara ocho dólares para que pudieran comer al día siguiente.

A la derecha, Cristino Lorenzo, la fuerza burocrática del Racing

A la desesperada, concertaron un partido contra el New York German Hungarian, un equipo semiprofesional, el 24 de octubre. Se jugó en el Metropolitan Oval de Queens, un campito construido por inmigrantes alemanes y húngaros en 1925, con un modesto graderío casi de juguete. Empataron a uno, con goles del rojinegro Muñoz en la primera parte y otro de los germano-húngaros de penalti a diez minutos del final. Fue una función triste, noventa minutos en los que fueron

conscientes de que iba a costarles salir de ese agujero. Nadie fue a verlos, y con los pocos dólares de la taquilla apenas alcanzaba para pagar la pensión.

Al día siguiente se desplazaron hasta New Jersey para enfrentarse al equipo de la comunidad portuguesa del vecindario The Ironbound, en el campo de béisbol del equipo local. Ante la mirada curiosa de los pocos que fueron hasta allí, el Racing desplegó un buen juego. Marcaron Urretavizacaya, con un bonito chut por bajo, el Filipino Cosme y Rey, los tres en la primera parte. En la segunda, los portugueses anotaron de penalti el gol de la honrilla, obra de Tommy Duggan, un veterano de Liverpool que daba sus últimas patadas al balón por aquellas fechas. Jugaron a cambio de una miseria que no despejó las dudas sobre su negro horizonte. Tuvieron una oferta para prolongar la gira por Filadelfia y Chicago, pero se trató de un espejismo que no llegó a concretarse.

Mientras el Racing transitaba como un muerto viviente atrapado en Nueva York, rehén de la escena subalterna del fútbol local, al otro lado del océano Cristino Lorenzo, el secretario técnico del club, disfrazaba los hechos por mera ingenuidad. Se había separado del equipo en México, obligado por asuntos personales, el 19 de septiembre, y llegó a Madrid en la primera semana de octubre. Optimista por naturaleza, se ajustó sus gafas de carey con gruesas lentes y habló a la prensa de los magníficos logros deportivos del club, de las exhibiciones de gran juego en tierras mexicanas. Pese a que habían pasado dificultades en La Habana al suspenderse dos de los partidos que tenían contratados, anunció que el periplo por México y Estados Unidos dejaría un saldo favorable. También explicó que Gaspar Rubio aún era el jugador formidable que fue, pero que su talento podría estropearse por culpa del juego pobre y rudo y del ambiente mediocre que existía allí. Su deseo, dijo, era regresar al Madrid.

Cristino se ofreció como mediador para su vuelta, y expuso las condiciones que el jugador exigía para hacerlo: 2.000 pesetas mensuales y 50.000 al firmar la ficha. Algo inalcanzable. «Creo que si no hay arreglo con el Madrid, que es lo más probable, Rubio marchará a Estados Unidos, donde existen clubs emboscados que no acatan a la FIFA y que se dedican a vulnerar los reglamentos de jugadores. Allí van a parar todos los tránsfugas de Europa y Sudamérica».

A Cristino se le puso al día de inmediato sobre la situación de su querido club. «No sé —respondió contrariado—. Nuestra excursión a América era la aventura que intentábamos para buscar el dinero que sacara a flote el club. Pero a mi llegada a Madrid me encuentro con que el Racing no existe. Es decir, no sé todavía si existe o no y cuál es la realidad federativa. El Racing es un club de historial, de prestigios... y no puede morir de esta manera tan poco heroica. No me he hecho cargo todavía de lo que ocurre. Lo que sí digo es que si el Racing es ya aquí un cadáver, es un cadáver que en América va muy boyante y bien compuesto». El cadáver no tenía ni con qué pagar la pensión.

En la víspera del Día de Difuntos, los rojinegros fueron a New Jersey para enfrentarse al First German FC, un infraequipo de alemanes amantes de la gimnasia. Fue otro partido deprimente, jugado en un descampado con tapias, bajo un fuerte y continuado aguacero, que acabó en empate. El Racing remontó un gol en propia puerta, tras disparo de Szentmiklosky, gracias a un gol en la segunda parte de Rey. Sin velocidad, cansado, el Racing fue una caricatura de sí mismo. Jacinto Miquelarena no escatimó humor negro sobre aquella «gesta de la raza»:

> La expedición del Racing de Madrid es otra cosa; es la hazaña, es el heroísmo, es la epopeya de once náufragos que salen a jugar noventa

minutos de fútbol sin haber comido y sin saber cuándo comerán en forma reglamentaria. Y así un día y otro día, y así un partido y otro partido.

Ellos —transparentes casi por falta de vitaminas— retan a los húngaros, a los alemanes, a los portugueses de la gran Metrópoli. A húngaros, a alemanes, a portugueses bien nutridos.

El Racing de Madrid gana casi siempre o empata. Luego, a «silbar» por el Broadway. A pensar, al pie del Chrysler Building:

—¿Por qué no habrán hecho este rascacielos de jamón?[22]

También recomendó que representaran a España en sus partidos contra Inglaterra: si con el estómago vacío no habían perdido frente a húngaros, alemanes y portugueses, ¡de qué no serían capaces con una buena dieta alimenticia!

Lo cierto es que el Racing se incorporó al paisaje de penurias como un figurante más del drama colectivo. Trampeando, rascando unos centavos de aquí y de allá, los rojinegros contemplaron en primera persona las escenas de la crisis. Las colas para obtener un tazón de «sopa popular» o un café con dónut en los comedores de beneficencia, las largas filas de parados a las puertas de las oficinas de empleo. Nómadas de la depresión que atravesaban el país como polizones en el ferrocarril, sobre los vagones o saltando entre ellos para no ser descubiertos por el revisor. Vieron con sus propios ojos los desahucios, las marchas del hambre y los asaltos a las tiendas de comestibles. La fauna humana de *hobos*, trabajadores migrantes sin techo, y de parados sin ingresos regulares que dormían al raso en los bancos de los parques. Con su propia calamidad a las espaldas, los del Racing sintieron en sus carnes los estragos de la Gran Depresión.

Concertaron la revancha frente a los sionistas del Hakoah para el 3 de noviembre. Volvieron a Brooklyn, al Commercial Field, el lugar donde había arrancado su gira por Nueva York. Aunque hubo más público que en días precedentes, apenas se

llegó al millar y medio de espectadores, en su mayoría españoles recalcitrantes de la calle Catorce. A un lado, el saludable once blanquiazul, líder invicto de la liga. Al otro, los rojinegros, con sus rostros gastados, sin afeitar, ataviados con los colores de las capas de vampiro. Bastaba echarles un vistazo para saber cómo acabaría todo.

No fueron rival para aquel equipo judío bien entrenado y con la barriga llena. Hasta en tres ocasiones perforaron las redes de Martínez, con goles de Sternberg, Gruenfeld y Wortmann. Exhausto, con varios de los suyos lesionados, el Racing se las arregló para marcar un orgulloso gol inútil por medio de Muñoz. Solo sirvió para resucitar el estilo que se forjó a patadas en el campo de la Exposición, en los días felices. Los racinguistas no iban a dejarse vencer sin dar guerra, y pelearon cada balón a cara de perro. En la segunda parte el partido se tornó sucio, violento.

Pierna dura. Carga fuerte. El Racing restauró la infancia en una hectárea de Brooklyn, lejos de casa. Unos y otros discutieron por la brusquedad que estaban empleando y optaron por resolver sus diferencias a puñetazo limpio, como en los buenos viejos tiempos. El ambiente de cálida amistad que el Hakoah solía encontrar en Nueva York se esfumó cuando un grupo de españoles exaltados se lanzó al terreno de juego para tomar parte en la batalla. La policía tuvo que intervenir, cargando fuertemente para poner fin a la escaramuza. Tras veinte minutos de manejo de la porra, se llevó detenidos a los causantes de la revuelta. Solo entonces se pudo reanudar el partido, que concluyó con la victoria del Hakoah por 3-1. El Racing se apagaba como había vivido, envuelto en el escándalo. El dinero que sacaron les alcanzó para malvivir cinco días más.

En ese tiempo, los desesperados telegramas que enviaron a España pidiendo ayuda siguieron sin respuesta. Llamaron a las

puertas del consulado español, que prometió trabajar en su repatriación. Su estado era deplorable. En Madrid, mientras tanto, su expediente danzaba de un despacho a otro del Ministerio de Estado en el Gobierno provisional de la República, demasiado ocupada en consolidarse y repeler agresiones como para ocuparse del destino de unos aventureros.

El 8 de noviembre, en una olvidable tarde de domingo, se enfrentaron al Spanish-American League Stars, un combinado de la liga hispanoamericana. El once con que el Racing arrió su bandera, con la moral y las rodillas castigadas, lo integraron Martínez, Gómez, Irles, Mondragón, Bernabéu, Rey, Cosme, Muñoz, Lolín, Tena y Urretavizcaya. Su última función, ante un rival de baja estofa, tuvo lugar en un descampado de Brooklyn. Un débil sol se acurrucaba sobre los tejados. Al otro lado del East River, sobre el paisaje almenado de Manhattan, se perfilaban los rascacielos del Midtown como un horizonte fáustico, irreal.

A dos minutos del fin de la primera parte, el interior derecho rival allanó la portería de un fantasma. Uno a cero. En las páginas olvidadas de un periódico de emigrados se narra cómo en los minutos finales del partido los rojinegros, viejos huéspedes de la derrota, bellos y vencidos, sacaron fuerzas de la nada, con coraje inservible, para dirigir un furioso ataque contra la portería contraria. Dispararon una y otra vez, con rabia, en busca del último gol apache. Nunca llegó. Todos los balones que asediaron la meta del rival fueron a las manos del portero, quien, con increíble fortuna, paró lo indecible ese día.

Esa tarde, el telón cayó por última vez para el Racing de Madrid.

Nueva York
Lisboa
Madrid
OCÉANO ATLÁNTICO
ÁFRICA
MAR CARIBE
AMÉRICA DEL SUR

11
Restos de ultramar

La expedición del Racing de Madrid regresó por fin a España a bordo del buque Buenos Aires. La Federación Centro les envió a través del consulado español los 1.000 dólares que costaban los billetes de vuelta. Embarcaron el 12 de noviembre en Nueva York. Esta vez viajaron sin lujos. Durante la travesía, probaron las duras literas de hierro de aquella chatarra a vapor, un barco que sería reconvertido en prisión flotante al año siguiente y desguazado tras la Guerra Civil. Llegaron a Cádiz el 22 de noviembre, alegres y cantando el himno. Antes de desembarcar posaron para los reporteros gráficos, con pantalones de golfista y trajes americanos.

De Cádiz fueron a Sevilla y de ahí, en tren, a Madrid. La mala suerte los persiguió hasta el final: en Sevilla se confundieron de estación y tuvieron que pernoctar allí. Cuando aparecieron en la madrileña estación del Mediodía, con un día de retraso, la prensa se abalanzó sobre aquellos fantasmas venidos del Nuevo Mundo. Habían provocado una insurrección militar en Perú. En Cuba los sorprendió la revolución. Conocieron los calabozos de México después de que los molieran a palos. En Nueva York tocaron fondo, jugando en descampados tan vacíos como sus tripas. En todas partes usaron los puños. Tenían mucho que contar.

DIARIO ILUSTRADO DIA 24 DE NOVBRE. DE 1931. NUMERO SUELTO 10 CENTS.

ABC

DIARIO ILUSTRADO. AÑO VIGESIMOSEPTIMO N.° 9.000

SUSCRIPCION: UN MES, 3 PTAS. PROVINCIAS: TRES MESES, 9. AMERICA Y PORTUGAL: TRES MESES, 10 PTAS. EXTRANJERO: TRES MESES, 25 PESETAS. REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: SERRANO, 55. MADRID. APARTADO N.° 43.

Los futbolistas del Racing madrileño ya están en España.

HE AQUI A LOS REPATRIADOS EXCURSIONISTAS, EN CADIZ, CUANDO SE DISPONEN A ABANDONAR EL TRANSATLANTICO "BUENOS AIRES", A BORDO DEL CUAL HAN VENIDO DE NUEVA YORK.

Ya están en España los del Racing. Con ellos ha llegado—y en la fotografía aparece en el centro del grupo—el promotor de la expedición, Paco Brú. Ya están en España, repatriados, y el cable nos dejará ahora tranquilos. Las andanzas de los del Racing por tierras americanas han pasado a la historia. Los aficionados al fútbol pueden decir: "Corrimos un velo sobre lo ocurrido y dispongámonos a ver jugar de nuevo, animosos y decididos, a estos simpáticos muchachos que han sufrido las consecuencias de una peligrosa aventura". (Foto Iglesias.)

Portada del diario *ABC* del 24 de noviembre de 1931

Irles, con sombrero claro a la moda neoyorquina y chaqueta con solapas de muesca, habló. «El viaje ha sido regularcillo. Veníamos en un barquito que era un cascarón de nuez, que nos daba más balanceos de los que queríamos. Platko y Lolín se marearon bien». Mostró una foto de Rubio mientras lo socorrían en un estadio mexicano. «Piedras, botellas... Nos

tiraban cuanto podían. En una ocasión tuvimos que repeler una agresión con las mismas armas».

Dio más detalles del desastre. Tras quedarse sin un céntimo en La Habana, en medio de las bombas, fueron a México con un anticipo de 2.000 dólares. «Embarcamos y allí tampoco nos pagaron muy bien». Luego, a Nueva York. «Allí las pasamos tan mal como antes, hasta que llegó el dinero de España y, con él, nuestra salvación».

Morera, quien había regresado antes por sus medios, confirmó también que las habían pasado canutas. Salieron adelante trampeando. «No había dinero para nosotros». En México el empresario pagaba mal, y en Nueva York había poca afición por el fútbol. «Jugábamos en familia. Nos veíamos con dificultades para formar un once y, a la hora de cobrar, unas migajas». Si sobrevivieron fue gracias a la generosidad de Rubio, que renunció a su paga para no perjudicar la remuneración de sus compañeros. Otros, como Valderrama, que había vuelto por su cuenta, dieron lástima pero se cohibieron a la hora de entrar en detalles sobre el viaje.

El masajista Marcial de Miguel, que se había quedado en Perú cuidando a Félix Pérez, narró cómo José Góngora y Cristino Lorenzo lo habían obligado a permanecer al lado del jugador enfermo, pese a la oposición de Paco Bru, quien dijo que lo necesitaba junto a él. De su contrato de 175 pesetas al mes, más 300 en dietas, Marcial solo llegó a ver 583. Le debían 4.547 pesetas, y otras 339 a Pérez. Explicó que pidió auxilio por cable desde Lima a la Federación Nacional, pero que no obtuvo respuesta. También que Bru decidió prorrogar la excursión porque decía tener en su poder un permiso otorgado por la Federación Centro. De Miguel amenazó con contar cosas más graves. Venía dispuesto a hablar, si hacía falta, hasta con el ministro de Trabajo.

Todas las miradas se volvieron a Paco Bru, ideólogo e

instigador de aquella aventura catastrófica. Quizá por poner a salvo su dignidad y prestigio, el entrenador rojinegro dio una versión atenuada de los hechos. «En Yanquilandia hemos comido todos aceptablemente y hemos tenido nuestros entretenimientos. Tuvimos alguna estrechez económica, nunca un agobio esencial». Muy pocos lo creyeron. Alguien del semanario *Gracia y Justicia* escribió que en Nueva York daba asco verlos y que Bru desayunaba con trocitos de un abrigo de cuero que había comprado en Chihuahua.[23]

«Hemos perdido dinero por ignorar muchas veces adónde íbamos a parar». Paco Bru contó que el promotor que los había contratado en México ganó 175.000 pesetas, que habrían sido suyas de haber ido por su cuenta. Mientras, en los partidos que organizaron ellos la recaudación fue una birria por culpa de la lluvia. Hubo que permanecer en Estados Unidos con el fin de pagar los pasajes de regreso a España, aunque las recaudaciones solo les alcanzaron para comer, ni siquiera para pagar a los jugadores.

Solo les faltó dinero desde septiembre, explicó, por culpa siempre de empresarios que no cumplieron con sus compromisos. A partir de ese momento dejaron de abonarse los salarios y las primas. Según él, durante la gira se había entregado a los jugadores 60.000 pesetas, hoteles y viajes aparte. Solo se le debían 3.000 pesetas a cada jugador.

Sus palabras desataron la polémica. Las 12.000 pesetas que la Federación Centro había enviado para la repatriación, que equivalían a 1.000 dólares, habían salido de los clubs afiliados a ella, muchos de los cuales necesitaban una ayuda económica que se les negaba. Los clubs exigieron que aquel dinero se considerara un préstamo con obligación de ser devuelto. El generoso envío de dinero vino acompañado de la búsqueda de culpables. La Federación Nacional instó a la del Centro a que nombrara un juez para instruir las diligencias que esclarecieran

los hechos relacionados con la excursión. Se habló de imponerles una sanción deportiva, mientras cundía la hostilidad hacia el Racing por parte de otros clubs. La prensa también pidió responsabilidades, y clamó indignada contra la imprevisión que había dejado desamparados a los muchachos en América. Al parecer, el Racing había emprendido la gira sin permiso de la Federación. A finales de noviembre, algunos jugadores reclamaron ante la Federación Española que los indemnizara por los salarios perdidos.

Se incoaron expedientes. Se buscaron vías para recuperar el dinero. Se pidió a la Nacional que se hiciera cargo de los gastos. También se acordó no autorizar más salidas al extranjero de los equipos sin que estos depositaran antes el importe de la repatriación. Además, el Racing había ensuciado el prestigio del fútbol español con sus discretas actuaciones deportivas en tierras americanas. A los muchachos, náufragos de una expedición corsaria, se los vio como a una pandilla de cómicos de la legua que había partido en busca de El Dorado pero que acabó mendigando unos dólares para cenar cada noche. Según Miquelarena, bien podrían haberse ganado la vida como *freaks* en las barracas de feria de Coney Island, «olimpiada permanente de las atracciones con órgano y con collares de lámparas incandescentes».[24]

En realidad, el Racing ya estaba muerto. La Federación había expulsado al club rojinegro meses antes, por moroso. Debía sus cuotas y no parecía que fuera a pagarlas. Se pedía un castigo para un fantasma.

El Racing dejó de existir virtualmente en septiembre, asfixiado por las deudas. Las inaplazables ascendían a 50.000 pesetas. Con el reglamento en la mano, sus jugadores debían quedar en libertad, y rehacer el equipo habría costado otras 50.000 pesetas. A ello había que sumar el dinero de su rescate y la aplastante deuda de su fabuloso estadio, que le hizo

renunciar a sus derechos.[25] No encontraron a ningún mecenas que quisiera adelantar el dinero porque el formato de competición condenaba a la ruina a los clubs modestos. Ni siquiera alcanzaba para pagar los gastos de mantenimiento. Enfrentados a la liga y sin un duro, la asfixia económica los condujo al colapso.

En ese mismo verano, mientras el Racing hacía las Américas, otro club encarnó su espíritu. Por poco tiempo. Fue el Castilla Football Club, que ocupó su plaza en el campeonato regional tras fusionarse con el Unión Sporting Club. Podría decirse que surgió de sus restos: su primer presidente fue Martín Teja, que lo seguía siendo al mismo tiempo del moribundo Racing de Madrid. Quedó el último del campeonato en su primera participación. Pese al empuje de sus primeros días, desapareció en 1933. No tenía apenas socios, principal fuente de ingresos para los clubs en aquellos días.

Hubo proyectos de resucitar el cadáver del Racing de Madrid. Lo intentaron algunos socios distinguidos y simpatizantes a comienzos del año siguiente. En enero de 1932 se reunieron en una asamblea con objeto de reanimar al club. Se formó una Junta con nombres nuevos de entusiastas apoyados por viejos directivos. Estudiaron la fórmula de revivirlo. Aceptaban la deuda del club, pero a cambio pedían que no se les pusiesen muchos obstáculos reglamentarios: solicitaron que se les devolviera su plaza en el campeonato regional en atención a su historial. Se dijo que había un puñado de futbolistas dispuestos a sacrificarse jugando sin cobrar. Bru aspiraba a hacer debutar de nuevo bajo la bandera rojinegra al grueso de excursionistas por tierras americanas. El comité de salvación aprobó un nuevo reglamento. Futbolistas *amateurs* y profesionales se ofrecieron para formar parte de sus equipos incondicionalmente.

En mayo de 1932, su readmisión en la Federación quedó

sujeta a que alguien respondiese de las deudas contraídas por el club. Se nombró un «juez especial» para incoar un expediente. Transcurridos unos meses, nadie respondió. Ni el juez hizo público el resultado de sus actuaciones ni se volvió a tener noticia del posible reingreso del veterano club madrileño en la Federación. El Racing dejó de existir. Desapareció en silencio, sin rastro del estruendo que acompañó su andadura.

Quedaron la amistad y la añoranza. Quince años después, algunos de sus elementos supervivientes, viejos partidarios, antiguas leyendas, directivos y socios destacados, se reunieron en un frío día de otoño. Para tirar juntos, dijeron, «con un fuerte abrazo, el último córner hacia la puerta de la posteridad para que lo remate el destino que a cada uno le depare la suerte». En sus palabras latía una nostalgia desencantada.

12
La puerta de la posteridad

Abril de 1939. Los hombres se hacinan sobre el suelo del campo de prisioneros, sin sitio apenas para tumbarse. Están cubiertos de suciedad, empapados por el temporal de lluvia que cae sobre Madrid. Comen poco, raciones tan escasas que el intestino deja de trabajar y se les forman bolas de heces duras y secas que son incapaces de expulsar. Muchos se meten un dedo en el ano para deshacerlas con la uña. Otros recurren a las varillas con las que se abren las latas de sardinas para hurgarse el recto y cagar unas deposiciones que dejan las letrinas cubiertas de sangre. Los piojos se los comen vivos. Los tienen hasta en las cejas, o en las heridas que se hacen al rascarse. Sus dedos están ennegrecidos de aplastarlos. Abundan los casos de sarna. También de tuberculosis y neumonía, por culpa de la humedad y el frío.

Al término de la Guerra Civil, el estadio de Vallecas se transformó en un campo de concentración. El 1 de abril, el mismo día en que las tropas sublevadas entraron en Madrid, las autoridades franquistas emitieron un bando que ordenaba al personal del Ejército Rojo que se presentara en el antiguo estadio del Racing. Invadido por un olor nauseabundo, lleno de inmundicia, a los tres días ya albergaba a 9.500 prisioneros. A los que llegaron heridos no se los curó. Muchos murieron a la intemperie, bajo la lluvia que anegó Madrid ese mes de abril, y que la propaganda vendió como un signo de la voluntad divina de sembrar España, tras una larga sequía, con las «espigas doradas de la victoria». El lugar sobre el que Racing de Madrid

quiso forjar un sueño se convirtió así en un campo de muerte y desolación.

Se cerró al cabo de un mes por la imposibilidad de alimentar a los prisioneros y de atajar las enfermedades. Recuperaría su función original durante el tiempo que el Atlético Aviación[26] jugó allí sus partidos como local, mientras se reconstruía el Stadium Metropolitano, destrozado durante la guerra por su proximidad al frente de la Ciudad Universitaria. Los triunfos que nunca llegaron cuando el Racing fue su inquilino, lo hicieron cuando el Atlético fue el titular del estadio de Vallecas. Allí ganó sus dos primeras ligas. Lo ocupó hasta 1943. El campo se destinó entonces a la Obra Sindical de Educación y Descanso, dedicada a promover actividades culturales, deportivas y de ocio para los trabajadores. En el lugar exacto donde estuvo el estadio del Racing de Madrid se alza hoy el campo del Rayo Vallecano, inaugurado en 1976.

El tiempo de la Victoria también trajo consigo alguna derrota para sus apologistas. El 10 de agosto de 1962 Jacinto Miquelarena se suicidó en París, arrojándose a las vías del metro al paso del tren en la estación de Michel-Ange Molitor. Estaba desplazado como corresponsal del *ABC*. En su bolsillo se encontró una carta de Luis Calvo, director del periódico, en la que le comunicaba su despido. Algunos lo interpretaron como un asesinato a distancia. A Miquelarena, que vivía sin holgura de sus crónicas, se le había diagnosticado un cáncer y estaba a la espera de una operación.

El patriota devoró al cosmopolita durante los años violentos de la guerra. El jovencito viajado que idealizaba el *stadium* cedió al propagandista. El humor elegante del *sportman*, la elegancia irónica del hombre viajado, dieron paso a un periodismo de trinchera, y las proclamas incendiarias ocuparon el lugar del humor suave. Su voz literaria se plegó a las consignas del franquismo, primero como director de Radio

Nacional de España en Salamanca, durante la guerra, y luego como corresponsal de *ABC* en el Berlín hitleriano. Después, sería enviado a Buenos Aires como representante de la Agencia EFE, y más tarde a Londres, como corresponsal nuevamente de *ABC*. Hasta allí le siguió Felicitas Flores, una argentina culta y refinada. Una situación embarazosa, teniendo en cuenta que en Madrid permanecía su mujer legítima. De Londres se lo destinó a París, también como corresponsal, con sus libros, sus muebles y una amante que le traducía la prensa y le mantenía al día de lo que pasaba en la calle. Regresar era impensable. No solo por el escándalo de su amante argentina, sino porque la perspectiva de un Madrid donde su ingenio pasara desapercibido hería la vanidad de Miquelarena. Su mundo, sencillamente, había desaparecido.

Los suicidas estaban prohibidos en España. Su muerte se encubrió como un desvanecimiento que ocurrió en el momento en que pasaba el convoy. Pese a que la necrológica del *ABC* ensalzó la forma en que sus artículos aunaban la información con la ternura y la paradoja, ya hacía tiempo que el diario acosaba a Miquelarena. Por lo visto, su pecado era anteponer lo literario a lo informativo. Su estilo se había hecho viejo, y él, demasiado mayor para reinventarse.

Cristino Lorenzo, la fuerza burocrática del Racing, abandonó España al final de la guerra a bordo del vapor francés Flandre, uno de los barcos del exilio republicano español. Su destino fue México. Nunca regresaría. Tras la desaparición del club rojinegro, Cristino siguió ligado al fútbol desempeñando un modesto cargo en la Federación castellana antes de ponerse al frente, con cierto éxito, de la secretaría técnica de la Unión Deportiva Salamanca en 1935. Al estallar la Guerra Civil fue uno de los organizadores del Batallón Deportivo de Madrid, la milicia popular integrada por deportistas voluntarios. La formaban futbolistas, boxeadores, ciclistas e incluso árbitros

dispuestos a defender la República. Tras la derrota de esta, la militancia socialista de Cristino lo obligó a seguir el camino de la diáspora republicana.

Llegó a México en junio de 1939. Allí se convirtió en locutor de radio. Con su potente voz y sus gafas de culo de vaso, era una de las figuras reconocibles del exilio español. Siempre con trajes a la moda y una flor en el ojal, paseaba su estampa castiza por el histórico Café Tupinamba, desde donde se retransmitía su programa dominical de radio. Hasta su mesa se desplazaban los mejores futbolistas para comentar la jornada deportiva después de los partidos. El Gordo Lorenzo fue un pionero de la narración deportiva en México junto con Agustín González *Escopeta*, otro mito de las ondas, que antes había sido futbolista, boxeador, pulquero, artista, revolucionario y torero. Ambos formaron una de las parejas de locutores más carismáticas de todos los tiempos.

Una enfermedad crónica de la vista fue dejando ciego a Cristino, que se negaba a admitir su ceguera. Así que siguió narrando partidos que nunca vio, gracias a lo que escuchaba en la cabina a sus compañeros y discípulos. Había algo entrañable en sus retransmisiones a ciegas. Nadie negaba la entrada a aquel invidente a reuniones donde se le impedía a otros periodistas. De esta manera solía enterarse de los noticiones que soltaba luego en sus programas. «Estar ciego no significa estar sordo», decía. Con la llegada de la televisión empezó a aparecer en la sección deportiva del noticiario. Incapaz de ver la señal del regidor, había que darle tirones en el pantalón para que supiera cuándo se entraba o salía de un corte. Murió en México a los setenta y un años.

Paco Bru acusó el golpe de la excursión fallida. A su vuelta se encontró con la incomprensión y la indiferencia de los aficionados. Nadie se preocupó por la suerte de los rojinegros, ni valoró los méritos deportivos, más que dignos, de aquella

gira disparatada. Desencantado por el fracaso, y por no haber podido devolver la vida al Racing de Madrid, se tomó un año sabático antes de regresar a Barcelona. Allí, sumido en la amargura, volvió a su antiguo trabajo en el Ayuntamiento tras unos años de excedencia. Había decidido abandonar el fútbol para siempre.

Fue por poco tiempo. En enero de 1934 fichó como entrenador del Madrid. Ese mismo año conquistó el Campeonato de España, que los blancos no ganaban desde 1917. El club los premió por su victoria con una gira, en verano, por una Alemania donde Hitler acababa de ser nombrado Führer. La excursión fue un éxito, salvo por la vez que fueron abofeteados al pasar junto a un desfile y no levantar el brazo para hacer el saludo fascista. Después de aquel incidente, lo levantaban como un resorte siempre que oían música militar, aunque fuera por la radio y en el hotel.

Bru ganó también la Copa de 1936 ante el Barcelona, en vísperas de la Guerra Civil. A su conclusión, seguiría entrenando al Real Madrid durante dos años más. Luego ocupó varios banquillos, siempre de equipos en apuros, como Granada, Málaga, Español, Zaragoza, Córdoba y Plus Ultra, que recurrieron a él en momentos de dificultad. Era un adicto al fútbol, un *amateur* de espíritu con grandes dotes de embaucador. Aunque hoy permanece en el olvido, Bru lo fue todo. Periodista, conferenciante y forzudo de circo. El hombre que diseñó el fútbol-furia de la Selección y que vistió la camiseta del Barça y la chaquetilla de terciopelo de árbitro. Murió a los sesenta y cinco años en Marbella, donde recordaba a menudo, con nostalgia, los tiempos en que lucía la camisa verde-billar del Internacional.

Gaspar Rubio regresó por fin a España en 1932. El equipista inquietante volvió para jugar con los merengues tras reconciliarse con el Madrid. Se casó con Camila y pareció dejar

atrás su aura de chico malo. Pero el espejismo duró poco y las polémicas en torno a él se reanudaron. Sus compañeros, que no le perdonaban su huida, lo trataron con desconfianza. Se le acusó de pereza. Visto como una vedette de raro temperamento, dejó de ser titular y empezó a quejarse otra vez de las lesiones. El idilio se había roto definitivamente.

Fue el Atlético el que apostó por las extravagancias del genio rebelde y conflictivo. Se lo compró al año siguiente al Madrid a cambio de 30.000 pesetas y la estrafalaria suma de un cuarto de millón de sueldo por cinco años. Solo aguantó una temporada como colchonero, tras la que Rubio se marchó al Valencia, donde lo sorprendió la Guerra Civil. Al finalizar la contienda, regresó sin pena ni gloria al Real Madrid, pero su talento había entrado en declive. Salió de inmediato, primero al Granada y luego al Murcia, antes de colgar las botas en 1944. Luego emprendió una carrera de entrenador que lo llevaría a ocupar un surtido de banquillos, desde la Balompédica Linense hasta el Hércules.

Volvió a México, esta vez para siempre. Allí se puso al frente del Atlante. El mismo equipo cuya afición casi lo mata a palos y le vacía un ojo en aquel violento partido donde se alineó con el Racing. Las órbitas de Rubio y del Atlante se cruzaron en las horas más bajas de ambos, pero aquel hombre de fútbol, el genio frío que se adelantó a su época, aún insufló sus peculiares ideas del juego al Equipo del Pueblo. El mago Gaspar murió a los setenta y cinco años en México, de una pulmonía. Sus restos descansan en el cementerio Parque Memorial de Naucalpan.

Quien también hizo el camino americano de vuelta fue Platko. Al término de aquella desdichada aventura, el oso húngaro se marchó a la portería del Basilea a apurar sus últimos días de fútbol. En Suiza colgó los guantes y empezó a recorrer medio mundo como entrenador. Su gran estatura, rematada por unas cejas enfáticas, ocupó los banquillos del

Barça, la selección estadounidense y el Arsenal, donde se empapó de la modernidad del juego que el vanguardista Chapman imprimió a los artilleros de Londres. Con ese bagaje llegó al Colo-Colo chileno, a finales de los años treinta, para revolucionar la historia del llamado Club Cacique. A sus órdenes, Colo-Colo adoptó los esquemas tácticos del fútbol europeo, incluido el llamado *half* policía, un mediocampista de presa consagrado al marcaje del delantero centro rival. Platko transformó así los cimientos de un equipo que bajo su dirección obtendría tres campeonatos en tres etapas distintas. No era un hombre dulce ni simpático, pero se ganó el afecto de los hinchas a base de títulos y de imponer prácticas profesionales inéditas. Prohibió a los jugadores usar gorritos y boinas, los obligó a subirse las medias y fijarlas con una pretina que no les presionara muy fuerte, supervisaba sus cortes de pelo. Impuso las concentraciones antes de los partidos e instauró el baño turco. Trotamundos incansable y mito viviente, pasaría luego por los banquillos de River, Boca Juniors y Barça, de nuevo, antes de terminar en el modesto San Luis de Quillota chileno.

Sus últimos años de vida transcurrieron en la pobreza y el olvido. Los gastos para pagar el tratamiento del cáncer que padecía consumieron su economía, al tiempo que su salud se debilitaba sin remedio. Postrado en una silla de ruedas, se quejaba del frío que pasaba junto a su mujer durante el duro invierno austral de Chile, incapaces de pagar unas facturas de gas y electricidad que habían subido un 70 por ciento durante la dictadura de Augusto Pinochet. Se arrastraban por casa cubiertos con varias mantas. Suplicó por carta al Barça que lo socorriera, adjuntando la receta del medicamento que necesitaba desesperadamente para el cáncer. El club azulgrana le envió 350 dólares, insuficientes para cubrir sus gastos médicos y encender la estufa de gas. Pidió más ayuda, e incluso se ofreció a donar sus dos medallas de campeón de España, y

sugirió una colecta entre los socios para atender al héroe de la final de Santander. Pero ya era tarde. Murió en 1983, a los ochenta y cuatro años. Su cadáver se perdió en un nicho sin nombre en el Cementerio General de Santiago de Chile, donde permaneció tres décadas. Tras ese tiempo, un grupo de aficionados de Colo-Colo emprendió la búsqueda de su tumba para poder honrar el legado del hombre que revolucionó el club en los años cuarenta. Hoy sus restos reposan en el Mausoleo de Viejos Cracks de Colo-Colo.

A su regreso a Madrid, Félix Pérez ingresó en el Sanatorio de Guadarrama, donde se trataba a los enfermos de tuberculosis. Allí permaneció, por voluntad propia, hasta septiembre del año siguiente. Una mera comprobación depara una curiosidad: en esas mismas fechas estuvo allí ingresado, a la edad de quince años, el escritor Camilo José Cela. Fue la primera de sus dos estancias en establecimientos de este tipo, experiencias que le servirían para escribir *Pabellón de reposo*, su segunda novela, que narra la vida de un puñado de enfermos terminales que languidecen en un sanatorio antituberculoso. En sus páginas puede atisbarse la atmósfera en la que se desenvolvió el desafortunado jugador racinguista.

En esa montaña mágica, con sala de fiestas y cinematógrafo, Félix ganó siete kilos de peso. Salió con buen aspecto, curado por completo. Declinó remover en la prensa el escándalo de su enfermedad, por petición de su madre. En cambio, le envió a la Federación una partida detallada de los gastos ocasionados por su enfermedad, que contradecía las facturas presentadas por el Racing. Se llegó a especular con que ya había salido enfermo de Madrid. No halló mucho interés en que se esclarecieran los hechos y su demanda cayó en el olvido.

Decepcionado, cumplió su amenaza de abandonar el fútbol. Deploraba el ambiente de un deporte que se había alejado del romanticismo de sus inicios. La experiencia de aquel viaje lo

amargó. Volvió a su puesto de jefe de Correos y regentó la taberna de su madre frente al parque del Retiro, la misma en la que había nacido en 1901. Allí se celebraban las tertulias madridistas en las que Félix desmentía que nunca hubiese cometido falta. Le llegaron a pitar una, confesaba... pero por culpa de un error del árbitro.

Félix vivió con su madre en la parte trasera de aquella taberna, famosa por sus torrijas y por su cocido madrileño de los martes. Allí, el antiguo jugador del Madrid evocaba los días en que su cuerpo ligero sorteaba los leñazos con que intentaban frenarlo los defensas rivales. Recibió patadas en pecho, rodillas y tobillos, y hasta sufrió una rotura de brazo. «Tengo mala suerte», solía decir. La Taberna Félix Pérez, en la calle de Alcalá, permaneció abierta hasta la muerte de su propietario en septiembre de 1983.

Manuel Valderrama, el fino delantero internacional, jugó por poco tiempo en el Atlético, que a comienzos de los años treinta habitaba el limbo de la Segunda División. Llevado por su espíritu aventurero, el delantero volvió por su cuenta a América y se instaló durante un año en California. Allí jugó en el equipo que patrocinaba y mantenía con su dinero el actor Victor McLaglen, uno de los secundarios preferidos por John Ford, famoso por aparecer junto a John Wayne en varias películas. Eso le permitió a Valderrama frecuentar el mundillo de Hollywood, donde hizo amistad con Stan Laurel y Oliver Hardy, el dúo cómico que encarnó al Gordo y el Flaco. También conoció a los españoles que fueron a la meca del cine a trabajar en la versión hispana de las películas sonoras: Edgar Neville, Enrique Jardiel Poncela, o las actrices Conchita Montenegro y Dolores del Río. Solían encontrarse en la casa de Charles Chaplin en Beverly Hills, a la que Scott Fitzgerald bautizó como *the Spanish House* por ser el lugar de reunión habitual de la colonia española en Hollywood.

De vuelta en España, se volvió a calzar las botas para jugar en la Ferroviaria de Madrid, y otros cuatro partidos en el Granada, los únicos que pudo pagarle el club andaluz. Se fue a Cuba a entrenar y, al finalizar la guerra, regresó al Granada como entrenador, llevándose consigo a la Quinta del Trompi, cinco estupendos jugadores de Madrid que dejaron una huella perdurable en la memoria de los aficionados. Allí tuvo a sus órdenes a Gaspar Rubio, ya en el ocaso de su carrera. Luego, Valderrama retornó a Madrid para ocuparse de su negocio de vacas.

Regentó una lechería y un pequeño salón de billar en el paseo de las Delicias, y sus conocimientos de fútbol le permitían ganar dinero con frecuencia en las quinielas. De sus viajes, retuvo en la memoria un paisaje que solía dibujar, siempre el mismo, con una playa, una palmera y una gaviota. Alto, elegante y encantador, las mujeres giraban a veces la cabeza para observar a aquel distinguido caballero. Sus aires de galán de cine, su conocimiento del idioma inglés y cierto dandismo primitivo lo hacían sobresalir en la grisura de la posguerra. Enterró a un hijo, también futbolista, que jugó en el Recreativo y en el Sabadell. Valderrama vivió afectado por aquella tragedia hasta que su vida se apagó en los años ochenta.

Después de abandonar el fútbol, Cosme Vázquez fue durante muchos años directivo del Atlético de Madrid. De hecho, cuando a finales de los años veinte pasó del Atleti al Real Madrid, mantuvo su carné de socio atlético. El medio centro Gómez y el defensa Arturo fueron al Castilla F. C., aquel experimento fallido que había intentado reemplazar al Racing. También probó suerte allí el guardameta Alfonso Martínez, el ídolo infantil de Gila, hasta que los años de la guerra pusieron fin a su carrera. Después tuvo una breve etapa como entrenador en el Trujillo. Ramón Irles, que se había embarcado

con solo veinte años en aquella expedición demencial, siguió jugando al fútbol en el Elche y el Hércules. José Muñoz *Morenito*, el interior al que descubrió el Divino Zamora, y que militó en el Español y en el Madrid antes de la excursión, seguiría jugando en equipos como Córdoba, Levante o Granada. Después de colgar las botas en Tánger, entrenó a la modesta Electro Mecánica de su Córdoba natal. Urretavizcaya volvió al Madrid durante un año, antes de pasar al Alavés. El exespañolista Tena I acabó en el Sabadell, primero como jugador y luego como entrenador. Morera aún tuvo grandes tardes en el Tenerife, y Lolín se fue al Valladolid y, más tarde, al Salamanca de la mano de Cristino. Mondragón, por su parte, recaló en el Murcia en 1932. Del resto se pierde el rastro en los días confusos que precedieron a la guerra. Las bombas y las trincheras pusieron el forzado punto final a las carreras de la mayoría.

Los equipos mueren, pero sus hinchas los sobreviven. Y los del Racing abrazaron en su mayoría la causa colchonera. Era inevitable que así fuera. Racing y Atleti tenían en común su rebeldía y la travesura con que miraban la vida. Y su antimadridismo. También el destino cabrón que corrieron muchas veces, el tobogán inaudito que te lleva en un parpadeo de la gloria al barro. Treinta años después, en algunos papeles de la Peña Atlética Chamberí aún figuraban los escudos de ambos, el del desaparecido Racing de Madrid y el del Atlético. Los documentos constataban que aquella peña lo era también de los rojinegros. Se podría decir que algo de estos pervivió en las rayas de los colchoneros.

Nadie recuerda a aquel equipo que nació en un tren y murió en un barco. Golfos y cimarrones, dieron vida a la aventura más romántica y salvaje de la historia del fútbol español. En su idealismo, llegaron a discutirles la supremacía del balón a madridistas y atléticos. Carácter es destino. Mientras aquellos

se distraían en los cafés elegantes del Lion y del Dorée, los racinguistas se apiñaban alrededor de las mesas del Palacio del Billar, en la calle de los Madrazo, donde tras un ancho y oscuro portal tenían lugar sus reuniones y partidas, ahumadas y ruidosas.

Hay algo intrínsecamente vulgar en el triunfo, y cierta belleza en algunas derrotas. El polvo ha cubierto los trofeos, y los héroes solo brillaron de manera fugaz en los años de entreguerras. Nada evoca hoy el imponente estadio que se erigió en la hectárea que comprenden las calles de Martínez Campos, Modesto Lafuente, Fernández de Hoz y García de Paredes, donde el urbanismo ha decantado el apacible aire burgués del barrio, alzado sobre un cementerio indio.

Estas calles fueron una vez un aluvión de aficionados, que acudían a pie o depositados por los «dieciochos», los ruidosos tranvías que subían camino de la Gran Vía madrileña, entre robinias y acacias japonesas que les daban un aire sombrío y romántico. Aquí, una multitud bulliciosa acudía cada domingo para ver pasarse el balón, de un lado a otro, a los escandalosos muchachos de las rayas rojas y negras.

Todo eso desapareció. No está y no volverá jamás. Pero las tardes de domingo, en invierno, cuando se aquieta el tráfico, y el silencio se apodera de esas calles, si uno presta atención, quizá alcance a oír el eco amortiguado de unos gritos que celebran un gol del Racing de Madrid.

Partidos

PERÚ

Lima, 12 de julio de 1931
Club Atlético Chalaco 3 Racing de Madrid 2

Lima, 19 de julio de 1931
Alianza Lima 1
Racing de Madrid 0

Lima, 28 de julio de 1931
Alianza Frigorífico Nacional 1
Racing de Madrid 2

CUBA

La Habana, 9 de agosto de 1931
Juventud Asturiana 1
Racing de Madrid 1
Real Iberia 3
Racing de Madrid 0

La Habana, 30 de agosto de 1931
Real Iberia 2
Racing de Madrid 3

MÉXICO

Ciudad de México, 7 de septiembre de 1931
América 4
Racing de Madrid 5

Ciudad de México, 9 de septiembre de 1931
Asturias 2
Racing de Madrid 2

Ciudad de México, 14 de septiembre de 1931
Atlante 2
Racing de Madrid 4

Ciudad de México, 17 de septiembre de 1931
América 1
Racing de Madrid 1

Ciudad de México, 21 de septiembre de 1931
Necaxa 1
Racing de Madrid 3

Ciudad de México, 27 de septiembre de 1931
Real Club España 2
Racing de Madrid 2

Ciudad de México, 4 de octubre de 1931
Atlante 3
Racing de Madrid 0

ESTADOS UNIDOS

Nueva York, 11 de octubre de 1931

New York XI 3
Racing de Madrid 1

Nueva York, 13 de octubre de 1931
Giants 6
Racing de Madrid 2

Nueva York, 15 de octubre de 1931
Hakoah All Stars 1
Racing de Madrid 2

Nueva York, 18 de octubre de 1931
New York Prague 0
Racing de Madrid 3

Nueva York, 24 de octubre de 1931
New York German Hungarian 1
Racing de Madrid 1

New Jersey, 25 de octubre de 1931
Newark Portuguese 1
Racing de Madrid 3

New Jersey, 1 de noviembre de 1931
1st German FC 1
Racing de Madrid 1

Nueva York, 3 de noviembre de 1931
Hakoah All Stars 3
Racing de Madrid 1

Nueva York, 8 de noviembre de 1931

Spanish American League Stars 1
Racing de Madrid 0

La extraordinaria historia de cómo el Racing Club de Madrid sobrevivió a una estrepitosa gira por América antes de su disolución.

Hace un siglo, un modesto equipo irrumpió en el panorama del fútbol español para disputar la hegemonía a los clubs establecidos. Era el Racing de Madrid, que pronto llegó a ser el mejor equipo de la ciudad.

La expansión urbana lo obligó a abandonar su popular estadio de Chamberí. Para recuperar su prestigio, atenuado a lo largo de los años 20, se embarcó en dos ambiciosos proyectos: la construcción de un fastuoso campo en Vallecas y una estrafalaria gira por América en 1931 para sufragarlo. Todo ello precipitó su ruina.

Su llegada a Perú desató una sublevación militar. En Cuba los

sorprendió una violenta rebelión. En México pisaron los calabozos y ficharon a un crack mundial. En los tugurios clandestinos del jazz de Estados Unidos se las vieron con gánsteres. En todas partes provocaron disturbios. En todas partes pelearon a puñetazo limpio.

El último gol apache es el relato de esa epopeya: una narración tan delirante como verídica en la que José Manuel Ruiz Blas aúna la mejor crónica y la mejor literatura de deportes.

José Manuel Ruiz Blas nació en Madrid en 1975. Trabaja como periodista y escribe sobre cultura, gastronomía y deportes. Ha colaborado en diversidad de medios, como *GQ, Vanity Fair, Tapas, Forbes o El Confidencial*, entre otros, así como en *El Estado Mental*, tanto en la revista impresa como en su plataforma de radio, donde condujo los espacios *Cuerdos Desatados* y *Enfermos en el Paraíso*. *El último g*ol apache es su primer libro.

Primera edición: enero de 2023

© 2023, José Manuel Ruiz Blas
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
La editorial no ha podido contactar con el propietario de la fotografía del capítulo 10, pero reconoce su titularidad de los derechos de reproducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: procedente de los fondos de la Biblioteca Nacional de España

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-1896-787-0

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: debatelibros
Twitter: @debatelibros
Instagram: @debatelibros

YouTube: penguinlibros
Spotify: PenguinLibros

[1] Se refiere, claro, al Atlético de Madrid, que en sus orígenes adoptó el nombre de Athletic Club, como el de Bilbao, del que era sucursal. No fue hasta 1940 cuando, en virtud de la prohibición franquista del uso de vocablos extranjeros en la denominación de clubs y sociedades, el ya independiente Athletic madrileño (por aquel entonces, Athletic Aviación Club) pasó a llamarse Atlético. En adelante, salvo que se indique expresamente, cada vez que nos refiramos al Athletic o al Atlético, hablaremos del de Madrid.

[2] *La Filoxera. Parásito político semanal*, 5 de diciembre de 1880. Campeones de la Región Centro en 1915

[3] *Heraldo de Madrid*, 22 de marzo de 1915.

[4] Patricio (llamado Perico) Escobal, llegado al Racing el año anterior, había sido durante esa década el capitán del Madrid. Era un ingeniero riojano y un gigantón de metro noventa que llegó a ser internacional con España. Moriría solo en Nueva York, donde escribió *Las sacas*, un escalofriante testimonio autobiográfico donde relata su cautiverio, al término de la Guerra Civil, como presunto masón y responsable de la quema de conventos, acusaciones falsas ambas. En el libro describe los fusilamientos, el hacinamiento y los suicidios de los que fue testigo en la cárcel, en la que contrajo una enfermedad infecciosa de la columna, una tuberculosis vertebral (mal de Pott) que le dejó un hueco de por vida en la espalda. Hombre de cultura inmensa y de profundas convicciones izquierdistas, tras su detención durante la sublevación franquista consiguió escapar con su mujer a bordo del Magallanes, que partió de Portugalete. En prisión, y durante una visita de Millán Astray, Escobal dijo delante del fundador de la Legión: «¡Me cago en Franco y en usted!». Aquel futbolista guapo, a quien apodaban el Fakir, fue el instigador del primer sindicato de futbolistas. De sus años de fútbol, mucho más tarde, durante su exilio en Estados Unidos, recordaría los bailes, las juergas y las aventuras amorosas en los locos años veinte, como aquella ocasión en que llegó a abofetear a una mujer casada con la que mantenía un romance cuando esta le confesó que solo estaba por él «por probar a qué sabe un futbolista». En Nueva York tuvo una tienda de electrodomésticos y más tarde fue el responsable de la renovación del alumbrado de Queens, tarea por la que lo felicitó el propio Ayuntamiento. Se dice que el mismísimo Picasso, atraído por su figura, quiso ilustrar con sus dibujos la primera edición de *Las sacas*,

aunque el proyecto no salió adelante. Aquel expeditivo central merengue de los años veinte, de gran fuerza física y muy intimidante, violento pero noble, sirve como ejemplo de la desigual simpatía con que se miraba a racinguistas y merengues: cuando jugó con estos, sus acometidas fueron vistas como valientes e impetuosas, mientras que, al vestir la camiseta rojinegra, como aquel día de Reyes, se las juzgaba como intolerablemente sucias.

[5] *La Nación*, 7 de enero de 1929. Vista panorámica del nuevo estadio de Vallecas

[6] *Gracia y Justicia*, 10 de octubre de 1931. Paco Bru contemplando las obras del nuevo estadio

[7] En la España autárquica, habría que esperar a los años cuarenta para que la Federación instara a todos los clubs a utilizar la WM. Fue tras la visita del San Lorenzo de Almagro, en una gira en la que saldó casi todos sus partidos con goleadas. El primero en adoptar el sistema fue Benito Díaz en la Real Sociedad, apodado por Atotxa como la Rata Mecánica. En el Mundial de Brasil en 1950, el del gol de Zarra a Inglaterra, España obtuvo una meritoria cuarta plaza con su WM y el éxito legitimó la nueva variante.

[8] *ABC*, 17 de septiembre de 1931.

[9] Miquelarena tuvo la fortuna de ver incorporado su apellido al lenguaje popular gracias a la expresión «¡Qué país, Miquelarena!», que sintetizaba una suerte de perplejidad, entre hilarante y pesimista, ante la realidad social española. De entre las muchas versiones sobre el origen de dicha frase, la más difundida remite a la anécdota que protagonizaron el propio Jacinto Miquelarena y su amigo el periodista Pedro Mourlane Michelena. Mourlane había acudido a la estación a despedir a su colega. Mientras conversaba con él, un coronel asomó por una ventanilla del tren, y le ordenó a un soldado que hacía guardia junto al vagón que corriera a la cantina para llevarle una guindilla picante. Cuando el soldado salió al trote a cumplir con el recado, su superior alcanzó a gritarle: «Pero que pique mucho, porque si no, te la voy a meter por el culo». Al escuchar esto, Mourlane pronunció las famosas palabras. La expresión tuvo tanto éxito que el propio Miquelarena le diría con resignación a Sánchez Mazas: «Ya ves, querido Rafael, al final voy a deberle la posteridad a Mourlane».

[10] Antigua sala de boxeo madrileña, situada junto a Antón Martín, que programaba veladas populares cada sábado. Inaugurada en abril de

1931, era pequeña pero de excelente visibilidad debido a la ausencia de columnas. Concebida para la disputa de combates veraniegos, pretendía emular los míticos *rings* de la periferia parisina.

[11] *ABC*, 19 de septiembre de 1931.

[12] Término mexicano peyorativo para referirse a los nacidos en España.

[13] *ABC*, 29 de septiembre de 1931. El Racing de Madrid antes del comienzo de uno de sus partidos en México. Las flores se convertirían en palos y pedradas

[14] *ABC*, 6 de octubre de 1931.

[15] En aquellos tiempos, abundaban en las oficinas de policía los comisarios sin escrúpulos que hacían *negocitos*, imponiendo multas de hasta diez pesos a los detenidos de las que no informaban a la Tesorería Municipal, y que iba a parar a los bolsillos de los comisarios. En las calles sucedía otro tanto: los agentes inventaban infracciones para extorsionar a comerciantes y vecinos, a los que se dejaba en paz tras el pago de alguna mordida. Tampoco el escandaloso Racing de Madrid iba a escapar a aquellas tretas. Habían enfadado a mucha gente y empezaban a ser huéspedes odiosos.

[16] Cuando el rugby y el fútbol separaron sus caminos en la mítica taberna londinense Freemason's Tavern, hace más de ciento cincuenta años, los partidarios del uso de las manos en el fútbol dieron en llamar a su deporte *rugger* (de Rugby Football), mientras que los defensores del uso de los pies bautizaron al nuevo deporte, escindido del fútbol primitivo, como *soccer* (de Association Football). La inmigración británica llevó no solo el juego del fútbol a Estados Unidos, sino también su nombre original, *soccer*, que utilizó para distinguirlo del fútbol americano, el que se juega con casco y armadura como variante local del rugby. En Europa, las clases populares optaron por llamarlo sencillamente fútbol (*football*). Por ese motivo el mismo deporte se designa de otra forma en los Estados Unidos que en el resto del mundo, y no por un menosprecio o esnobismo intrínsecamente americanos hacia el deporte más universal.

[17] *ABC*, 13 de octubre de 1931.

[18] Habría que esperar a 1943 para encontrar el primer, y fallido, experimento con luz artificial en un partido en España, cuando se instalaron focos en las columnas de la tribuna lateral del viejo Metropolitano durante un encuentro.

[19] *La Nación*, 15 de octubre de 1931. Se refiere a los toreros que reciben un aviso por la excesiva duración de su faena, debida casi siempre a su torpeza con la espada, y a quienes el encendido de las luces de la plaza los sorprende metidos en faena. Curiosamente, la iluminación artificial en las corridas de toros se empleó por primera vez el 5 de julio de 1879. Dicha novedad desató un tumulto entre el público que obligó a intervenir a las fuerzas del orden. Quizá las pupilas españolas no estuvieran, en efecto, acostumbradas a los focos. En cuanto al cruel comentario de Leoncio Delgado, hay que juzgarlo con condescendencia a la luz del destino que corrió al comienzo de la Guerra Civil, cuando los rojos lo fusilaron en Madrid.

[20] *ABC*, 17 de octubre de 1931.

[21] La llamada National Challenge Cup.

[22] *ABC*, 4 de noviembre de 1931.

[23] 5 de diciembre de 1931. Ridiculizar y mofarse de personalidades públicas, llegando a la humillación, era el estilo de esta publicación satírica, autodenominada «órgano extremista del humorismo nacional». De signo antirrepublicano y próximo a la ultraderecha, el objeto preferido de los ataques de *Gracia y Justicia* solían ser políticos e intelectuales de la República.

[24] *ABC*, 5 noviembre de 1931.

[25] El propietario del estadio se lo cedió a una empresa que organizaba carreras de motos sobre tierra, el entonces popular *dirt-track*.

[26] Equipo resultante del acuerdo entre el Athletic de Madrid y el Club Aviación Nacional, que compitieron bajo esa denominación hasta 1947, año en que terminó el vínculo del Atlético con el Ejército del Aire.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

El último gol apache

Primera parte

1. Rojo y negro
2. Nacidos para perder
3. Un teatro en la selva

Segunda parte

4. ¿En qué momento se jodió el Perú?
5. Esto es Jauja
6. Habaneras y dinamita
7. Una pistola en la cintura
8. El equipista inquietante
9. ¡Qué país, Miquelarena!
10. La ciudad automática
11. Restos de ultramar
12. La puerta de la posteridad

Partidos

Sobre este libro

Sobre José Manuel Ruiz Blas

Créditos

Notas